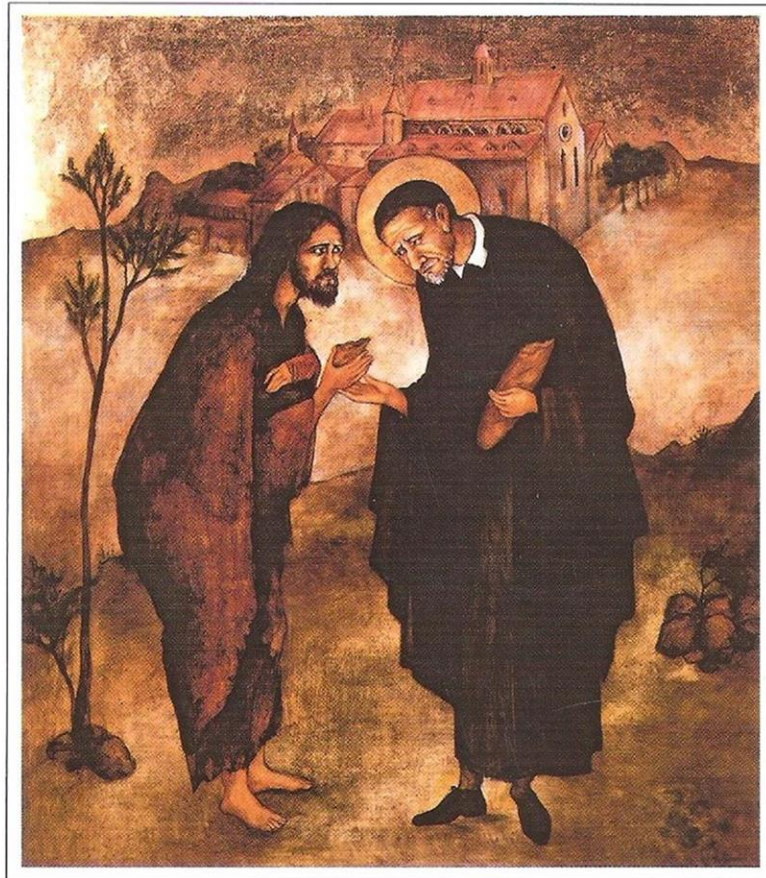


VINCENTIANA

AÑO 49 - N. 1

ENERO-FEBRERO 2005



Una reflexión vicentina sobre la Eucaristía

CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN
CURIA GENERAL

SANTA SEDE

Nombramiento. El *Santo Padre* ha nombrado al **P. David M. O'Connell, C.M.**, como *Consultor para la Congregación de la Educación Católica* por cinco años. La *Santa Sede* hizo publica la noticia el 29 de enero, aunque ya el **P. Thomas McKenna, Visitador de USA-Eastern**, la había dado a conocer el 20 de enero. El **P. O'Connell** es actualmente el *14º Presidente de la Universidad Católica de América* en *Washington, D.C.* Tiene un doctorado en *Derecho Canónico* de la *Universidad Católica de América* con una especialización en *Enseñanza Católica Superior*. Ha sido un partidario abierto de la *Constitución Pastoral Ex Corde Ecclesiae* del **S.S. Juan Pablo II** y de su total implementación en las academias católicas.

Miembro de la Congregación para los Obispos. La *Santa Sede* informó que el **Santo Padre** había nombrado como miembro de la *Congregación para los Obispos* al **Exmo. Mons. Franc Rodé, Arzobispo emérito de Ljubljana** y *Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica* (*L'Osservatore Romano*, 27 de febrero de 2005).

CURIA GENERAL

Roma, 4 de enero de 2005
Fiesta de Santa Isabel Ana Seton

A todos los miembros de la Congregación de la Misión

Queridos hermanos.

¡Que la gracia y la paz del Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

Esta circular trata de las conclusiones de nuestro último *tempo forte*, del 13 al 17 de diciembre, y con los días adicionales, el 22 y 23 de diciembre.

- 1) Decidimos tener un **Consejo extraordinario** que será del 21 al 23 de febrero para discutir y reflexionar sobre todos los asuntos referentes a nuestra última Asamblea General: el documento final, la evaluación de la Asamblea General, una discusión más profunda de las ordenanzas, los postulados que se presentaron (especialmente los y las recomendadas al Superior General y su Consejo), etc.
- 2) Se dio una fecha para examinar el último **borrador recientemente revisado del Directorio para los Directores de las Hijas de la Caridad. Hablamos sobre la posibilidad de un programa de formación para los nuevos Directores. Este asunto se discutirá más adelante, después de haber escuchado la opinión de la Madre General y su Consejo.**
- 3) Hablamos de la posibilidad de **preparar a alguien como Archivero y Procurador General**, quien, al final, reemplazará al P. Rolando DelaGoza.
- 4) Tratamos asuntos económicos, a partir de un informe completo del Ecónomo General. Entre las cosas que estudiamos, revisamos, hicimos recomendaciones y aprobamos fueron los presupuestos de la Oficina de la Familia Vicentina, el sitio Web, la representación de la CM ante la ONU, la Oficina de Solidaridad Vicentina. También aprobamos el presupuesto para el estudio de

la Historia de la Congregación que están preparando dos cohermanos, y el presupuesto del SIEV. También revisamos, hicimos propuestas y aprobamos el presupuesto de las Misiones Internacionales de las Islas Salomón y de El Alto, Bolivia. También revisamos el modo de hacer la distribución anual del Fondo de Misiones, basados en el informe del Ecónomo General, y tomamos la decisión de que **a los presidentes de CLAPVI, COVIAM (África) y APCV (Asia Pacífico) se les enviará un formulario para solicitar ayuda del Fondo de Misiones**, para ayudarles en los Encuentros de Visitadores y para los encuentros de formación de formadores. Se escribirá una carta a cada uno de los presidentes explicándoles esta decisión.

- 5) Tras el informe del Ecónomo General, se hicieron otros informes. El primero fue del Hno. Peter Campbell, representando a la **Oficina de Solidaridad Vicenciana (VSO)**. La VSO está gestionando más de 15 proyectos grandes, presentados por diversas provincias. El Hno. Peter hizo una propuesta al consejo para empezar subvenciones para microproyectos, de hasta \$ 5.000 dólares tomándolos del Fondo de Solidaridad Vicenciana. Los recursos para las subvenciones de los micro-proyectos son los donativos de los cohermanos, las comunidades locales y las Provincias para el Fondo de Solidaridad Vicenciana en respuesta a la invitación del Superior General en octubre del año pasado. El administrador, Hno. Peter Campbell, enviará una carta explicando las subvenciones de los micro-proyectos a todos los cohermanos, a través de los Visitadores. **Una de las novedades de estas subvenciones de micro-proyectos** es que las solicitudes podrán presentarse **en español, francés o inglés**, las tres lenguas oficiales de la Congregación. Esto es distinto de la política que se tienen para los grandes proyectos de la Oficina de Solidaridad Vicenciana (VSO).
- 6) El consejo también revisó **el informe del sitio Web de Familia Vicentina**, presentado por su administrador, P. John Freund. Entre otras cosas, hablamos de cómo animar a las provincias, a los Visitadores y a los cohermanos para que envíen información al sitio Web para que podamos, más eficazmente, compartirnos cómo vivimos nuestro carisma al servicio a los pobres. En una circular posterior hablaré más ampliamente sobre este asunto.
- 7) También vimos **el informe de la ONG ante las Naciones Unidas** presentado por el P. Joseph Foley, que es el representante de la Congregación. El informe, en si mismo, era sumamente interesante y le hemos pedido permiso para publicarlo en el sitio Web de la Familia Vicentina. En resumen, el trabajo de reivindicación resulta más efectivo cuando se realiza junto con grupos empeñados en la misma causa y se obtienen resultados visibles y creíbles. Una ONG sola raramente puede tener el mismo impacto

que un grupo organizado. Les invito a todos a visitar el sitio Web que la Congregación tiene para nuestra ONG, que tiene la siguiente dirección: www.cm-ngo.net

- 8) Recibimos **un informe completo del SIEV**. El Superior General y su consejo siguen apoyando al SIEV como un instrumento para ayudar a propagar el conocimiento de la Congregación de la Misión y su carisma entre nuestros miembros y otros miembros de la Familia Vicentina. Se dialogó sobre la posibilidad de invitar a uno de los miembros del equipo del CIF a poder participar como miembro del SIEV y se presentado al SIEV y al CIF para su consideración.
- 9) El P. José Antonio Ubillús nos presentó un *memorando* sobre el **programa del CIF**, en el que vimos la importancia que tiene para todos los miembros de la Congregación. Una vez más, animamos a todos los Visitadores a tomar seriamente la invitación para que los cohermanos de su provincia participen en este programa de nuestra herencia Vicentina. También hablaré de este asunto en una circular posterior.
- 10) En relación con la **Oficina de Vincentiana y Nuntia**, dimos la bienvenida, por primera vez, al nuevo representante, P. Alfredo Becerra. Entre las cosas estudiadas fue cómo desarrollar una relación de trabajo más intensa entre la Oficina de *Vincentiana y Nuntia* y la Oficina del Delegado para la Familia Vicentina. También dialogamos con el P. Alfredo sobre su papel de enlace entre la Curia General y el sitio Web de la Familia Vicentina, y especialmente cómo desarrollar la parte de la Congregación de la Misión en el sitio Web.
- 11) Después tratamos sobre las **misiones**. El primer punto al respecto fue el estudio de las **respuestas al cuestionario** enviado a todos los que han participado o siguen participando en las misiones internacionales. De los 42 cuestionarios enviados, recibimos 20 respuestas. Las misiones comprendidas eran Tanzania, Bolivia, Islas Salomón, Papua Nueva Guinea y Rusia. Agradecemos a todos los cohermanos que han participado en esta encuesta. Sus respuestas nos ayudaron mucho a reflexionar sobre el trabajo de la Congregación en las misiones internacionales. Posteriormente, esperamos que el Asistente General para las Misiones, el P. José Antonio Ubillús, pueda darnos una síntesis de las respuestas al cuestionario.
- 12) Después revisamos la documentación relativa a los **nuevos voluntarios para las misiones** y a los que respondieron a la carta de llamada a las Misiones del Superior General en octubre.
- 13) Revisamos informes y/o noticias de las siguientes misiones: El Alto (Bolivia), Papua Nueva Guinea, las Islas Salomón. Dialogamos también sobre una comunicación de nuestro cohermano

Humberto Sinka, quien está trabajando en Angola, y de otras cartas recibidas de un obispo de Guinea Ecuatorial y una de Esmeraldas, Ecuador.

Terminada la semana del 13 al 17, tuvimos que continuar el *tempo forte* el miércoles 22 y el jueves 23. En esos días tratamos los siguientes temas.

- 14) Hablamos sobre el **Encuentro Internacional de Visitadores**, que se realizará en el año **2007**. Este fue sólo un diálogo inicial, en el que consideramos lugares y posibles fechas para ese encuentro. Decidimos escribir una carta a seis diferentes provincias, pidiéndoles responder a un cuestionario y, con esa información, tomaremos una decisión sobre el lugar y las fechas exactas del próximo Encuentro Internacional de Visitadores.
- 15) Recibimos la lista de los nuevos Visitadores y posibles nuevos Visitadores desde ahora hasta el 2006. Determinados que la **próxima sesión para los nuevos Visitadores será en enero del 2006**. Las fechas exactas se darán a conocer más tarde.
- 16) Estudiamos **las ordenanzas promulgadas por el anterior Superior General. Decidimos que tales ordenanzas sigan vigentes como están**. Esto significa que, como se indica en la ordenanza de 1999 **con relación a los idiomas, todos nuestros estudiantes, durante el tiempo de su formación, estudiarán una segunda lengua (inglés, francés o español) con el objetivo de poder entenderla y hablarla**. También la ordenanza del 2001 **con relación al establecimiento de una comisión de economía en cada provincial de la Congregación de la Misión** seguirá como está. En un consejo ordinario posterior, serán discutidos estas dos ordenanzas y temas relacionados con ellas, pero en este momento éste es **el anuncio oficial de que las ordenanzas permanecen tal como están**.
- 17) Fueron determinados el nombramiento oficial y las fechas de inicio y término para la oficina de *Vincentiana* y *Nuntia*, así como para el Delegado del Superior General para la Familia Vicentina y la fecha oficial de inicio del nuevo Secretario General, Juan Carlos Cerquera. Éste acaba de llegar a la Curia y asistió a su primer consejo el 22 de diciembre. Para la oficina de *Vincentiana* y *Nuntia*, la fecha oficial para el P. Alfredo Becerra será el 1º de enero de 2005. Su oficio será evaluado después de tres años. Con relación al Delegado del Superior General para la Familia Vicentina, P. Manuel Ginete, la fecha oficial para comenzar en su función es el 1º de enero de 2005. La recomendación es estaría por el período que va hasta e incluyendo la próxima Asamblea General, con evaluación después de los tres primeros años. Con relación al nuevo Secretario General, quien está actualmente en un período de transición con el anterior Secretario General, P. José

María Nieto, la fecha oficial de inicio será el 25 de enero de 2005. Su tiempo en el oficio está establecido en las Constituciones.

- 18) El último punto por mencionar es que los Asistentes del Superior General han presentado una lista parcial de sus visitas a las provincias, que será estudiada por el Superior General y dialogada con ellos individualmente.

El Superior General y su consejo tienen la intención de presentar, para conocimiento de los miembros de la Congregación de la Misión, los asuntos tratados en el *tempo forte* que estén relacionados con temas con la Congregación de la Misión en general. **Invito a los Visitadores, así como con todas las comunicaciones procedentes de la Curia, a que envíen esta circular a cada misionero de su provincia.** Todos los miembros de la Congregación de la Misión pueden enviar cualquier pregunta o comentario sobre toda esta información directamente a la Curia por correo electrónico: cmcuria@tin.it

¡Muchas gracias!

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

Roma, 7 de enero de 2005

A los Visitadores de la Congregación de la Misión

Queridos hermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen su corazón ahora y siempre!

En una sesión ordinaria del Consejo General, hemos tomado las siguientes decisiones con relación a la catástrofe del maremoto ocurrido en la zona del océano índico.

1. Nosotros, la Curia, haremos un donativo para proyectos concretos que ya nos han sido presentados, a condición de que quienes reciben el donativo nos den un informe y así podamos más tarde informar a los donantes.
2. Nosotros, la Curia General, estamos dispuestos a hacer de intermediarios, recibiendo dinero de provincias que deseen hacer donativos y luego canalizando tal dinero para aquellos proyectos que ya se han iniciado o que se crearán en el futuro.
3. A finales de enero, en el encuentro de los responsables de la Familia Vicenciana, pediré que se dialogue sobre este tema para que veamos de qué forma, juntos como Familia Vicenciana, podemos trabajar este y los próximos años, puesto que éste será un proyecto de largo alcance.

Agradezco a todos los que han escrito para expresar su preocupación por las víctimas del terremoto y del posterior maremoto, y preguntando cómo podían ofrecer ayuda. Sé que puedo contar con su ayuda en favor de quienes sufren los efectos de este desastre. Continuemos recordándoles en nuestra oración.

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

Roma, 25 de enero de 2005
Fiesta de la Conversión de San Pablo
Fundación de la Congregación de la Misión

A los Visitadores de la Congregación de la Misión

“El Visitador es el principal responsable en su Provincia de que el carisma vicenciano, — que se revela como una experiencia del Espíritu y es transmitido por los fundadores a los propios discípulos —, sea por éstos vivido, custodiado, profundizado y desarrollado en sintonía con el Cuerpo Místico de Cristo, en crecimiento perenne” (*Guía práctica del Visitador*, n° 10).

Queridos hermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

La fiesta de la conversión de San Pablo, en la que celebramos la fundación de la Congregación de la Misión, nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre nuestra identidad. Nuestra última Asamblea General, en julio de 2004, nos invitó a contemplar nuestra identidad vicenciana hoy a la luz de las Constituciones. En esta circular me referiré indirectamente a algunos puntos del Documento Final, pero mi objetivo principal es centrarme en cinco aspectos que se refieren concretamente a nuestra identidad y a la necesidad de profundizarla.

El primer punto tiene que ver con un compromiso que personalmente adquirí con los cohermanos jóvenes durante la Asamblea General. Deseaba por mi parte, así como también por parte de los delegados presentes, establecer una red de comunicación. Quisiera presentar algunas ideas sobre las que dialogamos en una reunión, a la que siguió un diálogo con los delegados jóvenes.

En segundo lugar, quisiera hablar un poco sobre la formación, la formación permanente en general y sobre el programa del CIF, en particular.

En tercer lugar quiero hablar de nuestro sitio Internet de la Familia Vicenciana y cómo podríamos mejorarlo usándolo como un medio para contar nuestra historia y ayudarnos mutuamente a descubrir nuestra identidad tal como la vivimos hoy día.

En cuarto lugar, uno de los medios para profundizar en nuestra identidad son las experiencias únicas, las experiencias sorprendentes, las experiencias poco comunes y ver cómo Dios usa de éstas para ayudarnos a discernir quiénes somos como vicencianos. En este punto quiero destacar el proyecto, abierto también a otros miembros de la Familia Vicenciana, que nuestros hermanos de la Provincia de

China han llevado adelante durante varios años: el de enseñar inglés en las universidades chinas.

En quinto lugar, quiero referirme a la importancia no sólo de llegar a descubrir nuestra identidad, sino también de compartir esa identidad con otros, transmitiéndola. Aquí me gustaría centrarme en el tema de comunicarla a otros miembros de la Familia Vicenciana, pero especialmente a los miembros jóvenes de las Juventudes Marianas Vicencianas.

I. Red de comunicación con los misioneros jóvenes.

Me gustaría, con relación al primer punto, establecer una red de comunicación con los cohermanos jóvenes de la Congregación de todo el mundo. Ésta es una especial preocupación mía, tanto por mi experiencia personal de coordinador de la Misión en Panamá y formador, y por mi posterior experiencia de Visitador de América Central, como también por lo que escuché en la reunión con los delegados jóvenes en la Asamblea General, es decir, la necesidad de profundizar en nuestra identidad, en nuestro sentido de pertenencia a la Congregación de la Misión.

En las provincias consideradas como provincias en desarrollo, provincias que están creciendo, provincias relativamente jóvenes, existe la necesidad, como oímos en diversas ocasiones durante la Asamblea General, de un mayor sentido de acompañamiento. Muchas veces los mismos formadores son muy jóvenes y, siendo así, a veces les es difícil ofrecer el acompañamiento que un joven necesita durante el tiempo de formación. Ésta, ciertamente, es una responsabilidad de todos los cohermanos, especialmente del Visitador, como se indica en nuestras Constituciones y en la *Guía práctica del Visitador*. Debemos tener una preocupación especial por quienes están en formación y tal preocupación debiera extenderse a todos los cohermanos jóvenes, a los ordenados y a los que han emitido los votos recientemente. Éstos, cuando son destinados por primera vez, con frecuencia se sienten perdidos, solos e incluso no acompañados. Esperemos que esto no suceda por una falta de preocupación por parte de los demás cohermanos de las comunidades locales, sino que quizás se deba a una sobrecarga de compromisos en el servicio a los pobres. Como Superior General quiero hacer todo cuanto pueda por apoyar a los jóvenes en formación y también a los jóvenes misioneros, especialmente a quienes están entre 1 y 15 años de votos o de ordenación y quiero ayudarles a profundizar en su sentido de identidad y su sentido de pertenencia a la Congregación de la Misión.

En las provincias desarrolladas y de una cierta edad, muchas veces los cohermanos jóvenes se encuentran solos, como dijo uno de los delegados en la Asamblea General. Mira hacia atrás y no ve ninguno detrás de él en la formación y eso crea un fuerte sentimiento de

soledad. A veces también, dado que el número de personas es muy bajo, los cohermanos están desperdigados en el trabajo y, en ocasiones, sobrecargados. También esto puede hacer que un cohermano joven se sienta solo o no acompañado. Mi llamada se dirige, en primer lugar, a los Visitadores y a los Superiores locales para que estén especialmente atentos a los cohermanos jóvenes y a los destinados por primera vez. Además, yo quiero también hacer mi parte en ese acompañamiento.

Concretamente, en un encuentro que tuve con dos de los delegados, después de reunirme con los delegados jóvenes en la Asamblea General, surgieron algunas ideas para ayudar a poner en marcha una comunicación en red entre el Superior General y los jóvenes cohermanos de la Congregación de la Misión.

- 1) Dialogamos sobre la creación de un sitio Internet en diversas lenguas. Este sitio Internet se creará en la Provincia de Fortaleza. Sus contenidos se centrarán en la formación permanente: formación humana y psicológica, promoción vocacional, imágenes, misiones, etc. El sitio Internet, además, estará enganchado al sitio oficial de la Familia Vicenciana.
- 2) Hablamos sobre circulares periódicas del Superior General que tendrían por objetivo animar, felicitar, informar y apoyar a los misioneros jóvenes.
- 3) La siguiente es una propuesta para crear una red de “coordinadores” que después serán confirmados con la aprobación de sus Visitadores. Habrá, en primer lugar, un “coordinador” general y luego cinco “coordinadores” (USA, Latinoamérica, Europa, Asia, África) y luego “coordinadores” regionales. En cada región del mundo, un misionero joven sería el representante de su región y estaría en contacto con el “coordinador” general que, a su vez, tendría contacto regular y directo con el Superior General. Estaré en contacto con los Visitadores de los cohermanos en los que hemos pensado como posibles “coordinadores” de cada región.
- 4) Otro punto del que hablamos en el encuentro fue publicar, en *Nuntia*, un informe sobre el encuentro internacional tenido durante la Asamblea con los misioneros jóvenes. El P. Alfredo Beccerra ya ha reunido el material para publicar en una próxima fecha.
- 5) Dialogamos sobre iniciar encuentros provinciales o regionales. Esperamos también poder tener un encuentro internacional en un determinado momento.
- 6) Uno de los últimos puntos de los que hablamos en este encuentro inicial fue el de limitar la edad de los misioneros “jóvenes” entre 1 y 15 años de votos para los hermanos y entre 1 y 15 años de ordenación para los sacerdotes.

Esperemos que ésta red de misioneros jóvenes pueda ayudar a profundizar en su pertenencia a la Congregación de la Misión.

II. La formación inicial y permanente

El Documento Final de la Asamblea General es muy claro sobre la importancia de ofrecer formación de acuerdo con el modelo de Cristo, Evangelizador de los pobres. Podemos profundizar en el conocimiento de nuestra identidad como vicencianos mediante el estudio, mediante encuentros provinciales, interprovinciales e incluso internacionales, y mediante la invitación a que los cohermanos participen en ejercicios espirituales y retiros (cf. Documento Final de la AG 2004. III, 1). En la Asamblea General, cada Conferencia de Visitadores presentó medidas precisas y concretas para lograr un mayor conocimiento de nuestra identidad usando la formación permanente, además de la formación inicial.

Como Superior General, quiero animar a todos los Visitadores a que continúen promoviendo, entre los miembros de sus provincias, la participación en nuestro programa del CIF. Concedo a este programa mi total apoyo como un medio real y concreto para promover quienes somos como vicencianos en el mundo de hoy, como dije claramente en la Asamblea General durante el diálogo que se tuvo con el Superior General y el nuevo Consejo.

Además del programa del CIF, también tenemos la oportunidad de profundizar en el conocimiento de nuestra identidad como vicencianos, de manera personal, a través de escritos vicencianos, los publicados en *Vincentiana* y en otros lugares, y mediante las investigaciones y los proyectos llevados a cabo y promovidos por el **SIEV** (Secretariado Internacional de Estudios Vicencianos) cuyo objetivo es animar, informar y promover todo lo relacionado con los estudios vicencianos. El SIEV está en comunicación con los organismos provinciales e interprovinciales de la Congregación de la Misión y con la Familia Vicenciana.

El SIEV está estudiando la posibilidad de ayudarnos a lograr un mejor conocimiento de las Constituciones, como se indica en diversos lugares del Documento Final de la Asamblea General.

Existen, a nivel de Conferencias de Visitadores, diversas posibilidades de formación permanente que las Conferencias o las provincias pueden ofrecer para una ulterior formación en el espíritu de San Vicente de Paúl. No hay excusa alguna para no tener un mejor conocimiento del carisma vicenciano hoy, dadas las numerosas oportunidades que se nos presentan desde el nivel más básico hasta el nivel más alto, incluyendo la Curia General. Animo a los Visitadores a aprovechar estas posibilidades para fortalecernos en nuestra identidad vicenciana hoy.

III. El sitio Internet de Familia Vicenciana: sección CM (www.famvin.org/cm)

Como vieron en el informe del último *tempo forte*, tomamos la decisión de seguir animando a los Visitadores y también a las diversas Conferencias de Visitadores a enviar información a los sitios Internet, en inglés, español o francés. Como Consejo, hemos asumido el compromiso de promover el sitio Internet. Personalmente veo el sitio como un medio para poder contar nuestra historia, para transmitirla y dar a la gente la posibilidad de conocerla. Esto puede inspirar, urgir, animar e incluso ser un medio de atraer vocaciones que nos ayuden a proseguir la gran herencia que hemos recibido de San Vicente de Paúl. Echen una mirada al sitio Internet y vean todas las novedades y cosas apasionantes que suceden en la Congregación y en la Familia. Hay muchos modos que pueden servirnos de inspiración para comprometernos más en nuestra vocación de evangelizadores de los pobres. Repito: salgamos y contemos la historia, reconociendo que la gracia de cuanto hacemos viene de Dios, que ha hecho posible esta pequeña Compañía. Últimamente, especial en el 2004, las personas responsables del sitio Internet han hecho un gran esfuerzo por desarrollar la sección de la Congregación dentro de la pagina general de la Familia Vicenciana. Pienso que ahora es importante y necesario que se dé continuidad a estos esfuerzos con la colaboración de todas las Provincias. Por eso, invito a todos los Visitadores a enviar información de las provincias, especialmente lo que tenga que ver con la Congregación de la Misión.

IV. Programa de enseñanza del inglés en China

Me dirijo principalmente a los Visitadores de las provincias de habla inglesa. Les animo a estudiar la posibilidad de participar en este único y “escondido” camino de llegar a comprender nuestra identidad. Si desean tener más información, consulten los diferentes números del boletín de la provincia, *China Sparks*, que contiene diversos testimonios sobre cómo nuestra identidad es más claramente entendida en y a través del programa de inglés. **Las solicitudes para septiembre del 2005 deben hacerse antes de marzo de 2005; pónganse en comunicación con Thomas Sendlein, CM: VTPTeach@aol.com, bajo el “subject” escriba Teach e identifíquese en su mensaje de correo electrónico.**

V. Transmitir quienes somos

Es de esperar que sigamos aumentando nuestra voluntad de compartir lo que sabemos sobre quiénes somos y de transmitirlo a otros, los demás miembros de la Familia Vicenciana, los miembros de las diversas instituciones donde trabajamos. Transmitir nuestra

identidad no sólo contribuye a enriquecer a otros, sino que también nos ayuda a llegar a un más claro sentido sobre quiénes somos nosotros mismos. Quisiera poner un énfasis especial en el transmitir esta identidad a los miembros jóvenes de la Familia Vicenciana. Me refiero, concretamente, al movimiento de Juventudes Marianas Vicencianas. Hacemos esto de forma muy concreta mediante el papel de “asesores”. Pero todos los miembros de la Congregación en general estamos urgidos a acompañar a los jóvenes sea mediante nuestros propios programas de formación, sea haciéndonos presentes entre los jóvenes misioneros o los jóvenes miembros de las diferentes ramas de la Familia Vicenciana. Al compartir nuestra identidad, la fortalecemos.

Conclusión

Hay otros muchos medios para poder profundizar en nuestra identidad como miembros de la Congregación de la Misión. Ciertamente el mejor medio de todos es salir y caminar con los pobres y dejar que nos evangelicen, porque los pobres nos reflejan lo que somos. Una vez más animo a todos los Visitadores a enviar esta circular a todos los miembros de la provincia. Como siempre, me alegraré recibir cualquier comentario, opinión, crítica positiva y, por supuesto, ideas sobre otros caminos mediante los que podamos profundizar en nuestra identidad.

Concluyo con una cita del Documento Final de la Asamblea General:

“Congregación de la Misión, ¡sé lo que eres! No te conformes con la mediocridad. Transfórmate en fuego. Camina apasionada en seguimiento de Jesucristo evangelizador de los pobres, a ejemplo de San Vicente. Aviva el carisma, don que el Espíritu te ha confiado. Trabaja y extiende incansablemente las fronteras de la misión. ¡Vive como testigo convenido y contagia la vitalidad de tu vocación!”.

Que María, la mejor discípula de Jesucristo siga caminando con nosotros y nos ayude a identificarnos más profundamente con su Hijo Jesucristo, evangelizador de los pobres.

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

París, 30 de enero de 2005

FAMILIA VICENCIANA INTERNACIONAL

A ustedes hermanos y hermanas de Asia:

Reunidos junto a la Virgen de la rue du Bac y a la Urna de San Vicente de Paúl, los responsables de la Familia Vicentina estamos en comunión con ustedes mediante el pensamiento, la oración y el afecto.

Hijas de la Caridad, miembros de la Congregación de la Misión, de la AIC, de las Conferencias de San Vicente de Paúl, de las JMV y de MISEVI en tierras de Asia, en esta hora de sufrimiento en que están asistiendo a los supervivientes de la mayor catástrofe de nuestra época, ¡cómo desearíamos estar a su lado!

¡No podemos ir hasta ustedes! Sin embargo, con esta humilde carta quisiéramos unir nuestras manos a las suyas en el servicio a las poblaciones afligidas.

Compartimos el dolor de aquellos de ustedes que han perdido seres queridos.

Bajo nuestras pobres palabras, perciban el amor ardiente que San Vicente ha puesto en nuestros corazones. Un amor hecho de coraje, de esperanza y de acciones concretas junto a los más pobres de entre los pobres.

Más que nunca, su ministerio de caridad es esencial para mantener encendida la pequeña llama de la esperanza. Sólo Cristo, muerto en la cruz y resucitado, da sentido a lo que no tiene sentido. Sus manos, unidas a las de los siniestrados, mantienen encendida la esperanza.

La gran familia vicenciana está con ustedes. Que la solidaridad de esta familia les sostenga en la realización de los proyectos urgentes y de las acciones que tendrán que proseguir, valientemente, cuando la ola mediática se haya calmado y cuando el sufrimiento sea más agudo.

Con ustedes oramos, con ustedes sufrimos, con ustedes amamos.

Anne Sturm
Marina Costa

AIC

Yvon Laroche, rsv
Yvon Sabourin, rsv

Religiosos de S. Vicente de Paúl

G. Gregory Gay, C.M.
Benjamín Romo, C.M.
Alfredo Becerra, C.M.

Congregación de la Misión

Gladys Abi-Saïd
Eduarne Urdampilleta
JMV

Sor Evelyne Franc
Sor Margaret Barrett

Hijas de la Caridad

Charles Shelby, C.M.
Martha Tapia

Asociación de la Medalla Milagrosa

José Ramón Díaz Torremocha
Marco Betemps

Sociedad de S. Vicente de Paúl

David Sanz
Felipe Nieto, C.M.

MISEVI

A los miembros de la Congregación de la Misión Mensajeros de paz

“Poniéndose de rodillas, el padre Vicente empezó esta oración: ¡Salvador de nuestras almas! Tú, por amor, quisiste morir por los hombres y dejaste en cierto modo tu gloria para dárnosla y, por este medio, hacernos como otros dioses, tan semejantes a ti como era posible. Imprime en nuestros corazones esa caridad, a fin de que algún día podamos ir a unirnos con esa hermosa Compañía de la Caridad que hay en el cielo. Tal es la súplica que te hago, Salvador de nuestras almas” (SV X, 474 / ES IX, 1027).

Queridos hermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

Que este tiempo de cuaresma sea un tiempo especial de gracia que nos ayude a reflexionar sobre y a profundizar en nuestro compromiso de seguir a Jesucristo, evangelizador y servidor de los pobres. Una de las ricas tradiciones para ayudarnos a vivir esa reflexión y continuar nuestro proceso personal de conversión es el examen de conciencia. Por eso quisiera hacer de la carta de esta cuaresma un examen de conciencia basado en diversos aspectos de nuestras vidas, comenzando por lo general y descendiendo a lo particular.

La Palabra de Dios (Hebreos 4,12-16)

¿Considero la Palabra de Dios como algo dinámico, como una parte importante de mi reflexión de cada día? Las lecturas diarias de la Eucaristía ¿me impulsan a desear cambiar mi vida? ¿Me ayudan a profundizar en mi compromiso de seguir a Jesús?

Oración y meditación (Oseas 2,16)

“Yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón”. Nuestro tiempo de oración privada y de meditación ¿es un tiempo de desierto, como son estos cuarenta días de cuaresma? ¿Lo veo como una oportunidad para profundizar en mi comunión con Dios? ¿Soy sensible a la presencia de Dios en el momento de la oración? ¿Dejo que Dios me hable al corazón? ¿Considero la oración privada como un lugar privilegiado, un espacio para discernir la dinámica de Dios en mi vida? En mi oración, ¿soy humilde ante Dios? ¿Me dirijo y

confío en Dios? ¿Dejo que la misericordia de Dios purifique mi corazón? (Parafraseando un comentario del obispo Oscar Romero, mártir de El Salvador: la oración personal es el proceso mediante el que Dios nos conduce a lo más profundo de nuestro ser, al centro de nuestros corazones y allí Dios nos habla del amor que nos tiene).

Los sacramentos, especialmente la Eucaristía (Juan 6,48-58) y la Reconciliación (Lucas 15,11-32)

Este año en el que celebramos de manera especial la Eucaristía, el Santo Padre, Juan Pablo II, nos invita a reflexionar sobre su significado en nuestras vidas y, por eso, las siguientes preguntas. ¿Participo activamente en la Eucaristía o me distraigo con frecuencia? ¿Escucho atentamente la Palabra de Dios durante la Eucaristía y dejo que la Palabra de Dios cuestione mi vida antes de acercarme al altar del Señor para recibir la comunión? ¿Abro mi corazón a la misericordia y al perdón del Señor? En la Eucaristía, ¿recibo al Señor con fervor? ¿Considero la Eucaristía como alimento para el camino? ¿Dejo que me alimente para así poder llevar a cabo mi misión? ¿Entiendo de verdad la Eucaristía como una celebración comunitaria? ¿Veo la Eucaristía como un lugar privilegiado de evangelización o se me ha convertido en un asunto de rutina, sin vida y tedioso?

Con relación a la Reconciliación, el texto de la Escritura es la parábola del padre lleno de amor (el hijo pródigo). ¿Cuándo fue la última vez que aproveché para recibir la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación? ¿Me preparo personalmente para este sacramento? ¿Mantengo escondidos a veces algunos de mis pecados más importantes? Cómo ministro de la misericordia de Dios ¿soy compasivo y comprensivo o a veces soy severo o, peor aún, indiferente al escuchar los pecados de los otros?

Las cinco virtudes características: humildad, sencillez, mansedumbre, mortificación y celo apostólico

Humildad (Lucas 18,9-14)

¿Reconozco mi dignidad como hijo de Dios, teniendo la humildad de reconocer los dones que Dios me ha dado y uso estos dones para su gloria o para mi vanidad personal? ¿Soy capaz de reconocer mis propios límites, mis debilidades, mis defectos, mis fallos delante de los otros? ¿Soy capaz de perdonar a los otros y pedir perdón por mis ofensas?

Sencillez (Lucas 18,15-17)

Mi corazón, ¿es solamente para Dios? ¿Soy transparente, sincero en mis relaciones con los otros? ¿Busco la verdad o, a veces, escondo la verdad para que no se conozca mi verdadera realidad?

Mansedumbre (Mateo 11,25-30)

¿Soy educado en mis relaciones con los otros o soy agresivo y ofensivo? ¿Soy fácilmente accesible o cierro la puerta de mi corazón a los demás? ¿Soy de verdad compasivo, capaz de sufrir con los otros?

Mortificación (Juan 12,24-28)

¿Estoy dispuesto a morir a mí mismo? ¿Estoy dispuesto, en ocasiones, a olvidarme de mis necesidades y a sacrificarme por los otros? ¿Actúo, a veces, en favor de los demás a regañadientes?

Celo apostólico (Mateo 5,13-16)

¿Soy entusiasta en mis trabajos apostólicos? ¿Inspiro esperanza en otros y para los otros? ¿Está mi acción regada por la contemplación o caigo en el activismo? ¿Muestro signos de estar quemado y de indiferencia en mis relaciones con los otros? ¿Veo de verdad a los pobres como mis “señores y maestros”, tratándoles con amor y con todo el debido respeto o caigo en la trampa de tratarles como objetos, como trampolín para “mi mayor honor y gloria”?

Vida apostólica (Lucas 4,18-19)

Somos miembros de una Sociedad de Vida Apostólica.

¿Considero mis actividades apostólicas y mi misión como parte de la gran empresa de promover el Reino de Dios, que es reino de justicia, paz, amor y reconciliación? ¿Soy fiel a los compromisos que he hecho en mi misión? ¿Me mantengo firme en estos compromisos o les vivo sólo con un corazón dividido? ¿Veo la evangelización y el servicio de los pobres como el centro de mi vida apostólica, aunque puede que no esté implicado directamente en el servicio de los pobres? ¿Alimento mi vida apostólica con la contemplación de las experiencias que tengo con los pobres? Los pobres, ¿me reflejan de verdad el rostro y el amor de Cristo? ¿Tengo verdadera pasión por Cristo y, a la vez, pasión por la humanidad, especialmente por los pobres?

Relación con la Iglesia local (1 Corintios 12,12-28a)

¿Me considero a mí mismo parte activa de la Iglesia local, un colaborador del obispo? ¿Coinciden nuestros proyectos apostólicos con los proyectos apostólicos de la Iglesia local en la que me encuentro o, a veces, mis actividades apostólicas y las de mi comunidad se llevan a cabo de un modo paralelo a las actividades de la iglesia local?

La Familia Vicenciana (Lucas 4,18-19 y 2 Corintios 5,14a)

¿Conozco a los miembros de las demás ramas de la Familia Vicenciana? ¿Me preocupo además por conocerles? ¿Animo a los miembros de mi comunidad a colaborar con las otras ramas de la Familia Vicenciana? ¿Reflexiono con seriedad en lo que dicen nuestras Constituciones, y también en lo que dicen otros documentos, sobre la colaboración con y sobre el conocimiento de la Familia Vicenciana? ¿Reflexiono de vez en cuando sobre las primeras llamadas que nos hizo el P. Maloney, viéndonos a nosotros mismos como Familia Vicenciana, como un gran ejército que puede utilizar sus fuerzas para hacer cosas estupendas por los pobres? ¿Reconozco la autonomía de cada una de las ramas de la Familia Vicenciana? ¿Tiendo a veces a pensar que mi rama es mejor que las demás? ¿Dónde existen tensiones entre las diferentes ramas de la Familia, ¿me esfuerzo por trabajar en la reconciliación?

Relación con los jóvenes (Lucas 24,13-35)

La Familia Vicenciana ha puesto de relieve y hecho de este año para nosotros el "Año de la Juventud". ¿Me esfuerzo por salir hacia los jóvenes, intentando comprenderles, escucharles, compartir con ellos mi fe, compartir con ellos mis esperanzas? ¿Me esfuerzo por invitar a los jóvenes a la vida de mi comunidad o estoy demasiado encerrado en hacer mis propias cosas y sin tener tiempo para dar, especialmente a los jóvenes?

La relación con el mundo (Mateo 5,1-12)

En la sociedad en la que vivimos y también en el servicio directo a los pobres ¿me esfuerzo por cambiar las estructuras, especialmente las estructuras injustas que oprimen a los pobres? ¿Permito que actitudes del mundo, como el nacionalismo, el racismo y otras discriminaciones influyan en mi modo de relacionarme con el pueblo de Dios? ¿Me muestro dispuesto a trabajar con otros grupos que luchan por la justicia y trabajan por la paz? ¿Creo que el poder decide lo que es justo o pienso de verdad que un aspecto esencial del estilo de vida evangélico es la no violencia? ¿Me considero un ciudadano del mundo, siendo esto más importante que el hecho de ser un ciudadano de un país concreto?

Los votos: estabilidad, castidad, pobreza y obediencia

Estabilidad (Mateo 7,21-29)

Mi vida, ¿refleja una fidelidad de por vida al carisma vicenciano en la Congregación de la Misión? ¿Me esfuerzo por profundizar en mi pertenencia a la Congregación de la Misión? ¿Me entrego todos

los días de mi vida a conseguir los fines de la Congregación de la Misión de seguir a Cristo, evangelizar de los pobres? ¿Promuevo un espíritu de diálogo y de amistad con mis hermanos de comunidad? ¿Estoy dispuesto a colaborar con otras personas comprometidas en el trabajo con los pobres? ¿Dedico tiempo a estudiar y a llegar a conocer las tradiciones de la Congregación?

Celibato (Lucas 10,25-28)

¿Veo el don del celibato como un modo especial de amar a los pobres? ¿Considero mi relación con Jesucristo como una relación íntima? ¿Considero que mis primeros y mejores amigos son los miembros de la comunidad? ¿Mantengo relaciones sanas con las mujeres? ¿Presumo, a veces, de mi propia fuerza, reflejando un sentido narcisista, un amor egoísta hacia mí mismo? ¿Soy honesto en mis relaciones con los demás o, yendo más allá, soy honesto en confesión con respecto a mi relación con los otros? ¿Siento la soledad como un enemigo en vez de considerarla como alguien de quien puedo ser amigo, para llegar a conocerme mejor y luego conocer al Dios que vive en lo profundo de mi ser?

Pobreza (Lucas 12,32-34)

¿Soy capaz de vivir despegado de mis bienes o mis bienes me poseen? ¿Me he acomodado tranquilamente en mi estilo de vida? ¿Es escandaloso mi estilo de vida para los pobres a quienes estoy llamado a dar testimonio y servir? ¿Comparto con los demás los bienes que tengo? ¿Soy generoso en lo que tengo que dar a los pobres, compartiéndolo con los pobres? ¿Conozco bien las enseñanzas de la Congregación con relación al voto de pobreza? ¿He acumulado riquezas personales sin que lo sepan los correspondientes superiores? ¿Considero que todos los bienes de la Congregación son patrimonio de los pobres? ¿He demostrado alguna vez falta de respeto hacia ese patrimonio?

Obediencia (Lucas 22,39-44)

Jesús, siempre obediente al Padre, es la fuente de inspiración de nuestra obediencia. ¿Considero que mi relación con Cristo es lo bastante íntima como para saber con claridad cuál es la voluntad de Dios sobre mí? ¿Dedico tiempo a escuchar a Dios cuando me habla en los diversos acontecimientos de mi vida diaria? ¿Estoy atento a los signos de los tiempos, sabiendo de verdad que Dios se revela a sí mismo en todos los sucesos que ocurren en el mundo en que vivimos? ¿Me preocupo de estudiar y de hacer un análisis social de la realidad que me rodea y un análisis del mundo en que vivimos? En el diálogo comunitario, ¿estoy abierto para poder llegar a discernir, unidos como hermanos, la voluntad de Dios sobre nosotros en nuestro servicio a los pobres? ¿Participo activamente en los proyectos y en la

planificación comunitarios y también en los encuentros y comunicaciones con los respectivos superiores? ¿Estoy dispuesto a sacrificar mis deseos personales por el bien de la misión y de las necesidades de los pobres, tras un proceso de discernimiento y de toma de decisiones, aunque mi opinión sea contraria a la de la autoridad correspondiente? ¿Estoy dispuesto a obedecer? ¿Me muestro dispuesto a obedecer en los destinos, cuando se me pide trasladarme de un lugar a otro? ¿Estoy disponible?

Conclusión

Este tiempo de cuaresma es un tiempo para abrirnos a la misericordia de Dios, pero, al mismo tiempo, para ser conscientes de nuestras limitaciones y propios pecados. Es verdad que pensamos y actuamos de maneras contrarias al evangelio. Todo aquel que dice que no tiene necesidad de conversión y que no tiene pecado, es un mentiroso, como San Juan dice claramente o, peor aún todavía, está ciego a su propia situación. El tiempo de cuaresma es un tiempo en el que Dios, en su misericordia, nos perdona a nosotros, sus hijos, por habernos extraviado de nuestra identidad de vicencianos. Este-mos dispuestos a compartir con el Señor nuestros fallos y pecados y, al mismo tiempo, a agradecer la misericordia de Dios.

Su hermano en San Vicente,

A handwritten signature in black ink that reads "G. Gregory Gay, C.M." The signature is written in a cursive, flowing style.

G. Gregory Gay, C.M.

Superior General

Roma, 11 de febrero de 2005
Fiesta de Nuestra Señora de Lourdes

A los Visitadores de la Congregación de la Misión

Queridos hermanos,

¡La gracia y la paz del Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

En el encuentro del Consejo Coordinador Internacional de la Asociación de la Medalla Milagrosa, tenido en París (Francia) del 31 de enero al 2 de febrero, anuncié el nombramiento de un nuevo Coordinador Internacional de la Asociación. Es el P. Benjamín Romo, bien conocido de todos nosotros en la Familia Vicenciana y actualmente Director Nacional de la Familia Vicenciana en México. El P. Benjamín reemplaza al P. Charles Shelby, primer Coordinador Internacional durante los últimos años.

Aprovecho esta oportunidad para agradecer al P. Benjamín por aceptar este oficio. Sé que aportará mucho al crecimiento continuado de la Asociación de la Medalla Milagrosa a nivel internacional debido a la riqueza de experiencia que trae a ésta como anterior Delegado del Superior General para la Familia Vicenciana.

También quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer al Coordinador Internacional saliente, el P. Charles Shelby, por estos años de servicio. Pido la bendición del Señor para el P. Shelby al seguir manifestado su amor a Dios en el nuevo servicio que la Congregación de la Misión, la Provincia del Medio Oeste de USA, le ha asignado en la Universidad de DePaul, en Chicago. Sin duda, su experiencia de servicio y su amor por nuestra Bienaventurada Madre ha contribuido mucho al crecimiento de la AMM a nivel internacional en los últimos años. Su aportación, y la del Consejo Coordinador, ha llevado al crecimiento del número de Asociaciones en todo el mundo, al desarrollo de proyectos de formación en la página Internet de la AMM y a una nueva y más profunda comprensión del papel del apostolado y del servicio a los pobres en la Asociación de la Medalla Milagrosa.

Los otros miembros del Consejo Coordinador, el P. Janusz Zwolinski, Sor Marie-Yonide Midi y la señorita Martha Tapia continuarán en su función de miembros del Consejo Coordinador Internacional hasta junio del 2006.

El P. Benjamín Romo tomó posesión de su cargo de Coordinador Internacional durante el encuentro de París. El P. Charles Shelby le ayudará, en una función de apoyo, mientras hacen la transición,

desde ahora hasta el encuentro internacional de la Asociación de la Medalla Milagrosa.

El segundo punto que quisiera citar en este mensaje a ustedes es que, durante el encuentro del Consejo Coordinador Internacional en París, hemos programado el Segundo Encuentro Internacional de la AMM. El encuentro tendrá lugar en Roma, del 24 al 28 de octubre de 2005, llegando el 23 y marchando el 29 de octubre. El lugar del encuentro será la Casa Maria Immacolata de las Hijas de la Caridad, en Via Ezio.

Como conclusión quisiera decirles que, en mi nueva función de Director General de la Asociación de la Medalla Milagrosa, el primer encuentro del Consejo Coordinador Internacional fue para mí una experiencia estupenda e inspiradora. Tras haber escuchado los informes sobre las diferentes asociaciones miembros de todo el mundo, estoy cierto de que la Asociación de la Medalla Milagrosa crecerá. Esto significa un amor cada vez más profundo hacia nuestra Bienaventurada Señora, que nos conduce a un compromiso de fe más profundo con su Hijo, Jesucristo. Esto también significa un compromiso especial al servicio de Jesucristo, sobre todo en nuestros hermanos y hermanas, los pobres. El P. Charles Shelby, anterior Coordinador Internacional, enviará un informe detallado sobre las actividades de la AMM. Luego, el nuevo Coordinador Internacional, el P. Benjamín Romo, les enviará información sobre el próximo encuentro internacional y sobre otros temas.

¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!

Su hermano en San Vicente,



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General

DOSSIER:

Una reflexión vicentina sobre la Eucaristía

Presentacion

por Alfredo Becerra Vázquez, C.M.

Director de Vicentina

Estamos celebrando el **año de la Eucaristía**¹ por iniciativa de un hombre enamorado de la Eucaristía, el Papa Juan Pablo II. Es deber moral conocer dos documentos del Papa sobre el tema: la Encíclica **“Ecclesia de Eucharistia”**² y la Carta Apostólica **“Mane nobiscum Dómine”**³.

Juan Pablo II dijo que para evangelizar el mundo son necesarios testigos “expertos” en la celebración, adoración y contemplación de la Eucaristía porque *“La Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía”*⁴, porque la misión de la Iglesia se encuentra en continuidad con la de Cristo y obtiene su fuerza espiritual en la comunión con su cuerpo y con su sangre. Fin de la Eucaristía es precisamente “la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo”⁵.

¹ El *Año de la Eucaristía* comenzó el 17 de octubre de 2004 al finalizar el XLVIII Congreso Eucarístico Internacional (Guadalajara, México, 10-17 de octubre de 2004) y concluirá el 19 de octubre de 2005 con la XI Asamblea General de los Obispos sobre la Eucaristía (Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005).

² JUAN PABLO II, *Carta encíclica “Ecclesia de Eucharistia”*, Carta encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, 2003.

³ JUAN PABLO II, *Carta apostólica “Mane nobiscum Dómine”*, Carta apostólica “Quédate con nosotros, Señor” dirigida al Episcopado, al Clero y a los fieles para el Año de la Eucaristía, 2004.

⁴ JUAN PABLO II, *Carta encíclica “Ecclesia di Eucharistia”*, 26.

⁵ *Ibidem*, 22.

En el presente número de *Vincentiana* les ofrecemos una serie de artículos sobre la Eucaristía que quiere ser una “reflexión vicentina sobre la Eucaristía”. Encontraremos una rica y variada reflexión de cohermanos que nos ofrecen sus reflexiones desde su experiencia misionera.

Iniciamos con el artículo del P. Erminio Antonello, “*La centralidad de la Eucaristía en la vocación vicentina*”, en el cual nos recuerda cómo la vocación vicentina está centrada en la Eucaristía. La misión y la caridad “son dos expresiones significativas del íntimo sentir, vivir y actuar de la personalidad del misionero” y del laico vicentino. En la Eucaristía, el vicentino encuentra la fuerza para su labor misionera y caritativa. San Vicente exhortaba a vivirla, interiorizarla y celebrarla intensamente. En la medida en que “estemos” “habitados” en él, le “seguiremos”. La vida del misionero debe ser reflejo de la vida de Cristo, o no es misionero.

“*Eucaristía y formación del clero*”, es el artículo del P. Nicola Albanesi. Afirma que hoy la formación del seminario ofrece “criterios, líneas-guía, principios inspiradores a través de los cuales cada uno de los candidatos pueda construir su propia identidad de presbítero-pastor”. Insiste en la formación de los futuros pastores a vivir y celebrar “dignamente” la Eucaristía. Presenta las distintas figuras y concepciones teológicas del sacerdocio del Concilio de Trento y del Vaticano II. En el primero, el sacerdote era un “mediador” entre Dios y la comunidad, era el “hombre de lo sagrado”; la Eucaristía era el “sacramento de los sacramentos”. Con el Vaticano II, el sacerdote es considerado como el animador de la comunidad, es el moderador, es el “hombre del diálogo”, y la Eucaristía es el sacramento de la “unidad”. Hoy se insiste en la formación de la asamblea para hacer de nuestras celebraciones eucarísticas verdaderos momentos de encuentro, de fraternidad, de oración, de reflexión. El presbítero está llamado hoy a ser “maestro de oración”, guía, testigo de un encuentro con Jesús vivo.

El P. André Motto, en su artículo “*Eucaristía, misión y evangelización*” nos dice que la Eucaristía es la fuente para llevar la misión. La Eucaristía es un elemento esencial en la evangelización. Nos invita a hacer de nuestras celebraciones eucarísticas, momentos de *fiesta*, momentos de *encuentro fraternal*, momentos para celebrar la *vida diaria*, y momentos de *reflexión de la Palabra de Dios*, y comprometernos a transformar nuestro entorno a favor de todos los hermanos, especialmente de los más pobres y marginados.

Después se nos ofrecen la reflexión de dos cohermanos. Ellos son misioneros en Indonesia y en Japón, respectivamente. Su reflexión es en torno a la **Eucaristía y los no cristianos**. La primera reflexión, intitulada “*El rito javanés del ‘slametan’*”, el P. Rafael Ishiarianto

compara el rito javanés y la celebración eucarística. Afirma que existen varios aspectos análogos entre ambos: el “memorial”, el comunitario, el de acción de gracias. Concluye diciendo que “la última cena de Jesús pone en claro los valores que han existido desde antiguo en el rito javanés”. En el segundo, el P. Victoriano C. Torres, en su reflexión, *“Celebrar la Eucaristía en Japón”*, atestigua sobre algunos valores de la cultura japonesa en el campo religioso: la fidelidad, la perseverancia, la intensidad de fe y la clara incidencia de la vida eucarística en la vida personal, familiar y comunitaria.

Más adelante, el P. John McKenna en su artículo, *“Teología de adoración”*, hace una breve descripción histórica de la práctica de la comunión y de los orígenes de las devociones fuera de la celebración de la Eucaristía. Nos presenta las raíces teológicas de la adoración de la Eucaristía y el reto que ella representa. Las devociones de la Eucaristía fuera de la Misa tuvieron sus orígenes en la Liturgia. Nos invita a valorar las devociones eucarísticas: reserva del Santísimo, las procesiones y exposiciones eucarísticas, la bendición con el Santísimo, las “Cuarenta horas”, etc. Todas ellas, dice el autor, nos ayudan a recibir más profundamente el misterio pascual de la Eucaristía y a compartir el misterio Pascual de Jesucristo con su pueblo.

“Eucaristía, caridad y justicia social”, es el artículo del P. Gilson Cezar de Camargo. Es un texto que ha tenido en cuenta el pensamiento de San Vicente y los problemas teológicos y eclesiológicos de Francia del siglo XVII y que hace un esfuerzo por “contemporizar”, es decir, interpretar y aplicar la doctrina vicentina a nuestro tiempo actual. Presenta algunos elementos claves de la doctrina de San Vicente sobre la Eucaristía (frecuencia, disposición y efectos de la comunión); recomendaciones a las Hijas de la Caridad y a los misioneros; las implicaciones pastorales y sociales de una fuerte vivencia eucarística.

Finalmente, el P. Luigi Nuovo en su artículo, *“Giuseppe Alloati (1857-1933). Un apóstol del culto eucarístico”*, nos ofrece una breve semblanza de Giuseppe Alloati. El fue un misionero vicentino de origen italiano que entregó su vida en la misión católica de Bulgaria. Fue cofundador, con su hermana, de las Hermanas Eucarísticas. Fue un enamorado de la santa Eucaristía.

Estimado lector, deseamos que disfrute este número de nuestra revista. El Papa decía que se sentiría satisfecho si en este año (Año de la Eucaristía) se lograran dos objetivos: **Valorar la celebración eucarística** especialmente de cada domingo e **intensificar la adoración**. El esperaba que sirviera para que los fieles descubrieran *“el don de la eucaristía como luz y fuerza para nuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de las respectivas profesiones y en concreto con las situaciones más diferentes”*.

Deseamos que renovemos nuestro amor, respeto y adoración a la Eucaristía diaria y que ella nos lleve a adorarlo en la persona de los pobres. Dios conceda a nuestras Comunidades y Provincias convertirnos en Comunidades y Provincias “eucarísticas”. Si logramos esto, la Congregación será también una Congregación “eucarística”. ¡Vivamos la Eucaristía!

La centralidad de la Eucaristía en la vocación vicentina

por Erminio Antonello, C.M.

Provincia de Turín

Caridad y misión son dos modalidades expresivas del íntimo sentir, vivir y actuar de la personalidad del misionero vicentino. Su vocación se mueve entre las dos dimensiones fundamentales de la caridad y de la misión. La caridad designa *el principio propio de su existir* y la misión *expresa la acción de su caridad*. En otras palabras: ¿Qué es lo que anima al misionero vicentino a la acción? La caridad. ¿Qué le anima interiormente en la evangelización de los pobres? La misión. Caridad y misión no son dos términos yuxtapuestos, que pueden ser indagados teóricamente, como hojas desprendidas de la rama, ni son dos consignas de una institución digna de respeto. Más bien expresan un movimiento que actúa a nivel de la conciencia personal. Entre caridad y misión hay un dinamismo vital, en modo tal que en una persona la caridad sin la misión es incompleta y la actividad que no sea iluminada por la caridad corre el riesgo de una parálisis. El mantenimiento vivo de esta dinámica sobrenatural envía a una fuente que sobrepasa la inteligencia, la voluntad y el sentimiento de nuestra misma humanidad. Les sobrepasa no destruyéndoles, sino abrazándoles y llevándoles a dejarse animar por el acontecimiento que los pone en movimiento. Esta fuente escondida y trascendente es el evento de Cristo Jesús activo en nosotros por la gracia del Espíritu Santo. Aquí el misionero vicentino encuentra, como fuente de la cual saca fuerza el misterio eucarístico, como nos indican las Constituciones:

“Nuestra vida debe tender a la celebración diaria de la Cena del Señor como a su culmen: de ella dimana, en efecto, como de su fuente, la fuerza de nuestra actividad y de la comunión fraterna. Por la Eucaristía se hacen presentes de nuevo la muerte y resurrección de Cristo, nos hacemos en Cristo oblación viva, se significa y realiza la comunión del pueblo de Dios” (C. 45, 1).

El pensamiento de San Vicente sobre la Eucaristía

El llamado a la Eucaristía en los escritos de San Vicente, no es sistemático; es todavía bastante rico y vasto. Sobretudo se puede decir que el clima de fondo de su pensamiento esta anclado a la Eucaristía, porque es al mismo tiempo fuertemente cristológico y eclesiológico. Esto lo confirman las *Reglas Comunes* de la Congregación de la Misión, donde la Eucaristía ocupa un lugar absolutamente central en la vida del misionero. La observación aparece todavía más clara si miramos una redacción antecedente a la definitiva de las Reglas Comunes, es decir a la que nos ofrece el llamado “Codice di Sarzana”. Aquí la referencia a la Eucaristía quiere instaurar en la conciencia creyente del misionero la certeza de la proximidad de Cristo a su vida, solicitándole a la práctica de algunos actos de devoción, que tengan viva la conciencia de su presencia:

“Porque el Santísimo Sacramento del altar encierra en si casi un compendio de todos los misterios de nuestra fe, y de su veneración depende nuestra salvación y en cierto modo todo el bien de la Iglesia, la Congregación le reservará un honor muy grande y que jamás venga menos y, con atención plena y continua, se preocupará a fin de que todos presten a este sacramento fe y reverencia, al menos con aquellos actos con los cuales ella suele venerarla. Entre ellos son: primero, visitar frecuentemente al Santísimo; segundo, en cualquier lugar nos encontremos, cuando se lleva o oigamos el sonido de la campana que avisa que viene llevada la Eucaristía, nos pondremos de rodillas para adorarla y, si es posible, la acompañaremos; tercero, cada vez que se pronuncia su nombre sagrado con reverencia nos descubriremos la cabeza; cuarto, en el pasar delante de cualquier iglesia, descubriendonos la cabeza diremos: ‘Sea alabado el Santísimo Sacramento del altar’; en fin, nos preocuparemos que todos sean instruidos sobre lo que tienen que creer acerca de tan grande misterio y como se le deba venerar, y haremos lo posible para que no se cumpla nada irreverente o desordenado en contra de él”¹.

¹ Et quoniam, sanctissimum Altaris sacramentum in se veluti summam omnium mysteriorum nostrae fidei continet, et ex cultu illi debite reddito nostra salus, et totum ecclesiae bonum aliquatenus dependet, eximium, et indeficientem honorem erga illud profitebitur Congregatio, et mente sollicita, et indefessa sataget, ut ab omnibus tanto huic sacramento debitus honor et reuerentia tribuatur, ijs saltem obsequijs quibus illud colere solita est quae inter caetera sunt haec. – Primo illud frequenter uisitare. – Secundo, ubicumque fuerimus dum defertur uel deferri campanulae sono adomemur, flexis genibus adorare, ac si fieri uellet, concomitari. – Tertio, quoties eius sacrum nomen pronunciat, caput reuerenter aperire. – Quarto, ecclesias praetereundo

En el texto definitivo de las Reglas Comunes, siempre en el capítulo X, parágrafo 3, el texto asume un dictado todavía más teológico, en cuanto la Eucaristía viene relacionada al complejo de los principales misterios de la fe, la Trinidad y la Encarnación.

“El mejor medio para honrar estos misterios (de la Sma. Trinidad y de la Encarnación), es el culto debido y la recepción digna de la sagrada Eucaristía, como sacramento y como sacrificio. Pues ella encierra en sí el resumen de los otros misterios de la fe, y además santifica y glorifica a las almas de los que la reciben bien y la celebran dignamente, con lo cual se da la gloria suprema al Dios uno y trino y al Verbo Encarnado. Por todo ello nada nos ha de estar más querido que el dar a este sacramento y sacrificio el honor debido, y el procurar con todo interés que todos les den el mismo honor y reverencia. Haremos esto no permitiendo, según podamos, que se haga o se diga nada irreverente en contra de la Eucaristía, y también enseñando con celo a los demás qué se debe creer de este tan gran misterio y como se debe venerar”.

San Vicente exhorta al misionero en cuanto sacerdote a asimilar el sacramento que celebra, porque esta conformación sacramental pueda imprimir en él los mismos sentimientos de Cristo.

“No basta con celebrar la misa; además hemos de ofrecer ese sacrificio con la mayor devoción que nos sea posible, según la voluntad de Dios, conformándonos, en cuanto podamos, con la gracia de Dios, con Jesucristo, que se ofreció a sí mismo, en su vida mortal, en sacrificio a su Padre eterno. Esforcémonos, pues, padres, en ofrecer nuestros sacrificios a Dios con el mismo espíritu con que nuestro Señor ofreció el suyo, y de la misma forma más perfecta que lo pueda permitir nuestra pobreza y miserable naturaleza”².

La relación con Cristo para el misionero debe por lo tanto convertirse en un hecho diario. Para esto San Vicente ha luchado contra la tendencia rigorista de los jansenistas que sugerían de no acercarse frecuentemente a la Eucaristía. El abandono de la Eucaristía para San Vicente es causa de decadencia en la vida espiritual.

“... hablando a los de su Comunidad sobre este mismo asunto, les dijo: ‘Que debían pedir a Dios que les diera el deseo de

haec uerba capite etiam aperto dicere, Laudetur sanctissimum Altaris Sacramentum. – Quinto, et praecipue alios quod de hoc tanto misterio credere; et quomodo venerari debeant, instruere et ne circa illud aliquid irreverenter et inordinate agatur pro viribus impedire (*Codice di Sarzana*, pp. 24-25, cap. X, 3).

² COSTE, XI, 93 / ES XI, 787.

comulgar a menudo, pues había motivos para gemir delante de Dios y entristecerse, al ver cómo se enfriaba esta devoción entre los cristianos, debido en parte a las nuevas ideas' (es decir, del Jansenismo)... sin embargo, *la Eucaristía era el pan cotidiano que Nuestro Señor quiso que se le diera, y que los primeros cristianos tenían la costumbre de comulgar todos los días, pero que ciertos advenedizos habían apartado de eso a mucha gente*"³.

En síntesis, San Vicente presenta la Eucaristía como un estratagema del amor infinito de Jesús para "impedir que su ausencia enfrié o haga olvidar" su rostro; y más todavía para llevar a pleno cumplimiento la obra de la Encarnación, "pretendiendo por este medio que en cada uno de los hombres se hiciera espiritualmente la misma unión y semejanza que se obtiene entre la naturaleza (humana) y la sustancia (nutritiva). Como el amor lo puede y lo quiere todo"⁴. Con lenguaje apasionado, pues, San Vicente incita al misionero a entrar en relación de intimidad con Jesucristo, que se dona en la Eucaristía.

Inspirándonos a estas enseñanzas de San Vicente, vamos a intentar profundizar el significado de la Eucaristía para el misionero vicentino.

La Eucaristía instauro una relación de intimidad con Cristo para hacer eficaz el anuncio misionero

"*Sin mi, no pueden hacer nada*", decía Jesús a los apóstoles; y así en toda seriedad ponía el problema de cada hombre. Pero no solo denunciaba la insuficiencia, le proponía el remedio asumiéndola y acompañándola: "*Permanezcan conmigo*": repetía casi a más no poder a los apóstoles en la última Cena, no porque él tuviera necesidad de ellos, sino porque ellos tenían necesidad absoluta de El. Y ellos no se daban cuenta. El permanecer con El es pues la vida, la vida eterna y verdadera. Para realizar esta relación *se entregó a sí mismo en la forma del amor*, el cual en el donarse ni disminuye ni se deteriora. Cristo ha querido darse a sí mismo totalmente, repetidamente, hasta alcanzarnos en un encuentro diario, para que cada uno pueda madurar con El una relación siempre más sólida y siempre más vital.

La Eucaristía lleva pues a considerar el misionero en su relación con Cristo, y... nos lleva al centro de nuestra vocación. Porque "vocación" significa *relación a Cristo*, o mejor *relación con Él*, de tal modo

³ Párrafo reportado de Abelly y no de Coste: cf. DODIN, *Entretiens Spirituels de Saint-Vincent de Paul*, 1960, no. 26, p. 96; TROZO DE ABELLY, L., III, cap. I, pp. 77-78; Edición en español, ABELLY, L., III, sección I, p. 603.

⁴ COSTE, XI, 146 / ES XI, 65-66.

que nuestra identidad asume *su forma de "acción de gracias"* a esta relación permanente con Él en la fe. De este punto de vista la Eucaristía es la prolongación de la Encarnación del Hijo de Dios, que continua a estar presente en la historia y, por consiguiente, se puede encontrar en cada tiempo. Entrando en la relación eucarística con Cristo es posible en cada tiempo hacerse *concorpóreo con Cristo* — según la fórmula de Pascasio Radberto — y estar contemporáneos a Él. Sustrayendo el aspecto sentimental que pueden estar en estas palabras, se puede decir que en cierto modo en la Eucaristía es posible hoy sentir, hablar, escuchar a Jesús. La relación viva con Cristo para San Vicente es fuente de vida y significado para la existencia.

"Los hijos de Israel querían que hablase Moisés y no tú; temían que el resplandor de tu majestad les hiciese morir; nosotros, por el contrario, te suplicamos que nos hables tú, para que vivamos, y vivamos la vida de Jesucristo" (COSTE, XII, 201-202 / ES XI, 487).

¡Si Cristo nos habla, entonces nosotros vivimos! Se vive siempre de la palabra que ilumina nuestra conciencia y nuestra actividad. La palabra del Evangelio no es sólo una palabra indicativa y ejemplar. Es más bien una *palabra reveladora*, puesto que revela el contenido del ser. Cuando escuchamos a Jesús que nos dice: *"El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que me ha enviado, el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí"* (Jn 6,56-57) el nos expresa el sentido último de la condición del discípulo y, por lo tanto, del misionero, es decir de ser totalmente referido a Él. La referencia a Cristo no es sólo por vía de imitación. En la imitación uno se queda al externo de aquel que imita. El "seguir", en cambio, implica el entrar en una relación de familiaridad o, para usar una expresión típicamente joánica, un estar y un *habitar cerca* de El. Y es precisamente a esto que nos lleva la Eucaristía. Este sacramento en efecto, poniéndonos en contacto con el Cristo sacrificado por amor, lleva nuestra humanidad a asimilarse al modo de ser de Jesús, o sea a ser una vida ofrecida en el amor para los hermanos. La vida misionera debe ser un reflejo de la vida en Cristo, de otro modo no es misionera. La misión es el anuncio de un Otro en nosotros, y no el hablar de sí. Sin la relación viviente a Cristo, la nuestra podría ser una vida buena, justa y meritória; pero la misionariedad lleva como particular característica de ser continuación del amor de Cristo hacia los pobres de este mundo. Los pobres, de hecho, encontrando nuestra humanidad, son colocados en la condición de encontrar Cristo. Podría parecer presuntuoso. Pero Jesús ha elegido esta lógica de la encarnación, y no otro itinerario, por ejemplo místico o espiritualista, para hacerse encontrar. "¡Quien les escucha — decía a los discípulos — a mí me escucha!". Nuestra humanidad es el lugar a través del cual, Él se hace presente a los

hombres. ¿Pero como puede nuestra fragilidad sostener un compromiso así grande? De aquí se comprende la esencialidad de la vida sacramental en el camino de la gracia. En la frecuentación de la Eucaristía, el misionero forma su conciencia creyente modelándola y asimilándola a Jesús, y así su Presencia se hace *principio* de la actividad que él desarrolla. Es un criterio reafirmado muchas veces por San Vicente: asumir la vida de Cristo en la nuestra para ser como El en el mundo. A confirmación vamos a leer este pasaje de una carta dirigida al P. Claudio Dufour, que San Vicente había destinado a Madagascar:

“Nunca he dudado de su total sumisión a Dios y a sus disposiciones, ni de la confianza con que usted me honra, de la que soy indigno, si no la refiriera, como lo hago, a Dios que es el que se la da. Busco, padre, su mayor gloria y su propia santificación cuando pongo en sus manos su vida y sus trabajos, lo mismo que hago con los míos; es el Espíritu Santo el que yo invoco cariñosamente sobre usted, para que animado de él pueda derramar sus luces y sus frutos sobre las almas desamparadas del socorro que le deben los sacerdotes, y sin el cual sería inútil la sangre preciosa de Jesucristo. Así pues, padre, alimente usted bien esa caridad que le ha dado por ellas, cíñase de celo por su salvación y disfrute de la disposición en que está de ir a buscar a las ovejas extraviadas de las Indias. Es una gran gracia de Dios, que hemos de agradecerle” (COSTE, IV, 112 / ES IV, 113-114).

Del sacrificio de la Cruz a la Caridad

El itinerario de la vida de Jesús encuentra su síntesis en su Pasión y su Cruz. Y la Eucaristía es el sacramento perennemente puesto a disposición de nuestra historia, a fin de que podamos identificarnos en aquel itinerario. Dios no nos enseña a amar al hermano, diciéndonoslo, sino *realizándolo* en su propia persona.

El Jesús crucificado, del cual la Eucaristía es la memoria, muestra la viva ternura del Padre hacia su criatura. En efecto: que el Hijo de Dios hecho hombre recorra el camino de la cruz no es para nada descontado. Al contrario, a nuestra razón parece bastante extraño. Todo hubiese llevado a pensar que, de frente al pecado del hombre, Dios hubiera mostrado su propia verdad divina en la forma de una potencia punitiva. De esto conservamos un residuo ancestral en nuestra conciencia, cuando frente al error del otro nos sentimos como jueces, diciendo: “¿Eres culpable? ¡Ahora paga!”. La verdad de Dios debería manifestarse en la potencia de la justicia que pone en orden el mundo. Si Dios se mostrase en una potencia irresistible e indiscutible, confirmaría totalmente su verdad. A nuestros ojos, encantados por la seducción de la serpiente antigua, Dios aparece siempre como

potencia en grado de afirmar sí misma. Y es a esto que los fariseos y los judíos al pie de la cruz incitan la humanidad de Jesús: “Si eres Dios, desciende de la cruz y te creemos!”. Jesús no cede al chantaje. Mantiene fe a su naturaleza de Hijo, renunciando al propio poder para estar en la plena dedicación de sí mismo al Padre, con el cual constituye una reciprocidad amorosa sin límite. Es la fidelidad a esta comunión que salva al hombre: el amor del Hijo por el Padre. Este es el principio teológico de la redención, que invierte todas nuestras categorías mentales.

Mientras el hombre se siente llevado a inclinarse a la potencia de Dios, sacrificando también al otro, el hermano, si fuera necesario, como si Dios hubiese necesidad del sacrificio de alguno para ser satisfecho, en realidad la Revelación nos lleva a considerar las cosas en otro modo: “*Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano es un mentiroso*” (1 Jn 4,20). El amor de Dios y el amor del prójimo constituyen una sola cosa. Si los hombres solicitan a Jesús a exhibir su potencia contra otro, Jesús se sustrae: “*¿A quien buscáis? — dirá Jesús en el huerto del Gestemán en la tarde de la Pasión — Si me buscáis a mí, dejad marchar a mis discípulos*” (Jn 18,8). No pone sobre la espalda de los demás el fardo de la Pasión, sino lo asume en primera persona sustrayéndolo al hombre. En tal modo la cruz es el signo por excelencia del amor que se sacrifica por los otros y en eso expresa la verdad de Dios como amor.

La Eucaristía, celebrada y vivida, instauro un camino pedagógico de constante acercamiento a este amor de caridad, expresado por la humanidad crucificada del Señor Jesús. La Eucaristía, siendo Cristo, “pan dado para” y “sangre versado en favor de”, plasma la conciencia creyente transformándola del innato egoísmo a una condición de vida en la caridad. Esta es una operación sobrenatural, porque nada sería capaz de hacernos entrar en las finezas de la caridad si la gracia no nos ayudase. Porque la caridad es exigente. Porque la caridad continua es difícilmente realizable. Porque el miedo de perder a sí mismo en el don de sí es más fuerte del deseo de darse al hermano. No obstante, éste es el imperativo para el cristiano.

“La caridad depone en nosotros lo que esta en el otro... En la medida en la cual las cosas existen, actúan, y actuando nos hacen padecer. Aceptar esta pasión, recibirla activamente, significa hacer ser-estar (una de las dos formas) en nosotros aquello que esta en ellos” — decía M. BLONDEL en La Acción⁵ — “... Solamente la caridad tiene aquel extraordinario privilegio por el cual, sin privar a ninguno de lo que le pertenece y participando con la simple intención al bien de

⁵ M. BONDEL, *L'Action*, parte IV, cap. III, parágrafo II (traducción italiana Roma 1993, p. 533).

los otros, hace propio eso que ellos tienen a nivel de vida y de acción. Es necesario llegar hasta a aquel amor que abraza las características así frecuentemente chocantes del individuo”.

La caridad exige un real cambio de sí, en el sentido de una mutación del propio carácter personal, de la sensibilidad, del modo de escuchar y de hablar; hasta del modo de usar la inteligencia y la libertad. Por esto es necesario recorrer el mismo camino de abajamiento de Jesús, del cual la Eucaristía es la *representación*, para poder hacer su propia persona plasmada de la caridad.

Muchas veces y en manera ingenua reducimos la caridad a las obras de la caridad, olvidando que esa es ante de todo una virtud teologal. Este olvido no favorece el servicio del pobre, más bien lo daña porque le sustrae el alma. El pragmatismo de la caridad puede ser satisfaciente y puede también recibir los aplausos del mundo; pero la vía de la caridad es escondida y humilde. Si este no es el pensamiento en absoluto más frecuente en San Vicente, es ciertamente entre los más frecuentes. Esta caridad, aprendida a la escuela de la Eucaristía, será el lenguaje universal que todo pobre comprenderá.

Eucaristía y misión

La Eucaristía, por su naturaleza, expresa el nivel insuperable de coparticipación de Dios a nuestra humanidad. En ella está “transubstanciado” — para usar un lenguaje teológico — el sacrificio de Cristo, cuya fuerza está en la fidelidad al amor del padre. El misterio eucarístico hace perennemente presente en la fragmentación de nuestra historia la suprema cercanía del Amor trinitario que se comparte en la humanidad de Jesús: “*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*” (Jn 13,1). El término griego utilizado para indicar “hasta el extremo” es la palabra *tèlos*, que indica el punto terminal de un dinamismo. Y este culmen de la vida está expresado por Jesús al instante antes de exhalar el espíritu, cuando dice: “*¡Todo está cumplido!*” (Jn 19,28). También aquí es usada una palabra en la cual está implicado el sustantivo *tèlos*, final. Jesús no guarda nada, da todo, “hasta el final”: El se da totalmente a nosotros. No reserva algo para sí. Hay que considerar atentamente esta dinámica de Jesucristo, que nada reserva para sí mismo. Él ama “hasta el extremo” de tal forma que en su darse hace también a cada uno de nosotros, mejor dicho a cada hombre, destinatarios de su amor. Es necesario entrar en este sentimiento, sentir su contragolpe en el alma, para que, a nuestra vez, podamos dejar reflejar en nuestra humanidad el desconcertante amor de Jesús por el hombre. Porque la actividad misionera, es decir el acto de estar en medio al pueblo pobre con el anuncio del evangelio, vive del reflejo del amor de Jesús

por la humanidad. Respirando continuamente este amor supremo, también nosotros pobre, alegremente, un poco a la vez, somos llevados a estar de frente a los otros con la misma disponibilidad. La misión se hace en esta manera.

Ella se realiza, según el pensamiento de San Vicente, a través de un proceso osmótico, gracias al cual el misionero pone a favor de los demás cuanto ha acumulado en su relación con Cristo. Es la dinámica de la misión que encontramos en tantos pensamientos de San Vicente:

“Hemos de ser embalses llenos de virtud para hacer que se derrame nuestra agua sin agotarnos jamás, poseyendo ese espíritu que queremos que anime a los demás; pues nadie puede dar lo que no tiene. Pidámoselo, pues, a Nuestro Señor y entreguémonos a él para esforzarnos en conformar nuestra conducta y nuestras acciones con las suyas; entonces su seminario derramará una gran suavidad dentro y fuera de su diócesis y hará que se multipliquen en número y bendiciones; por el contrario, el mayor obstáculo para ello sería querer actuar como dueños sobre los que están a nuestro cargo, desedificándolos o no cuidando de ellos, es lo que pasaría si quisiéramos tratarlos bien, lucir mucho, presumir, buscar los honores y distinciones, divertirnos, ahorrar esfuerzos y tratar mucho con los de fuera. Hay que ser firmes sin ser duros en nuestra actuación y evitar una mansedumbre foja que no sirve para nada. Es de Nuestro Señor de quien podremos aprender cómo hemos de proceder siempre con humildad y con gracia, para atraerle los corazones sin cansar a nadie”⁶.

Una vez más preguntémosnos: ¿cómo es posible “ser siervos de agua (sobrenatural)”, si no siendo tocados en nuestra humanidad por la presencia diaria de Cristo a nuestra conciencia creyente? El evangelio se anuncia con la vida y con la palabra que manifiesta nuestra vida convertida en las palabras que pronunciamos como misioneros.

La asimilación a Cristo, verdad y vida, propia de la Eucaristía, lleva a cada misionero a tener una visión de la misión bastante diversa del simple “hacer” o “predicar”, aunque se trate de contenidos religiosos y evangélicos. La fuerza testimonial de una palabra o de una acción depende de la íntima coherencia de vida del misionero con la palabra que proclama: esto — hay que decirlo para evitar equívocos — no tiene su garantía ni en una moralidad irreprochable, ni en un discurso incensurable. A estos elementos se apelaba también el pío fariseo, pero con poco suceso (cf. Lc 18,8-14). La coherencia misionera no es fruto ni de una moralidad incensurable (aunque “el

⁶ COSTE, IV, 596-597 / ES IV, 555.

esfuerzo de coherencia” no deba ser subestimado), ni de una teórica perfecta, o sea de una concepción intelectual expresa en manera completa y precisa (pues si “el decir” tiene su importancia). Moralidad y teórica al máximo pueden suscitar admiración, pero difícilmente constituyen motivo de adhesión de la persona, es decir, razón que atrae a la conversión. En nuestro tiempo, el motivo existencial de adhesión al cristianismo procede de *un cierto tipo de presencia cargada de anuncio*, que se encuentra en la amabilidad de una persona que se ha dejado lentamente formar por una referencia constante y objetiva a Cristo.

Por lo tanto, en la vivencia fruto de una proximidad viva y amorosa con la Eucaristía, uno se convierte siempre más en transparencia de la presencia misma de Jesús. Podríamos decir que el centro de la misión es esta transparencia o este reflejo. La misión, sobretudo en nuestro tiempo de caída de los ideales, se cumple por este camino.

Eucaristía y comunidad

Un último elemento nos queda por subrayar. La vida del misionero esta saldamente anclada a la vida en comunidad, primer espacio de la caridad y de la fraternidad. También sobre este horizonte encontramos la esencialidad de la Eucaristía. De hecho, “*la Eucaristía edifica la Iglesia*”, nos ha recordado Juan Pablo II, en *Ecclesia de Eucaristía* (n. 26). La edifica atrayendo a sí los hermanos en la comunión y sustrayéndoles a la tentación de cada uno para sí. La fidelidad en vivir la Eucaristía nos lleva al corazón de la fraternidad. No se puede conscientemente vivir la Eucaristía y mantener divisiones en el “cuerpo místico de Cristo”. O mejor, se puede, pero conservando una mala conciencia. Si observamos el modo con el cual se revela la fuerza redentora de la Pascua de Cristo, de la cual la Eucaristía es el sacramento, vemos que consiste en el pasaje de una disgregación de la comunidad a la realización de la unidad de los hermanos. Es sintomático como el proceso que acompaña la pasión de Jesús, en el ánimo y en la experiencia de los discípulos, es un proceso disgregativo. Judás traiciona. Pedro, Santiago, Juan duermen. Pedro es incapaz de reconocerlo delante a una sierva. Todos se van. Huyen. La pasión de Cristo es también la destrucción de la comunidad. Pero la mañana de Pascua, la misión del Señor Resucitado es volver a recoger a los discípulos para conducirlos a la fe en El, hasta hacer de ellos, por el don de su Espíritu de amor, un *cuerpo unido*, capaz de afrontar la historia, capaz de dar la vida por El. El milagro de la Pascua es la unidad reencontrada de los discípulos. Y esto es también el éxito de cada Eucaristía celebrada y vivida en la fe. Vuelve a realizarse aquel mismo milagro. Si no lo advertimos es sólo porque nuestra conciencia es distraída, disipada, alienada en otras cosas.

Permítanme un recuerdo personal del tiempo de mi juventud. A veces los pequeños hechos iluminan las verdades profundas más que muchas palabras. Era estudiante en filosofía e no soportaba un compañero por su comportamiento arrogante. Un sutil rencor turbaba mis sentimientos en su confrontación. Hablé de esto con el padre espiritual, el cual me exhortó a iniciar un camino de conversión. Hacia esfuerzos sobrehumanos para contenerme en una actitud digna con él, pero la sensibilidad irritada no llegaba a calmarse. Después de varios meses, la cosa comenzó a preocupar al padre espiritual, el cual improvisamente cambio ruta. Me dijo: mañana observa si tu compañero hace la comunión. ¡No me parecía verdadero! La petición del padre espiritual me había hecho valiente, porque se me había confiado como un poder de vigilancia sobre aquel que me parecía tan insoportable. La mañana sucesiva observe y rápido pude dirigirme al padre espiritual llevando el éxito de la observación. Pues bien, sí, él también había hecho la comunión. Al que, el padre espiritual me hizo una simple observación. ¿Aquel Jesús que tú amas, al cual quieres entregar tu existencia, que has recibido en la Eucaristía, es diverso de aquel que tu compañero ha recibido esta mañana? Me quede pasmado. Tuve que responderle con la verdad. Y aquella verdad en los días sucesivos continuó a inquietar mi ánimo, por lo cual me encontré en la condición o de negar el impacto de Cristo en mí o de cambiar la actitud hacia aquel compañero. En síntesis, todo se resolvió, no por un esfuerzo, sino simplemente por un renovado acto de fe hacia aquel Señor del cual cada mañana yo y mi compañero nos alimentábamos.

La Eucaristía edifica pues realmente la comunidad, porque sana de todo lo que es fuente de división en las relaciones. Y sabemos cuanto San Vicente insistía sobre la unidad de la Compañía como condición para la misión. San Vicente no alude solamente a una unidad de tipo moral, fruto del esfuerzo humano para vivir en la comunión. El sostiene que solamente una *comunión generada por el sacrificio de Cristo* tiene la capacidad de resistencia contra todas las fuerzas de división que el pecado enciende continuamente en nuestro ánimo.

“Estén muy unidos y Dios los bendecirá; pero que sea en la caridad de Jesucristo: porque toda otra unión que no esté cimentada con la sangre de ese divino Salvador, no puede subsistir. Así que deben estar ustedes unidos unos con otros en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo. El Espíritu de Jesucristo es un espíritu de unión y de paz. ¿Cómo podrán ustedes atraer almas a Jesucristo, si no están unidos entre sí y con Él? No se podría. Tengan pues un único sentir y una sola voluntad; de otro modo sería portarse como los caballos, que, cuando están enganchados al mismo arado, tiran cada uno por su lado; así, lo estropearían y romperían todo. Dios los

*llama a trabajar en su viña. Vayan allí, como si tuvieran un corazón único, y una intención única. Y de esa forma producirán fruto*⁷.

La presencia de Cristo en la Eucaristía que, como misioneros, celebramos juntos no puede permanecer un acto formal y ritual, sin la participación sentida al sacramento que se cumple. Puede en cambio representar una sacudida vital a nuestras comunidades misioneras. Puede despertar en ellas aquella fraternidad frágil que a veces las hace aburridas. La condición es de hacer mayormente vigilante la conciencia sobre esta presencia de Cristo. Porque El está realmente entre nosotros. La Eucaristía es precisamente este estar con nosotros y en nosotros de su persona amada. Cercana por encima de toda expectativa. Pero nosotros debemos vivir cerca de él, porque muy a menudo nuestra conciencia esta entorpecida y necesita ser despertada a una fe más simple y sincera. El Señor ha querido dejarse verdaderamente tocar, porque nuestra humanidad concreta fuese vuelta en su fuerza de redención.

(Traducción: ALFREDO BECERRA VÁZQUEZ, C.M.)

⁷ A. DODIN, *Entretiens Spirituels de Saint-Vincent de Paul*, no. 24, p. 93; TROZO DE ABELLY, L., II, cap. 1, pp. 145-146; Edición española, ABELLY, L., II, Sección VIII, pp. 327.

Eucaristía y formación del clero

« Vivir » y « formarse » a presidir la Eucaristía
en el pasaje a nuevos modelos presbiterales

por Nicola Albanesi, C.M.

Provincia de Roma

1. Cuestiones introductorias

El tema asignado para este contributo, expresado en su escueta simplicidad, esconde una gran complejidad, porque envuelve una cantidad notable de problemas, que exige ser delimitada y precisada.

El título “*Eucaristía y formación del clero*”, se presta, por lo menos, a ser interpretado en dos sentidos: 1. “*La Eucaristía en la formación del clero*”, y en este sentido, el acento está colocado en el rol que tiene la celebración eucarística en la formación de los seminaristas, o en otro itinerario de formación sacerdotal; 2. “*La formación del clero a la Eucaristía*”, y el acento está colocado, esta vez, sobre la formación a la celebración eucarística así como viene desarrollada al interno de los seminarios y de los institutos de formación.

Sobre este punto de vista la prospectiva se amplía hasta abrazar toda una serie de cuestiones que giran en torno al tema “*Eucaristía y formación presbiteral*”. Significa, en concreto, preguntarse sobre como los seminaristas vienen formados a vivir la celebración eucarística, como esa se vive en el seminario, cuales deben ser las principales preocupaciones formativas para habilitar a presidir la celebración eucarística y preparar a los seminaristas a desarrollar el futuro ministerio con responsabilidad y competencia. Todo esto colocado en la prospectiva más amplia de la formación a la vida y a la misión presbiteral¹.

¹ Directamente el discurso versa sobre la formación inicial y no sobre la permanente, aunque, si estas dos fases de la formación, hoy se tienda a considerar más unitariamente de cuanto no se haya hecho en el pasado. Si después del Concilio la formación permanente como una especie de prolongación de la inicial, hoy al contrario, se tienda a considerar y a pensar la formación inicial en función de la permanente. Estimulantes las siguientes contribuciones sobre la relación formación inicial/permanente: AA.VV., *Sacerdoti per la nuova evangelizzazione. Studi sull'Esortazione apostolica "Pastores dabo vobis" di Giovanni Paolo II* (a cura di E. dal Covolo e A.M. Triacca), Las, Roma 1994;

1.1 Una formación en evolución

Evidentemente la formación depende no sólo de las exigencias formativas las cuales tienen que ver con un contexto dado, sino también de la figura ideal que se tiene en mente para proponer y de alcanzar en la actividad formativa. Si el Concilio de Trento había expresado un modelo bien preciso para definir la figura e interpretar el rol del “pastor de almas”, no igualmente se puede decir del Vaticano II. El último Concilio ha puesto las bases para una reformulación de la identidad del presbítero, en relación a una nueva imagen de Iglesia, pero no ha logrado proponer “una” figura y “un” modelo de referencia². Ciertamente ha recogido la exigencia de superar las concepciones tridentinas de “hombre de culto”, ancladas a una imagen de Iglesia “estilo gregoriano”, perfectamente inculturada en el espíritu de la “cristiandad”, promoviendo un radical cambio sobre el modo, de parte del clero, de vivir la pertenencia eclesial, de relacionarse con el mundo y la sociedad, de vivir la propia consagración, de interpretar la propia misión³.

AA.VV., *Il primato della formazione*, Glossa, Milano 1997; AA.VV., *La formazione dei formatori*, en «Presenza pastorale» LXVIII 6-7 (1998); A. CENCINI, *I sentimenti del figlio. Il cammino formativo nella vita consacrata*, EDB, Bologna 1998; AA.VV., *Percorsi della cittadinanza. Materiali per la formazione*, AVE, Roma 2000; AA.VV., *Quando un'asina educa il profeta*, Comunità Edizioni, Fermo 2000; AA.VV., *La formazione nella comunità cristiana*, EDB, Bologna 2002; AA.VV., *La religione postmoderna*, Glossa, Milano 2003; AA.VV., *Formare i presbiteri. Principi e linee di metodologia pedagogica*, LAS, Roma 2003; AA.VV., *Prevedere e provvedere. La formazione in un mondo che cambia*, Paoline, Milano 2004; AA.VV., *Vivere in Cristo*, Città Nuova, Roma 2004.

² Para una profundización de los temas de la formación del clero en perspectiva histórica, en el pasaje a nuevos modelos: GUASCO, M., *Seminari e clero nel '900*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1990; OFFI, M., *I preti*, Il Mulino, Bologna 1998.

³ Para el estudio sobre el ministerio presbiteral la bibliografía es inmensa. Entre los mejores estudios, por la amplitud de investigación y por la sinteticidad, hay que señalar aquellos de: GRESHAKE, G., *Essere preti. Teologia e spiritualità del ministero sacerdotale*, Queriniana, Brescia 1995 (ed. or. *Priestersein. Zur Theologie und Spiritualität des priesterlichen Amtes*, Herder Verlag, Freiburg im Breisgau 1982, 1991⁵); MARTELET, G., *Teologia del sacerdozio. Due-mila anni di Chiesa in questione*, Queriniana, Brescia 1986 (ed. or. *Théologie du sacerdoce. Deux mille ans d'Eglise en question. Crise de la foi, crise du pretre*, Cerf, Paris 1984); DIANICH, S., *Teologia del ministero ordinato. Una interpretazione ecclesiologicala*, Paoline, 1984. En perspectiva más espiritual y pastoral esta: AA.VV., *Il prete. Identità del ministero e oggettività della fede* (a cura di G. Colombo), Glossa, Milano 1990; DORÉ, J. - VIDAL, M., *Des Ministres pour l'Eglise*, Cerf, Paris 2001; LUSTIGER, J.M., *I preti che Dio ci dona*, Massimo, Milano 2001; MOIOLI, G., *Scritti sul prete*, Glossa, Milano 2002. Además, para una bibliografía actualizada, esta el volumen de la Asociación Teológica Italiana, AA.VV., *Il ministero ordinato. Nodi teologici e prassi ecclesiali* (a cura di M. Qualizza), San Paolo, Milano 2004.

A nivel de documentos se puede decir que las grandes líneas han sido trazadas, pero a nivel de encarnación de la figura, el panorama es bastante variado. Hay múltiples estilos, diversos modelos presbiterales con los cuales los seminaristas están en contacto en los años de su práctica pastoral. Y los modelos de referencia son suficientemente diversos los unos de los otros⁴. La pregunta central es: ¿Cuál sacerdote? ¿Y para cual comunidad cristiana? ¿Cómo interpretar el rol de pastor y de guía de la comunidad cristiana, teniendo presente el contexto cultural, social y eclesial en el cual se encuentra a actuar? Creo que sobre este punto ninguna pueda dar de las respuestas exhaustivas, a la altura de la complejidad de los tiempos.

El seminario se encuentra, pues, en la imposibilidad de proponer un modelo único de presbítero. O mejor, de mediar la figura ideal de presbítero, así como se ha venido a delinear en los decenios post-conciliares, con una multiplicidad de encarnaciones y de interpretaciones del rol que hacen difícil la individualización de los itinerarios formativos adecuados. Surge, con toda su problemática, la dificultad de traducir en itinerarios formativos el espesor teológico y pastoral de la identidad del presbítero. Actualmente, los seminarios y los institutos de formación religiosa pueden solamente ofrecer los criterios, las líneas-guía, los principios inspiradores, a través de los cuales, después cada candidato pueda construir la propia identidad de presbítero-pastor⁵.

⁴ Entre las tipologías más recientes del clero católico se vera la interesante investigación *Priester 2000*, que ha interesado a los sacerdotes diocesanos de Austria, Alemania, Suiza, Croacia y Polonia. Surgen de este estudio cuatro tipos de sacerdotes: el clergo atemporal, el hombre de Dios abierto al tiempo, el hombre de Iglesia próximo al tiempo, la guía de la comunidad adecuada al tiempo. Los resultados de la investigación, contenidos en ZULEHNER, P.M. - HENNERSPERGER, A., *Sie gehen und werden nicht matt. Priester in heutiger Kultur. Ergebnisse der Studie Priester 2000*, Ostfildern, Schwabenverlag 2001, han sido sintetizados por los autores del ensayo *Preti nella cultura contemporanea*, en «Il Regno» XLVI (2001) 885, 483-489. En ambiente italiano se ha sido realizado una investigación similar, realizada entre el finales del 2000 y el 2002 por el Instituto demoscópico Eurisko y analizada por Gerelli y sus colaboradores. Surgen cuatro tipos de clero. El modelo de la mediación, el modelo de la modernidad y tradición, el modelo de los nostálgicos-reactivos, el modelo de los desconfiados-sociales. Los resultados en AA.VV., *Sfide per la Chiesa nel nuovo secolo. Indagine sul clero in Italia* (a cura di F. Garelli), Il Mulino, Bologna 2003.

⁵ El ministerio mismo y la vida que pedirán la capacidad de reinventarse como pastores, de ser continuamente abiertos al nuevo, para no caer en un envejecimiento precoz y la fosilización anticipada. Naturalmente son necesarias la madurez humana y espiritual, apertura de espíritu, ductilidad pero al mismo tiempo firmeza en los principios, esencialidad junto a una grande idealidad, cualidades a adquirir en la formación.

Para alguno la situación es bastante preocupantes, porque falta una identidad fuerte y una formación “precisa” al logro de una figura dada. Para otros, en cambio, todo esto puede resultar extremadamente estimulante, porque obliga a construirse y a hacerse un rol que no esta delineado.

1.2 La Eucaristía de la formación

En cuanto se refiere al rol de la Eucaristía “en la formación” de los seminaristas, la cuestión de derecho esta ya resuelta. Tomo prestadas las palabras del Card. Kasper que felizmente en una fórmula sintética así se expresa: *“La celebración de la Eucaristía es fuente y culmen de nuestra Iglesia [...] Esa es el gran legado que el Señor nos ha confiado la vigilia de su pasión y muerte. Y la cosa más preciosa que poseemos como Iglesia. Es el corazón de nuestra Iglesia. Todo esta a ella ordenado, y de esa emana la fuerza para todos los otros sectores de la vida eclesial y, no por ultimo, también para nuestra vida personal. De la justa comprensión y de la justa praxis de la celebración eucarística depende, por eso, pastoralmente todo, por lo cual no haremos jamás lo suficiente para comprender más a fondo y para celebrar mejor este misterio de la fe”*⁶.

La Eucaristía es entonces “fuente y culmen” de la formación seminarística, así como lo es, de cada aspecto de la vida eclesial⁷. De este punto de vista, las indicaciones operativas para la praxis formativa en los seminarios son bastantes repetitivas en los documentos⁸.

⁶ KASPER, W., *Sacramento dell'unità. Eucaristia e Chiesa*, Queriniana, Brescia 2004, 9 (el cursivo es mio). De esta preocupación ha nacido el proyecto que ha desembocado en el volumen: AA.VV., *Eucharistia. Enciclopedia dell'Eucaristia* (M. Brouard edd.), EDB, Bologna 2004. Es un volumen poderoso (en la edición italiana de 975 pp.) que recoge un gran material muy eterogéneo por metodologías, puntos de vista y resultados. Ochenta y un redactores, provenientes de todos los cinco continentes, expresión de las varias tradiciones eclesiales, presentan en manera sintética el fruto de las sintética de sus investigaciones específicas. Por eso, tenemos un texto que, gracias a al aporte multidisciplinar, desea presentar los diversos aspectos del misterio eucarístico en el modo más completo posible. Hay que leerlo junto con otro gran volumen de RAFFA, V., *Liturgia eucaristica. Mistagogia della Messa: dalla storia e dalla teologia alla pastorale pratica*, CLV, Roma 2004². También éste es un volumen de carácter enciclopédico (de 875 pp.) que presenta las varias partes del *Ordo Missae* ofreciendo una bibliografía razonada de estudios monográficos casi completa y actualizada.

⁷ La expresión « fons et culmens » ha encontrado grande resonancia en los documentos magisteriales. Las referencias principales: CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10, *Lumen Gentium*, 11; C.I.C. 246.

⁸ Me refiero a la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* emanada por la Congregación para la Educación Católica el 6 de enero de 1970 [AAS 72 (1970) 321-384] y revisada, después de la promulgación del Nuevo Código de

La celebración de la Eucaristía en el arco de la jornada debe asumir la posición central: va celebrada “diariamente” y “dignamente”, es decir con una cierta solemnidad (cantando siempre ciertas partes, repartiendo las tareas para el ejercicio de los varios ministerios) y con espíritu de fe. Es necesario además que se procure también una “sabia variedad” en el modo de participar, porque la celebración sea subjetivamente más eficaz y los seminaristas sean ayudados a prepararse al futuro ministerio y apostolado eucarístico⁹.

1.3 La formación a la Eucaristía

Pero cuando se pasa de la cuestión de derecho a la cuestión de hecho, las cosas cambian notablemente. El “como” se celebra en los seminarios depende de algunas situaciones variables y contingentes (la composición de la comunidad del seminario, número, edad, proveniencia y extracto social de los seminaristas, homogeneidad/eterogeneidad del grupo de los animadores-educadores y de las intervenciones educativas, etc.), y de otras situaciones estables, siempre presentes, aunque no siempre de manera consciente o reflexiva en los educadores-formadores. La forma de la celebración eucarística y el estilo de la presidencia dependen de cómo el sacerdote interpreta a sí mismo y su rol. En otras palabras: de cómo concibe su ser en relación a la misión que debe desarrollar, a la modalidad concreta con la cual el se relaciona al mundo y a la cultura en general, y depende de la imagen de Iglesia que quiere promover y el tipo de celebración que propone para vivir.

La vivencia eucarística, pues, de un lado, es agente formidable de formación (la Eucaristía “forma” y plasma la vivencia en conformidad al celebrado), por otro lado, es reflejo y espero de una propuesta formativa (la “forma” celebrativa esta al servicio, o es condicionada, por la actividad y de las estrategias formativas). Esta claro que a diversos modelos de sacerdotes corresponden igualmente diversos estilos celebrativos.

Paso pues a delinear, a grandes líneas, las diversas figuras de sacerdote de Trento y del Vaticano II, el diverso modo de vivir y celebrar la Eucaristía anclada a una visión diversa de Iglesia, los diversos

Derecho Canónico, el 19 de marzo de 1985 [EV SI, 918-1072] y a la *Pastores dabó vobis*, la Exortación Apostólica post-sinodal de sortazione Apostolica post-sinodal de Juan Pablo II acerca de la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales, publicada el 25 de marzo de 1992 [AAS 84 (1992) 657-804]. Otros documentos en: CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Documenti - Formazione dei sacerdoti nel mondo d'oggi*, LEV, Città del Vaticano 1990.

⁹ Las referencias principales: CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 17-18-19, *Optatam totius*, 8, *Presbyterorum Ordinis*, 5, *Ad Gentes*, 19.

modelos formativos y las espiritualidades consecuentes. La confrontación permite acoger mejor los elementos de novedad propuestos por el Concilio Vaticano II y de poner las bases para una superación del modelo tridentino, que tantos frutos ha dado a la Iglesia en la era de la Cristiandad, y que exige de ser radicalmente repensado para estar a la altura de los tiempos.

2. El « sacerdote » del Concilio de Trento y el sacramento de la « unión »

2.1 La figura del « sacerdote »

Los padres conciliares reunidos en Trento, cuando se encontraron a afrontar la problemática relativa a la función sacerdotal, como han estrado condicionados de una exigencia: aquella de reaccionar a las instancias críticas puestas por el pensamiento de la Reforma. Los reformadores habían atacado, entre otros puntos, la idea del sacerdocio y del sacrificio. De la negación del aspecto sacrificial de la Misa derivó el rechazo de la dimensión y de la función sacerdotal en la Misma misma. Consecuentemente, habían contrapuesto a la visión sacramental del sacerdocio una visión más ministerial, diaconal¹⁰.

Los padres conciliares, habían reaccionado, inspirándose al pensamiento de Santo Tomas, ligando indisolublemente “sacerdocio” y “sacrificio” eucarístico¹¹. El resultado ha sido doble y ambivalente: por un lado, se ha tenido una clarificación importante y la fijación de la doctrina; del otro, no se logró a tener una visión completa del problema, carente de exigencias polémicas. Así en los “textos dogmáticos”, por motivo de una eclesiología inmadura y de una acentuación polémica de la doctrina del sacerdocio, surgió una figura de sacerdote “reducida”, fundamentalmente al aspecto cultural.

Los puntos de fuerza de las argumentaciones son dos: 1. En el NT hay un sacerdocio visible y exterior al cual esta legado el poder de consagrar el cuerpo y la sangre del Señor y de perdonar los pecados;

¹⁰ Lutero en su libelo de ruptura, publicado en 1520, *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, había afirmado que todos los cristianos pertenecen al estrado eclesiástico y no existe ninguna diferencia si no aquella del oficio propio de cada uno. “Bautismo y evangelio nos hacen a todos religiosos y a todos cristianos”. Por lo tanto hay el primado del sacerdocio común de los fieles y de la Palabra, sobre el oficio eclesiástico y la Eucaristía. Para la descripción de este modelo, en reacción a la Reforma, hago referencia a los resultados de los estudios sobre el tema hechos por Luigi Mezzadri reunidos en el volumen *A lode della gloria. Il sacerdozio nell'école française XVII-XX secolo*, Jaka Book, Milano 1989, en particular a la Introducción en las páginas 9-36.

¹¹ Sesión XXIII del 15 de julio de 1563 — sobre el Sacramento del Orden, en *Conciliorum Oecumenicorum Decreta* (a cargo de Instituto para las Ciencias Religiosas de Bolonia), EDB, Bologna 1991, 742 ss.

2. El Orden es un sacramento instituido por Cristo mismo que imprime carácter. El Orden no es pues un simple oficio sino es un sacramento, se le recibe en fuerza de la consagración y mediante la unción, y no puede renegar porque cambia antológicamente quien lo recibe, produciendo efectos permanente.

De los “decretos de Reforma” surge, en cambio, una concepción más completa: el pastor debe conocer al pueblo que se la ha confiado, debe nutrirlo con la palabra, los sacramentos y el ejemplo personal, debe amarlo en la persona de los más débiles. Para realizar esto, debe residir en el mismo lugar donde ejercita el ministerio, hacer la homilía durante la Misa dominical, enseñar el catecismo y orar por el pueblo a él confiado a través del Oficio de las Horas¹².

En sustancia de Trento salió la imagen del sacerdote como hombre de lo sagrado, preocupado de la salvación de las almas y su propia santificación. El Concilio indudablemente puso las bases para una reforma del clero, que se tuvo sólo gracias a la acción de algunas grandes personalidades que ligaron la reforma eclesiástica a una renovación espiritual¹³.

2.2 La concepción teológica de la identidad sacerdotal

La figura del sacerdote tridentino, en la literatura espiritual ha encontrado su legitimación en la visión teológica inspirada por el *corpus* de los escritos del Pseudos-Dionisio. En esta prospectiva el sacerdote es el hombre del culto; posee una idea sacral de su función: interpreta el sacerdocio como “mediación”. El es y se siente pontífice, mediador entre Dios y la comunidad. Y como en el orden angélico hay tres grados jerárquicos, en los cuales cada jerarquía recibe del alto y dona a los grados inferiores la iluminación divina, así también la jerarquía eclesiástica se ordena sobre una especie de pirámide. El Obispo, a través de los ángeles comunica a Dios, y a través de él llueven a los grados inferiores los poderes de orden y de santificación. El sacerdote esta a un grado inferior respecto al Obispo, pero PUR siempre elevado por enzima de los hombres. El sacerdote, asumido

¹² Claro el tentativo de detener el fenómeno de los así llamados “sacerdotes de Misa”. Una renta de un patrimonio era el título suficiente para la ordenación; después el sacerdote podía vivir no ejercitando jamás el ministerio pastoral, podía, es decir, evitar predicar y confesar, limitándose ala celebración de la Eucaristía.

¹³ En la Iglesia no puede haber una verdadera reforma sin una renovación espiritual. No es posible presentar ahora todo el movimiento sacerdotal después de Trento, ni siquiera de sus exponente más cualificados. Basta recordar, para Italia la acción de San Carlos Borromeo, y para Francia la actividad de la École Française, con sus mayores exponentes: el Cardenal de Berulle, Olier, Eudes, San Vicente de Paúl, el influjo de San Francisco de Sales.

de entre los hombres, en fuerza del sacramento del Orden, recibe un carácter indeleble que lo separa de la comunidad y lo habilita a ser un hombre-separado para el culto divino. En fuerza del Orden se realiza en él un verdadero y propio cambio ontológico que lo hace diverso de los otros hombres. De aquí el desarrollo de toda una espiritualidad sacerdotal que insistía sobre la radical diversidad respecto al hombre común, sobre la separación, sobre el deber de una santificación mayor¹⁴.

2.3 La visión de la Eucaristía y las principales deformaciones litúrgicas pos-tridentinas

La Eucaristía, en el modelo dionisiaco, es el “sacramento de la unión”. El sacramento arranca los creyentes de sus vidas divididas para reunirlos en unidad, y a través de esta reducción divina de las divisiones, les concede la comunión y la unión con el Uno. Este carácter fuertemente unificador hace de este sacramento el complemento necesario de todos los otros, los cuales, sin eso, quedan imperfectos. Así, la Eucaristía tiene su lugar en el punto central de todos los actos sacramentales. Y por eso esa aparece como “el sacramento de los sacramentos”.

La unión, de la cual la Eucaristía (la synaxis) es generadora, liga a Dios, que es el Uno supremo. Pero esta unión no es posible sin la reducción de la división interior. Es necesario tener la forma del Uno para entrarse en comunión con El. En este modo el sacramento de la unión se opone radicalmente al pecado y a sus pasiones, que son los principios de multiplicación y de división.

Conforme a esta visión resulta toda la espiritualidad de tipo ascético de purificación interior. De aquí la insistencia sobre la confesión antes de comulgar y el diferir la comunión para buscar las mejores condiciones espirituales posibles. En los seminarios tridentinos se actuaba esta praxis, así que la Eucaristía se celebraba diariamente, pero se comulgaba una sola vez a la semana. Sucedió en general, durante la Misa cantada (solemne), después de la cual se celebraba una misa de acción de gracias. La piedad eucarística vivía más de adoración que de la presencia real, la cual tenía mayor importancia que la misma participación convivial al sacramento¹⁵.

De esta visión, en el curso de los siglos sucesivos, surgieron unos aspectos involutivos que tanto han pesado en pasado obstaculizando, hasta ahora, la renovación litúrgica.

¹⁴ Para la comprensión del modelo, veáse la obra de ROQUES, R., *L'universo dionisiano. Struttura gerarchica del mondo secondo Ps. Dionigi Aeropagita*, Vita e Pensiero, Milano 1996.

¹⁵ MEZZADRI, L. - OMNIS, F., *Missione e Carità. La Congregazione della Missione nel Settecento. I - Francia e Italia*, CLV, Roma 1999, 208-215.

El primer aspecto es el reforzarse, en la liturgia eucarística, de una “mentalidad sagrada”. En la celebración se acentúa el aspecto del misterio del rito y la función sacerdotal con su carácter de separación. El culto queda siempre más “clericalizado”: a nivel arquitectónico, nace un coro o presbiterio siempre más alejado y separado de la nave principal. A través de una pérgola, o de los cancelos y de las balaustas (que corresponden a la iconóstasis oriental) se crean de las pantallas tales que dejan al pueblo una visión escasísima de lo que sucede en el recinto sagrado, excluyendo, de hecho, toda posibilidad de participación.

Un segundo aspecto de profunda transformación de la liturgia, estrictamente ligado al primero, es la “pérdida de la asamblea”. Separada del clero oficiante, una masa de personas asiste pasivamente a liturgias de las cuales comprende muy poco. También la lengua litúrgica, el latín, contribuirá a aumentar la distancia. Así se pierde la dinamicidad de la liturgia y la centralidad de los focos litúrgicos: presidencia, ambón, altar. Desaparece el altar, vuelto a ser soporte de una inmenso retablo o de un grandioso tabernáculo. Desaparece la sede, en cuanto la Eucaristía esta oficiada por el clero que no interactúa más con la asamblea. Desaparece también al ambón, sustituido por el púlpito para los sermones, mientras la Palabra de Dios se lee en una lengua muerta al interno del ámbito muy restringido de los clérigos.

La relación con Dios, en la celebración eucarística, asume así un carácter privado, en definitiva “devocional”: es la celebración de un rito sublime que sirve para consagrar las especies eucarísticas con los cuales alimentarse (siempre más raramente para el pueblo) y, sobre todo, destinado a la adoración. El tabernáculo, colocado al centro del ábside, se convierte en foco litúrgico principal, y la nave se llena de muchos altares delante de los cuales los fieles realizan sus propias prácticas privadas de piedad.

A estos aspectos de deformación (clericalización del culto, pérdida de la asamblea, devocionismo privado) se debe agregar el pesante “rubricismo” que oprimía la praxis litúrgica. El Concilio de Trento confió a la Curia Romana el trabajo exclusivo de legislar en campo litúrgico. Este centralismo litúrgico, ya fijado por Pío V fue consolidado por Sixto V con la institución de la Sagrada Congregación de los Ritos. A esa fue confiado el trabajo de interpretar oficialmente los libros litúrgicos y de vigilar sobre la exacta ejecución de los ritos. Los problemas morales y jurídicos predominaron así sobre los problemas teológicos y pastorales. Se formará, por lo tanto, en los sacerdotes una mentalidad la cual enseña que lo importante es celebrar el sacramento “válidamente” (para la asamblea) y “lícitamente” (para el celebrante) a fin de que la gracia sea “objetivamente” eficaz *ex opere operato*. El sacerdote se preocupará que la celebración sea

técnicamente perfecta, sin errores formales y materiales, respetando escrupulosamente todas las rúbricas, en fidelidad a todas las prescripciones de carácter jurídico-sacramental. En cambio, esta casi ausente la atención a las condiciones subjetivas, de recibir de la gracia sacramental.

3. El « presbítero » del Concilio Vaticano II y el sacramento de la « unidad »

3.1 La figura del « presbítero »

No hay duda de que el Concilio ha intentado proponer una renovación de la vida presbiteral¹⁶, pero creo que vaya puesto de relieve el hecho que sobre la renovación ha pesado más el *evento-Concilio* en sí, que no las indicaciones dadas en los documentos conciliares: el Capítulo III de la *Lumen Gentium*, el decreto *Presbyterorum ordinis* sobre el ministerio y la vida presbiteral del 7 de diciembre de 1965 (último documento promulgado en el Concilio), el decreto *Optatam Totius* sobre la formación sacerdotal, el Motu proprio *Ecclesiae Sanctae* que propone las normas de aplicación de 1966. El cap. III de la LG es, a juicio de todos los comentaristas, la parte menos lograda de toda la Constitución junto a la relativa a la Vida Religiosa (Capítulo VI); PO después resulta un texto desprovisto de calidad profética, mientras las normas de actuación de hecho no afrontan en profundidad el problema de la renovación evangélica de la vida presbiteral. La crisis que ha pesado y todavía pesa sobre la vida presbiteral es debido también a este vacío, a esta falta de indicaciones proféticas y fuerte que el Concilio había sabido expresar sobre otros temas¹⁷.

Más que el vigor de los documentos ha sido el evento del Concilio que, junto a los rápidos cambios culturales de la sociedad, han sacudido a las raíces la vida presbiteral. El resultado ha sido una grande variedad de encarnaciones del ministerio presbiteral, autorizadas por una lectura extensiva y compleja de los documentos conciliares¹⁸. Por eso, para definir y comprender mejor los marcos del

¹⁶ Ya a nivel terminológico la novedad es evidente. Se ha preferido volver a usar el término *presbítero*, usado en época patristica, en lugar del el término *sacerdote*, usado en Trento. Y esto lo dice mucho acerca del tentativo de superar una cierta tradición.

¹⁷ Cf. El análisis histórico-genética de *Presbyterorum ordinis*, elaborada por WASELYNCK, R., *Les pretres. Elaboration du décret de Vatican II. Histoire et genèse des textes conciliaires*, Desclée & Cie, Paris 1968.

¹⁸ Una nota de carácter metodológico: si se toman en examen sólo los documentos que se refieren exclusivamente a la figurar del presbítero, y sise hace una lectura puramente literal, los textos se prestan a una interpretación « tradicionalista », de una lectura que se limita a la carta. En este caso, el Vaticano II sería nada más que una profundización de Trento. Pero si se

ministerio presbiteral del Vaticano II es necesario examinar, no sólo los textos que los trazan directamente, sino el conjunto de los actos que ha dado origen a los documentos: a la luz de una visión renovada de liturgia y una nueva imagen de Iglesia; en el contexto de la nueva misión a desarrollar, sea a *intra* que ad *extra*; en relación a la actividad pastoral de los laicos y a las instancias críticas de la modernidad, al interno de una red de relaciones que la Iglesia está llamada a establecer con el mundo de la cultura, las realidades sociales y políticas presentes sobre el territorio, las religiones, con una marcada sensibilidad ecuménica y de apertura al mundo contemporáneo en general. Se debe buscar en este contexto la verdadera novedad del Concilio Vaticano II¹⁹.

3.2 La identidad y la interpretación del rol del « ministro pastor »

Paso a delinear a grandes rasgos la visión de la figura del presbítero del Vaticano para captar así los cambios importantes actuados por el Concilio en el modo de pensar tal ministerio²⁰.

Cuando el Concilio se ocupa de la que se ha llamada, en modo infeliz, *constitución jerárquica de la Iglesia*, se ocupa en primer lugar de los obispos. A ellos viene conferida la plenitud del sacramento del Orden y la triple potestad de enseñar, santificar y gobernar. La definición de quien ha recibido el sacramento del Orden como pastor e imagen de Cristo, lo dirige directamente a la comunidad: *se es pastor para la comunidad*. Es pastor en razón de la fuerza de un carisma reconocido por la comunidad, pero originado del Espíritu. Para esto el Concilio insiste sobre la unidad de carisma y de sacramento para el ministerio pastoral.

Como para el obispo, la figura del presbítero, es definida por la responsabilidad global hacia una comunidad. El presbítero es considerado el representante del obispo y el primer colaborador del obispo;

interpretan los textos en el cuadro más amplio de una renovada visión de Iglesia y de un diverso modo de relacionarse al mundo en general, entonces surge una diversa figura de sacerdote respecto a aquella tridentina. Resulta, particularmente, revelativa la consulta de *Thesaurus conciliorum oecumenicorum et generalium ecclesiae catholicae*, Series A - Brepols, Formae, Thurnout 1996.

¹⁹ AA.VV., *L'Eglise de Vatican II* (G. Barauna edd.), t. I-II, Cerf, Paris 1966; AA.VV., *Vaticano II. Bilancio & prospettive* (a cura di R. Latourelle), Cittadella, Assisi 1987; G. ROUTHIER, *L'écclésiologie catholique dans le sillage de Vatican II. La contribution de Walter Kasper à l'hérmeneutique de Vatican II*, en «Laval théologique et philosophique» 60 (2004) 13-51.

²⁰ Para una visión de conjunto véase el estudio de LAFONT, G., *Immaginare la Chiesa cattolica. Linee e approfondimenti per un nuovo dire e un nuovo fare della comunità cristiana*, San Paolo, Milano 1998, en particular las páginas 153-201, dedicadas a profundizar «Il carisma diversificato della Presidenza» (capítulo 7) («El carisma diversificado de la Presidencia». Capítulo VII).

él, pues, ejercite la responsabilidad pastoral de Jesucristo sobre una parte de la Iglesia particular: esta es su responsabilidad. Siguiendo a San Ireneo y San Agustín, el Concilio explica que los sacerdotes son ordenados para contribuir a edificar una comunidad de hombres vivos que sean, por su mutua caridad y testimonio, un sacrificio espiritual agradable a Dios. Su ministerio esta ordenado a la construcción de la comunidad cristiana: más bien, son llamados a colaborar, en lo que les es propio, en la edificación de la comunidad cristiana (no únicos constructores, sino *co-constructores* de la comunidad). Y eso que es su propio ministerio específico, es la “*presidencia*” de la comunidad.

El presbítero pues es (o debería hacerse), el animador de la comunidad, el coordinador de los varios carismas y ministerios, el garante, ante la comunidad misma, de la apostolicidad de sus varias expresiones (esto es el nexo que lo vincula al obispo). Es aquel que ejerce (o debería ejercer) la función de moderador de la comunidad y que posee el carisma del discernimiento y de la vigilancia. No más el *hombre de lo sagrado* para el culto, sino el presidente de la comunidad, el *hombre del diálogo* y agente de comunión. La Eucaristía, en esta perspectiva, se convierte en el sacramento de la *unidad* de las varias expresiones de naturaleza carismática y ministerial de la Iglesia.

Lo que acabo de decir resulta simplemente de la inspiración ecle-siológica del Vaticano II. En realidad se trata de un cambio notable respecto a Trento, que necesitará mucho tiempo para entrare en la mentalidad del creyente. La espiritualidad sacerdotal tridentina insistía en primer lugar sobre la función sacramental del sacerdote (todo era ordenado a la celebración eucarística), y por eso sobre una cierta idea de carácter sacramental que hace posible tal función, reconociéndole la exclusiva en materia de apostolado y de misión. Si, según el Vaticano II, el encargo específico del sacerdote es la presidencia, la moderación de una comunidad, esto no significa que en la Iglesia le espera hacer de todo. Es normal y de deber que los laicos intervengan, según su propio carisma, a tiempo parcial o a tiempo pleno, en el ejercicio de la potestad de enseñar, santificar y gobernar²¹.

²¹ Hacemos referencia a las diversas y varias diaconías ejercitadas en lo que es propio a cada una, por las varias componente eclesiales: el *servicio de la Palabra* (evangelización y misión, liturgia, catequesis), el *servicio de las mesas* (todos los ministerios de la compasión y de la caridad), el *servicio de administración* (respecto a los bienes de la comunidad). Diaconías que deberían ser ejercitadas a pleno título sin presentar carácter de suplencia del clero ausente ni de asistencia del clero presente.

3.3 La reforma litúrgica y la atención formativa

El Concilio Vaticano II ha determinado también una radical viraje en la comprensión del significado de la liturgia en la vida de la comunidad cristiana, interviniendo con una renovación de la estructura de la ritualidad que ha tenido notables implicaciones sobre el modo de concebir e interpretar el ministerio presbiteral. De eso emergen hoy diversas urgencias formativas, en torno a las cuales deben girar las intervenciones educativas al interno de la vida de los seminarios y de los institutos de formación.

Tres son los puntos clave en torno a los cuales la renovación litúrgica se ha desarrollado: 1. La recuperación de la centralidad y de la dinámica del misterio pascual en la celebración eucarística; 2. El descubrimiento de la asamblea como sujeto de la Eucaristía; 3. La reproposición del lenguaje sacramental descubierto en su espesor simbólico, para favorecer la participación al evento de salvación celebrado.

De estos principios brotan los fundamentos de una formación a la “presidencia de la comunidad” que respete las exigencias pastorales prioritarias para una vivencia eucarística más significativa.

Factor primario y basilar es sobretodo la *formación de la asamblea eucarística*. La Eucaristía es celebración de la comunidad cristiana para la comunidad cristiana. Los principales esfuerzos van orientados a crear las condiciones para el formarse de la comunidad, a través de una renovada acción de evangelización y de catequesis.

Debe además ser favorecida la participación activa, plena consciente de la Asamblea a la Eucaristía, a través de una adecuada *iniciación a los signos litúrgicos*. El lenguaje sacramental va descifrado: es necesario ser pues iniciados a los signos cristianos y ser acompañados a leer en la propia corporeidad lo que el sacramento produce. En otras palabras, debe ser promovida la capacidad de leer el rito eucarístico, mediante una iniciación, y la acción de Dios que se manifiesta en eso, a través de una *actividad mistagógica*. Iniciación y mistagogía son dos focos de la misma elipse que se llaman mutuamente en la praxis litúrgico-sacramental.

Una nueva mistagogía necesita también una nueva *estética*. Todo el sistema “de los signos” cristianos debe recuperar una cierta cualidad estética, es decir, debe estar en capacidad de asombrar, de emocionar, de capturar la atención de las personas y favorecer el envío a la acción de Dios. El modo de celebrar, el lugar donde se celebra, el modo de colocarse en la asamblea, los cantos, los arreglos sagrados, etc. no son elementos secundarios, “ornamentales”. El “como” se celebra es fundamental, donde en el “como” es contenido el “sí”: del modo de celebrare depende de la posibilidad de hacer una experiencia de Dios significativa.

Hoy la calidad estética de los ritos, desafortunadamente, en general ha caído. Es, pues, urgente, de un lado, volver a dar esplendor a los signos, y por otro lado, generar en las personas la capacidad de leerlos. Se trata del problema de la relación entre lo teológico y lo estético, entre la acción de Dios y el modo de percibirla²². Ahora, la estética es la doctrina de la percepción. La antigua tradición cristiana había enseñado a considerar esta percepción al mismo tiempo acto físico y espiritual, a través la *doctrina de los sentidos espirituales*. Si hoy las personas están en manos de sus percepciones sensibles, si se han condicionado y ligado, inevitablemente, sólo a sus emociones, es porque el arte de descifrar, la estética ha sido reducida a teoría del *ornatus*. Es necesario volver a tener una doctrina de la percepción cristiana, en grado de educar la sensibilidad estética de las personas y conducir las hacia la transfiguración de sus sentidos en Dios. Sólo de aquí puede nacer la capacidad de acompañar espiritualmente a las personas a cumplir itinerarios de fe y de caridad, de sostenerlas en su adhesión eclesial y en su testimonio cristiano.

En la circularidad de “catequesis-iniciación-mistagogía” y en la búsqueda de una “nueva estética”, se juega toda la redefinición del ministerio presbiteral en relación a la celebración eucarística. Todo esto es exigido por los tiempos y las circunstancias actuales. Esta es la petición educativa de la cual la formación inicial y permanente, hoy debería tener inicio.

4. Las características principales de la nueva figura presbiteral

Ahora podemos intentar definir el trabajo del presbítero-presidente de la asamblea eucarística cristiana con un término tomado de la tradición hebrea: *ba'al tefillà*, maestro de oración²³.

Es tarea del presbítero crear la comunidad litúrgica, transformar una pluralidad de individuos que están orando en comunidad orante que se reconoce tal delante de Dios. Le espera crear una atmósfera en la cual la búsqueda de los valores absolutos venga despertada, en la cual el interés por el espíritu sea compartido por toda una comunidad. En este punto, el presbítero hoy recibe las mayores frustraciones. Frecuentemente, la invitación a la oración termina contra un muro de hule. No siempre la asamblea esta disponible y lista al gesto

²² Precisamente en el estudio de este problema Pierangelo Sequeri ha dedicado gran parte de su magisterio. En particular: SEQUERI, P., *Estetica e teologia. L'indicibile emozione del sacro: R. Otto, A. Schönberg, M. Heidegger*, Glossa, Milano 1993; Id., *L'estro di Dio. Saggi di estetica*, Glossa, Milano 2000; Id., *Sensibili allo Spirito. Umanesimo religioso e ordine degli affetti*, Glossa, Milano 2001.

²³ La referencia es a la obra de HESCHEL, A.J., *Il canto della libertà. La vita interiore e la liberazione dell'uomo*, Qiqajon, Magnano 1999.

cultural y a la acción de gracias. El presbítero debe perforar la coraza de la indiferencia de la mayoría. Debe, literalmente luchar por obtener una respuesta (basta ver a algunos matrimonios y funerales: la asamblea muchas veces no sabe responder, no conoce ni siquiera las fórmulas de respuesta). Debe, en cierto sentido, conquistar los presente en modo de poder hablarles.

La tragedia a la cual diversas veces asistimos, es aquella del anonimato de las asambleas eucarísticas. En consecuencia, el rito no suscita alguna participación. Las palabras llegan a los oídos pero no tocan el corazón. Los gestos llegan a la vista pero no hacen alzar la mirada.

La tarea del presbítero consiste en “guiar la oración”. El esta delante a la asamblea no como hombre separado-aislado, no como individuo, sino como uno de la asamblea/con la asamblea misma. Esta llamado a identificarse con la asamblea (de aquí el carácter sacerdotal de su oficio). Su tarea esta en representar a la comunidad y al mismo tiempo en inspirarla y en conducirla, al menos por unos instantes, a los umbrales del misterio. El presbítero es el guía a la experiencia de fe a través de la liturgia que preside. Su función se resuelve en el ayudar a las personas a vivir con intensidad el momento de la confrontación con la presencia de Dios en el examen crítico de sí mismos, para abrirse después a la alabanza y al agradecimiento.

El presbítero es aquel, es decir, que suscita el “canto”. Orar en asamblea sin canto significa perder la participación activa de la comunidad. Puede darse que algunas personas no sepan orar y no hayan nunca sabido orar, pero todas saben cantar. El canto conduce a la oración. Y la oración suscita la alegría del espíritu, sin la cual no hay celebración pascual. Ha sido un verdadero drama la separación de la música de la palabra litúrgica, y lo hemos vivido por siglos. En algunos períodos la música ha triunfado sobre la palabra, con la excesiva fastuosidad y complejidad del dictado musical. La *schola cantorum* ha sustituido a la asamblea, haciéndola muda y pasiva. En otros tiempos, la calidad estética de la música litúrgica ha caído terriblemente, hasta volverse incapaz de comunicar el significado de la palabra. Entre música y texto se debe haber sintonía, en armonía a la experiencia espiritual que la asamblea esta viviendo. A veces uno se queda traumatizados escuchando expresiones verbales estupendas con acentuaciones y cadencias musicales equivocadas: palabras sublimes mezcladas con músicas ordinarias y sin gusto. Mucha parte de la música litúrgica hoy envilece y hasta contradice las palabras más que darles intensidad y exaltarlas. Una música de este género tiene efectos devastadores sobre la búsqueda de oración.

Y así al presbítero no le queda sino la Palabra, de la cual se hará su servidor y portavoz. Está llamado en primera persona, a hacerse

transportar por las palabras del rito que celebra en nombre y por cuenta de la asamblea y como asamblea. Será conducido así, por la liturgia eucarística, a vivir momentos en los cuales olvidará el mundo con sus preocupaciones diarias, momentos durante los cuales será vencido por la conciencia de Aquel en cuya presencia se encuentra. La asamblea, entonces, escuchará y advertirá que el presbítero no está recitando, sino está adorando a Dios, entenderá que orar no significa repetir fórmulas, que cantar no significa escuchar una música o simplemente dar voz a una melodía, sino identificarse con lo que se dice y se proclama. Entonces, el templo/iglesia será transformada en casa de oración. Cuando todo esto viene, y solamente cuando viene, el presbítero habrá cumplido su tarea.

Uno no se improvisa ni se convierte en maestro de oración aprendiendo a dominar el arte de la “performance” litúrgica. Uno es maestro de oración por gracia. La formación, pues, debe tener habilidad y capacidad técnica, para convertirse en un buen animador litúrgico, y fe, para poder presidir la comunidad con autoridad. Un pastor sin fe sería la caricatura de sí mismo, incapaz de desarrollar aquella tarea que él sólo puede hacer: aquello de representar a la comunidad públicamente, de presidir sus asambleas, de guiar la oración, de sostener a los miembros de la comunidad con el testimonio de vida.

(Traducción: ALFREDO BECERRA VÁZQUEZ, C.M)

Eucaristía, misión y evangelización

por Andrés Motto, C.M.

Provincia de Argentina

Sabemos que hay mucha gente que vive haciendo el bien, y sin embargo no comulga. Al decir esto no sólo hacemos referencia a los no creyentes, o a los creyentes de religiones no cristianas, ni tan sólo a los miembros de iglesias cristianas que no creen en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Más bien, tengo presente a muchos católicos, los cuales sabiendo relativamente el valor de la Eucaristía, no ven que sea necesaria su recepción frecuente para llevar adelante los valores del Reino... ¿Qué decir ante esta situación? En el presente artículo intentaremos demostrar brevemente que la Eucaristía es una fuente legítima y necesaria para llevar adelante la misión. Asimismo, haremos referencia a qué aspectos debemos modificar en nuestra práctica religiosa para que la Eucaristía sea una fuente de evangelización y no mero rito vacío y atemporal. Finalmente, como vicentinos, no podemos separar la Eucaristía de un aspecto esencial de la evangelización: trabajar por la dignificación de todos los hombres.

Ante todo señalemos que como vicentinos la Eucaristía constituye la fuente, la meta y la síntesis de nuestra misión y de nuestra espiritualidad. Bien sabemos las enormes y variadas riquezas de la Eucaristía para la vida cristiana, y cómo es parte de nuestra pastoral desarrollarlas ante el pueblo, revelándole sus ricas significaciones para la vida de la comunidad. La Eucaristía es al mismo tiempo fiesta y celebración común; es creadora y restauradora de comunión y de fraternidad al compartir muchos del mismo Pan; es el sacramento del amor y de la vida de Cristo en nosotros como semilla de resurrección; es la fuente de toda santidad; es la raíz y el fin de todo apostolado... En su quintaesencia, es el sacramento que actualiza para nosotros la Pascua salvadora del Señor poniéndonos en contacto con el que resucitó para siempre, con el cuerpo del viviente. Nuestro Padre Fundador celebraba siempre dignamente la Eucaristía, ya que en buena medida, un sacerdote es su misa. La Eucaristía es la oración de las oraciones, y la mejor manera de hacer que el Pueblo de Dios rece, es rezando junto a ellos.

En este contexto del valor misionero de la Eucaristía, señalemos que el propósito de Juan Pablo II en este Año Eucarístico es reafirmar la importancia de este sacramento para la vida y la misión de la

Iglesia. A nosotros, como miembros de la Congregación de la Misión, la Eucaristía nos debe ayudar a ser contemplativos en la acción; a ser místicos de ojos abiertos; y a conjugar la paz sapiencial con la eferescencia profética. El aspecto misionero de la Eucaristía, el Papa lo desarrolla en el capítulo IV de la carta apostólica *Mane nobiscum domine*. Como ya es frecuente en varios documentos de Juan Pablo II, toma algún pasaje evangélico que luego va desarrollando en forma espiralada. Para éste ha elegido el texto de los discípulos de Emaús (Lc. 24,13-35). Nosotros, como otros discípulos de Emaús, después de comulgar el cuerpo del resucitado debemos alegremente evangelizar testimoniando el Reino. Cada Eucaristía debe reavivar en nosotros el proyecto cristiano: vivir dando gracias a Dios continuando su proyecto en el mundo. Esto nos lleva a no temer dar testimonio del Dios cristiano, en un mundo que presenta dos errores con respecto a lo religioso: 1. Por un lado, se constata una cultura secularizada prescindente de Dios. Pensando que la religión es un antivalor del cual hay que liberarse, o al menos reducir su influencia; 2. Por otro lado (como su extremo opuesto), se captan los estragos del fanatismo religioso. Ante esto se señala que:

Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las “raíces cristianas”, sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir “gracias” como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador¹.

San Vicente quería que la vida de sus hijos e hijas estuviera íntimamente vinculada a la Eucaristía. Así al llegar a un nuevo destino, lo primero que se deberá hacer es visitar al Santísimo y colocar en sus manos la misión que se iba a realizar². Quiere que se celebre con toda devoción las misas. Asimismo, vela por las correctas procesiones del *Corpus Christi*. Interviniendo cuando ellas se deformaban en actos casi carnavalescos³. Una de las preocupaciones de la Congregación era que los seminaristas que formaba supieran no sólo la ciencia eclesial sino que tuvieran pericia sacramental, entre ella, claro está, decir dignamente la Misa⁴. Cuestión sumamente necesaria, ya

¹ *Mane nobiscum domine*, 26.

² Cf. ES I, 509.

³ Cf. ES II, 448-449.

⁴ San Vicente atribuye esta idea al padre Bourdoise: “Antes de él, nadie sabía lo que era eso; no había ningún lugar especial donde se enseñasen; un joven, después de estudiar filosofía y teología a continuación de los estudios menores, con un poco de latín, se marchaba a una parroquia y administraba

que en muchos seminarios, con frecuencia se ven candidatos a punto de ordenarse con un asombroso desconocimiento de liturgia y sacramentos. Ahora bien, más allá de saber liturgia ¿Se vive en nuestras comunidades el proyecto Eucarístico?

Refraternizar la vida cristiana

No hay duda que el verdadero culto es aquél que nos hace mejores personas. Y ser mejores personas es igual a decir: crecer en la capacidad de amar. Entonces... porqué tantas veces nuestras parroquias están pobladas de gente que no evoluciona, o involuciona, que está llena de miedos, o resentimientos, luchando por espacios de poder, indiferente al dolor ajeno, o provocándolo. Esto debemos solucionarlo con particular urgencia. Además, sabemos que uno de los objetivos de nuestras misiones y de nuestras parroquias misioneras, es acercar a la gente a la Iglesia, y revitalizar la vida parroquial... ¿Vale la pena acercar a las personas a comunidades tan deficientes? ¿Qué hacer para que las comunidades tengan capacidad de recepción y de proyección?

Partamos de un dato existencial: desde hace unos años se está dando este fenómeno en numerosas parroquias, los católicos han decidido que van a ir a misa (o a recibir los demás sacramentos), donde encuentren una recepción cordial, unas caras amables, una liturgia viviente y una predicación sensible a sus necesidades. Sin pensar en la jurisdicción, van a la comunidad parroquial donde se sienten efectiva y afectivamente pertenecientes. Este arraigarse pasa primeramente por la cara más visible de la Iglesia: lo entusiastas que sean las Eucaristías. Incluso, hay multitud de cristianos católicos cuya vinculación a la Iglesia no pasa por el culto dominical, y ante ellos de poco vale recalcar las sanciones del incumplimiento de los preceptos⁵.

Pareciera que los católicos no darán marcha atrás en este estilo que han iniciado. Lo cual no fue un proceso orquestado o programando, sino un cambio de sensibilidad que surgió más o menos

allí los sacramentos a su modo; éste era el motivo de la gran diversidad que había" ES XI, 576.

⁵ No ha cambiado la ley eclesiástica en la cuestión de la asistencia dominical a misa y muchas otras cuestiones, pero los católicos han asumido que ellos, por su cuenta, podían cambiar la ley. Incluso hoy es frecuente que actualmente casi todos los que están en las iglesias, se acerquen a comulgar. Hasta hace pocos años, un grupo numeroso no se acercaba, aunque sólo fuera por haber faltado a Misa el domingo anterior. Hoy en día, muchos adultos y jóvenes se acercan a comulgar, aunque son conscientes de que sus vidas no siempre están de acuerdo con las leyes eclesiásticas. Cf. ANDREW GREELEY, "The children of the Council", en *America* 7 (2004) 8-11.

espontáneamente desde diversos sectores. Quizás, a través de “estas desobediencias” Dios mismo nos esté llamando a una mayor autenticidad, a dejar una práctica “farisea” y entrar en un culto más auténtico. Creo que como misioneros debemos sentarnos más a conversar con la gente, bajando del trono clerical, para entender lo que está sucediendo. Al mismo tiempo, si efectivamente queremos acercarnos a la gente a la Iglesia del Señor, debemos convertir las Eucaristías en reuniones de alabanza comunitaria llenas de fervor, entusiasmo, interés y atención. Para que la motivación de la participación en el “Día del Señor” no sea el miedo a pecar, sino que brote de la necesidad interior de los cristianos de encontrarse con Dios y la comunidad. En este aspecto, considero peligroso el camino de ciertos sectores restauracionistas (frecuentes dentro de la actual Iglesia), donde la única salida consiste en ser fieles al pasado.

Ser misioneros hoy, implica salir al encuentro de las necesidades de la gente. Más importante que ver donde deben ir los floreros, es comprender las esperanzas, miedos, luchas y necesidades de la gente. Pueblo dolido y golpeado que necesita una palabra que les ayude a entender y encauzar esta conflictiva vida. Sabemos que la Eucaristía siempre va precedida de la palabra. En este contexto, qué valor tiene una homilía aburrida, no preparada, que no sabe empezar ni terminar, que se alarga inútilmente, que no brinda nada para la vida diaria; una homilía no compartida con nadie, diciendo cosas que ni se sienten ni se viven. Si a esto le sumamos cantos insufribles, el sistema sonoro defectuoso, el lugar no preparado y menos la gente... También sucede, que hay parroquias donde las celebraciones son “correctas” pero que no responden a la necesidad espiritual de la gente. Es decir, la Eucaristía celebrada debe ser una experiencia de la riqueza del misterio cristiano, por tanto, evangelizar es personalizar. No podemos mantener a nuestros fieles, y a nosotros mismos, en un infantilismo. No podemos fomentar un culto que mantenga a la gente en el aislamiento, la depresión y el dolorismo.

Otra necesidad es la de la participación. De poco vale que el misionero acerque a la gente la Iglesia, para que luego ellos lleven una vida de meros espectadores. Ciertamente que la participación en la vida cristiana no pasa solamente por tener actividades litúrgicas, pero aún así, hay que prestar mucha atención a todo lo que promueva la participación. Recordando que el Pueblo de Dios es el primer responsable de la acción litúrgica. Si esto es así, el resultado es que la vida espiritual de la parroquia o comunidad será profundamente transformada por la celebración de los sacramentos, especialmente por la Eucaristía. En la liturgia todo debe ser transformador. Si la liturgia está bien rezada será, como señala Anselm Grün “transformadora”⁶.

⁶ Cf. ANSELM GRÜN, *Transformación*, Buenos Aires 1997, Lumen, 73-82.

Los ritos que celebramos en la Liturgia son de transformación ya el rito mismo es un camino que nos lleva a la transformación. Cada vez que celebramos un rito, nos encaminamos hacia una transformación interior. El rito central de la transformación es la Eucaristía. En ella celebramos la transformación del pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Productos de la Creación son transformados en dones divinos. Además, en la misa, festejamos (o deberíamos festejar) nuestra propia transformación. Nuestra vida diaria, nuestro trabajo, nuestros sentimientos y alegrías son transformados en alegría y vida divina. Todos los sacramentos son, en última instancia, caminos de transformación.

Atraer a la gente a la Eucaristía es hacerles descubrir la fuerza transformadora del culto. En primer lugar por la *anamnesis* o recuerdo. Al participar del hecho pasado salvífico, los que toman parte en el culto son sacados de su existencia rutinaria y desgarrada, para ser llenados por la fuerza de un acontecimiento sobrepersonal y divino. Además, uno se transforma por participar de la liturgia del Cielo. El hombre es elevado por encima de sus estrecheces y monotonías, para ser depositario de poderes superiores y divinos que lo transformarán en un nuevo ser. Finalmente, la transformación en el culto tiene lugar también por la anticipación. Lo futuro se abre paso en el presente y lo transforma. En este sentido, el mismo año litúrgico, rezado atentamente, nos proporciona múltiples símbolos de transformación. Incluso, C. Jung decía que la liturgia cristiana, con la riqueza de sus signos, gestos y palabras, era, aun sin buscarlo conscientemente, un verdadero sistema terapéutico.

La cuestión es ¿Vivimos transformadoramente la Eucaristía? A veces constatamos dolorosamente que el momento de la acción corporal, de los signos, de lo propiamente celebrativo se ha relegado. Como pastores sería nuestra tarea configurar la liturgia de modo tal que tenga nuevamente una fuerza transformadora. Esto no abarca sólo las formas externas, sino todo lo que se realiza. La gente debería vivenciar que algo sucede si uno, día a día, se dirige a la iglesia y vive la liturgia. Esto, ciertamente, se dará por gracia de Dios y porque los ritos no se hagan con superficialidad. Es más, ¿Cuánto transforma la liturgia dominical, a toda una familia que se relaciona con Dios durante una hora? ¿Cuánto transforman la misa diaria a quien descubre a Cristo? Naturalmente, no quedan siempre visibles las transformaciones. Pero, con cuanta mayor conciencia lo hagamos tendrá lugar una lenta transformación, a veces imperceptible, pero real transformación. También es cierto que al Pueblo de Dios le ayudará si nosotros, los clérigos, rezamos, y celebramos la Eucaristía, en la que siempre colocamos sobre el altar nuestra vida, con sus conflictos interiores y exteriores. Nuestra vida transformada lentamente por Dios, nos hará a todos vivir en mayor comunión.

Otro elemento a mejorar es reforzar la hospitalidad de nuestras comunidades. Por ejemplo: Los obispos de los EE. UU. en un mensaje a los jóvenes decían: “Reconocernos el dolor de muchos de ustedes que se sienten no bienvenidos y solos, extraños en la casa de Dios”⁷. Sabemos que esta realidad se repite en muchos lugares y con otros sectores sociales.

Los ministros ordenados debemos tomar conciencia de que Cristo está presente en la persona ministerial, pero que no somos el centro de la atención del pueblo de Dios. Es por eso que la humildad debe acompañar de manera imprescindible el servicio litúrgico. Presidir no quiere decir hacer todo, ni mandar de mala manera. Implica enseñar, delegar, consensuar, esperar, modificar... actitudes que requieren la práctica de la virtud de la humildad. La oración, como toda actividad de amor implica una gran donación. El que usa la liturgia para promocionarse, para el propio lucimiento, para predicarse a sí mismo, en definitiva, para buscarse a sí mismo, todavía debe crecer mucho en el amor. Nuevo motivo para ir en búsqueda de la humildad, para que ella nos enseñe a amar a ejemplo de Cristo en la Eucaristía.

Buscando unas Eucaristías más participativas, debemos reflexionar, por raro que parezca, en el juego y la fiesta. Veamos el juego⁸, el cual, entendido en su sentido amplio, está presente en la participación de ritos, tradiciones, y liturgias. El juego es a la vez: 1. Serio (porque tiene reglas que hay que cumplir); 2. Absorbente (porque cada uno se esfuerza, está atento, y se divierte); 3. Humilde (Lo más importante no es uno, sino algo distinto de él, por ejemplo una pelota). La liturgia también es un juego de orden religioso. Por eso, no estaría mal acercarse a ella con el ánimo de jugar en vez de vivirla tan solemnemente. Repetimos, juego en el sentido no tanto fisiológico, sino como actitud cultural de distensión y entretenimiento.

Pasemos ahora a la fiesta⁹. Tenemos conciencia de cómo la gente se siente atraído por las fiestas; y también sabemos que muchos cristianos no viven la liturgia como una fiesta. En parte porque los clérigos tampoco la vivimos festivamente. Sabemos que desde lo antropológico la fiesta es una ruptura con la vida cotidiana, es un paréntesis frente a las tensiones diarias. Ella implica un clima de gratuidad y alegría. Es la actitud vital opuesta al utilitarismo (por lo cual, no siempre las “fiestas” del mundo son fiestas). Es la capacidad de contemplación admirativa, de saber “perder el tiempo”, aceptando la

⁷ United States Conference of Catholic Bishops, *Message to young adults*, 1995.

⁸ Cf. JOHANN HUIZINGA, *Homo Ludens*, Buenos Aires 1972, Emece, 11-42; HANS GADAMER, *Truth and Method*, New York 2003, Continuum, 101-113.

⁹ JOSÉ ALDAZÁBAL, “Fiesta”, en *Cuadernos Phase 27* (1991) 3-13.

vida como don y gracia, en un clima de estética y juego. La alegría es connatural a la fiesta, con sus mil manifestaciones de vestidos, comida, bebida, canto, danza... hasta de un cierto despilfarro y abundancia. Además, toda fiesta supone la presencia de la comunidad: o sea, una dimensión social de reunión y encuentro entre los miembros de un grupo, con gran capacidad de apertura, de deseos de conocer y de ser conocido. Es así que la fiesta rompe barreras, y contribuye a la regeneración de la propia identidad del grupo que celebra. Además, la fiesta tiene un cierto ritualismo, que permite captar los pasos que tiene. Ella posee unas estructuras más ó menos fijas, heredadas o inventadas. También la fiesta está en íntima relación con el tiempo. Es celebración en un tiempo determinado (hoy); con una memoria viva del pasado (aniversario, cumpleaños, etc.); y una proyección esperanzada hacia el futuro. ¡Ojalá que nuestras liturgias manifiesten la fiesta divina! Como dice la plegaria Eucarística IV: "Tú solo eres bueno y fuente de vida, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones y alegrar su multitud con la claridad de tu gloria". El Dios bíblico es libre y feliz... El primero que "hace fiesta" es el mismo Dios. La cuestión es ¿Vivimos la Eucaristía como un juego y una fiesta religiosa?

Para ello el Pueblo de Dios, todo, debe recuperar la voz. Rezar de modo que se escuchen sus oraciones, sus aclamaciones, sus respuestas. Proclamar la Palabra, pasándola por la propia vida. La música y los cantos permiten incorporar varios y diversos estilos en las celebraciones, de modo que la gente encuentre en el arte un camino que le acerque a Dios. No podemos convertir nuestras iglesias en museos donde sólo tiene cabida la música del pasado, como si la Iglesia fuera la custodia de lo antiguo. Pero el Evangelio nos enseña a sacar lo viejo y lo nuevo de nuestro tesoro (Mt 3,52). Es menester que haya mejores cantores, no para que la gente escuche cantar, sino para que toda la comunidad cante. Además, no hay que cansarse de enseñar las respuestas y demás textos musicalizados al pueblo de Dios. También el pueblo es protagonista cuando comparte sus reflexiones (al menos cada tanto). Asimismo se debe completar el valor de la palabra con el valor de los silencios litúrgicos. Es decir, que las Eucaristías recuperen y acrecienten su forma interactiva. Siendo así, la gente se sentirá, real y afectivamente, contenta de haberse acercado a la Casa de Dios. Como todo lo anterior, esta es una tarea que exige constancia, preparación y ganas.

Cerrando este punto, recordemos que San Vicente nos enseña que una expresión magnífica de caridad es la participación de la misa¹⁰. La Eucaristía es una hermosa expresión de que el amor es

¹⁰ Cf. ES IX, 1, 58.

infinitamente inventivo¹¹. Este es el sacramento por excelencia de la caridad, y que lleva a practicar la caridad. Vicente de Paúl cree profundamente en el poder de la Eucaristía para crecer en la caridad; por eso cuando le comentaban que algunas personas estaban desunidas, invitaba a comulgar con la intención de pedir por la unión de esas personas¹². Es, decir, vincula la Eucaristía no sólo con el amor a Dios sino con el amor a los hermanos. Ahora bien, para participar con provecho de ella, se debe ir en una actitud de caridad¹³. San Vicente señala que para comulgar correctamente hay que disponer el corazón abriéndolo al amor de Dios y de los hermanos. Dios pide solamente que le demos el corazón¹⁴; y esta entrega exige un arrepentimiento de las faltas pasadas, un abandono de las vanidades del mundo, y un propósito de no ofenderlo más¹⁵.

Como vimos, la Congregación de la Misión, desde sus orígenes tuvo una acentuada preocupación por la liturgia. Pero entendida no como puro rubricismo, ni como cumplimiento fanático de reglas. La liturgia debe estar profundamente emparentada con la pastoral para que ella sea un camino que contacte al hombre con las realidades divinas, y opere la transformación liberadora de las realidades humanas.

Servir a los pobres y transformar las estructuras¹⁶

La Eucaristía coherentemente rezada debe ser proyecto de solidaridad para toda la humanidad. Como vicentinos debemos ser promotores de comunión, paz y solidaridad con todos, especialmente con los más pobres. Jesucristo estuvo en la Última Cena con una jofaina llena de agua sucia y una toalla usada, y era la Eucaristía solemne ¿De que servirían liturgias tan minuciosas sin acercarse a quienes sufren más que nosotros y tienen necesidades que nosotros ya hemos satisfecho? Ser misioneros implica dar la bienvenida a la iglesia a quienes la sociedad discrimina, los discapacitados, las personas con necesidades especiales, los ancianos, los económicamente marginales, los socialmente despreciados por cualquier motivo: así fueron los seguidores de Jesús. Es urgente recordar que la Eucaristía

¹¹ Cf. ES XI, 3, 65.

¹² Cf. ES I, 556.

¹³ Cf. ES XI, 4, 646.

¹⁴ ES X, 44.

¹⁵ Cf. ES X, 39-45.

¹⁶ Cf. GUSTAVO GUTIERREZ, *Teología de la liberación*, Salamanca 1990¹⁴, Sígueme, 300-320, SEGUNDO GALILEA, *Espiritualidad sacerdotal*, Santiago de Chile 1991, Ed. del Seminario Pontificio Mayor, 5-46, 67-72; JEAN-MARIE AUBERT, *Compendio de la Moral Católica*, Valencia 1991, Edicep, 228-234.

es la comida compartida entre todos. ¡Más que 'recibir' la Comunión, nosotros "compartimos" la Comunión!

No es el propósito de este artículo desarrollar un análisis pormenorizado de la actual situación sociopolítica. Simplemente señalamos que nos alegra que las dictaduras militares prácticamente se hayan extinguido. Otro hecho positivo ha sido la caída del comunismo en su versión soviética, con todas las violaciones a los derechos humanos que ella implicaba. Pero persisten y se acentúan estos hechos negativos: un cierto tipo de neocapitalismo que ha fomentado la exclusión, ha aumentado los índices mundiales de pobreza, y mantiene la pretensión de ser el único modelo que rijan la vida humana. La superpotencia reinante, sumerge al mundo en la violencia, y no tiene más ley que sus propias apetencias. Sumando a esto el terrorismo, la corrupción política, y la mayor actividad criminal de la población.

Ante esta situación, ¿nuestra misas que repercusión tienen? Es muy importante que nuestras comunidades ayuden a los pobres... pero la tarea sería incompleta si ayudáramos a los marginados, dejando intactos las estructuras que siguen creando miseria y exclusión. Sería incompleta la acción cristiana si por ejemplo cada año implantamos más comedores infantiles y no trabajamos por erradicar los males profundos que producen que en la casa de los humildes no haya alimento necesario para que sus niños coman en ellas. La misión vicentina se continúa en el compromiso activo en favor de una sociedad más equitativa y fraterna. Dice Juan Pablo II:

*"Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: "Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos" (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución Eucarística, pero sí el "lavatorio de los pies" (cf. Jn 13,1-20)... No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones Eucarísticas"*¹⁷.

Señalo lo siguiente, siempre que hago un retiro espiritual descubro que rezo poco, y entre los compromisos me digo "tengo que rezar más". Supongo que este compromiso mío será bastante compartido por muchos de los que lean este artículo. Parece que uno no logra equilibrarse. Es decir, siempre tenemos mala conciencia frente a la oración. Eso en parte es bueno. Pero afirmado esto, con honestidad

¹⁷ *Mane nobiscum domine*, 28.

también señalo lo siguiente: me gusta recordar que San Vicente repite la centralidad de la caridad de modo que subordina la piedad a la actividad evangelizadora. Esto lo expresa en cosas concretas y “extrañas” para una mentalidad ritualista, como el dejar una misa de precepto para atender al pobre: “*Tiene usted razón en no tener escrúpulos de perder la misa por asistir a los pobres, ya que Dios quiere más la misericordia que el sacrificio*”¹⁸. Señala a las hermanas que se debe hacer lo posible por participar de la misa diaria, pero ella, a pesar de lo sublime que es, se puede omitir por el servicio del necesitado¹⁹. Esto es así ya que el verdadero amor a Dios se confirma en el amor al prójimo. Entiende que la caridad es la norma absoluta y su cumplimiento está por encima de toda otra obligación cultural. Extrae todas las enseñanzas del gran mandamiento explicado por Jesús del amor a Dios y al prójimo (cf. Lc. 10,25-42), que se abre en el díptico del buen samaritano, y de Marta y de María. En situaciones de urgencia Dios mismo “deja su lugar” para que se atienda al hermano:

*“Hay algunas ocasiones en las que no es posible guardar el orden de la distribución del día; por ejemplo, llamarán a la puerta mientras hacéis oración, para que una hermana vaya a ver a un pobre enfermo que la necesita con urgencia; ¿qué hay que hacer? Será conveniente que vaya cuanto antes y que deje la oración, o mejor dicho que la continúe, ya que es Dios el que se lo manda. Porque, mirad, la caridad está por encima de todas las reglas y es preciso que todas lo tengáis en cuenta. La caridad es una gran dama; hay que hacer todo lo que ordena. Por tanto, en ese caso, dejar a Dios por Dios. Dios os llama a hacer oración v al mismo tiempo os llama a atender a aquel pobre enfermo. Eso es llama dejar a Dios por Dios”*²⁰.

Este texto nos recuerda que la virtud fundamental de la vida cristiana es la caridad. Claro esta, que sin oración, la caridad se seca.

Entendemos que la misión de la Iglesia se sitúa allí donde se anudan indisolublemente la celebración de la cena del Señor y la creación de la fraternidad humana. Así, la primera tarea de la Iglesia es celebrar con alegría el don de la acción salvífica de Dios en la humanidad, realizada a través de la muerte y la resurrección de Cristo. Eso es la Eucaristía: memorial y acción de gracias. Y por eso es realmente una fiesta. Celebración de una alegría que se desea y se busca compartir. La Eucaristía es hecha en la Iglesia y, simultáneamente, la Iglesia es construida por la Eucaristía. En la Iglesia celebramos aquello que se realiza fuera del edificio de la Iglesia, en la historia humana. Esta obra, creadora de una profunda fraternidad humana, da su razón de ser a la Iglesia.

¹⁸ ES VII, 50.

¹⁹ Cf. ES IX, 57.

²⁰ ES IX, 1125.

En la Eucaristía celebramos el misterio de la fraternidad humana que implica también la dignificación de todos y cada uno de los seres humanos. Recordemos que la última cena se presenta teniendo como telón de fondo la pascua judía que celebraba la liberación de Egipto y la alianza del Sinaí. Acción de Dios en favor de un pueblo que vivía una situación económica y política intolerable. La obra del Yahvé implicó, por tanto, una salvación que incluyó lo económico y lo político.

Sabemos que la obra de Jesucristo, vivida con tanta fuerza en la Eucaristía, combate el pecado. Pero, con frecuencia nos olvidamos que las situaciones políticas y económicas injustas también son parte de ese pecado del que Jesucristo vino a redimir. ¡Cuántas Eucaristías bellamente celebradas son absolutamente indiferentes a las situaciones sociales injustas y conflictivas! La “violencia institucionalizada” que denunciaba Medellín suele ir frecuentemente acompañada de la hipocresía institucionalizada. Esto se ha convertido en un verdadero escándalo para quienes buscan en la Iglesia a la defensora de los hombres, como la quiso Jesucristo. Es llamativo, como los sectores conservadores han agigantado algunos temas morales, minimizando los temas vinculados a la ética social. Celebrando misas donde tranquilamente comulgaron mandatarios que son opresores del pueblo. Es cierto que esto se daba más antes que ahora; pero no podemos decir que estas prácticas se hayan desterrado o que no se vuelvan a intensificar²¹.

En situaciones conflictivas una Eucaristía que no conlleve un compromiso real contra el despojo y a favor de los marginados, es un culto vacío, contrario a las enseñanzas de Cristo, quien a pesar de nuestras incongruencias, sigue viniendo en el pan consagrado. Es decir, Eucaristía y justicia social están más unidas de lo que suele vivirse en muchas parroquias. Todavía es fuerte el peso ideológico que lleva a un culto individualista, o cerrado a la cuestión social, o peor aún, celebrado triunfalmente por quienes detentan el poder. “Hacer memoria” de Cristo en la misa es más que realizar un acto

²¹ Debemos reconocer que una parte de los cristianos católicos, incluso muchos que se han formado en ámbitos educativos confesionales, frecuentemente se hallaban vinculados a sistemas sociales que promovieron la exclusión social. Hemos contribuido en muchos lugares a crear un “orden cristiano”, dando un cierto aval sagrado a situaciones injustas, especialmente las de los poderosos contra los débiles. A veces lo cristiano ha terminado siendo una pieza del sistema dominante; o se ha acomodado el mensaje evangélico para justificar dictaduras militares, capitalismo salvaje, violencia guerrillera, fanatismos religiosos, etc. En esta situación, todo posición a-política suele expresa: 1. Cobardía; 2. Desinterés social disimulado; 3. Subterfugio para seguir permitiendo que los poderosos expolien a los demás; 4. Falta de sentido crítico; 5. Camuflaje de pactos políticos preexistentes.

cultural: es aceptar el sentido de una vida que llegó hasta la muerte, en mano de los grandes de este mundo, por amor a los demás.

Este año Eucarístico debe comprometernos como familia vicentina a tomar una clara posición de denuncia hacia la actual situación de injusticia social, y colaborar con un proceso que busca un orden más humano. El cual se dará, en buena medida, aplicando las enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia. Cada Eucaristía debería ser una manifestación litúrgica, de una realidad vivida permanentemente: la actitud solidaria a favor de los oprimidos y despojados. Debemos mantener una esperanza activa, confiada y que nos de alas para construir la Civilización del Amor cada vez con mayor empeño. Como rectores de la acción litúrgica, debemos ser profetas que unamos Palabra, Eucaristía y dignificación del otro²². Hay veces que esta postura eucarísticamente profética puede llevar a los cristianos a la soledad, a la marginación, e incluso el martirio. Por eso, cada misa nos enseña, como nuestro Maestro, a estar dispuesto a derramar la sangre por el amor.

El contacto con Cristo-Eucaristía nos debe llevar a un mayor contacto bíblico, para separar el culto de las ideologías marxista y capitalista, en sus formas puras y duras. Pero también debemos separarnos de los fanatismos religiosos (que también sacuden al catolicismo en sus versiones neoconservadoras), así como de perder el sentido misionero, pensando que no tenemos nada que anunciar. Todo es cuestión de equilibrio. No podemos volver a una pretendida "pureza" evangélica que lleva a alejarse de las realidades humanas, entre ellas los conflictos sociales. Tampoco queremos reducir la riqueza cristiana al trabajo social. Sino que debemos, desde la Eucaristía, promover una reflexión, espiritualidad, y ética que nos lleve al encuentro con Dios a través de los otros. Sin duda estas son las bases de la espiritualidad y la ética vicentina. La fe cristiana no puede olvidarse de la escatología, pero la escatología no puede ser una excusa para desentenderse de las cosas humanas.

Es necesario encarar debidamente este reto, el cual supone que miremos la realidad y tengamos la decisión de transformarla. Nuestras Eucaristías no pueden servir para despreocuparnos del sufrimiento ajeno. Esto no es aceptable ni humana ni cristianamente. El conflicto social, agudizado en la actualidad por algunas escuelas neoliberales, es una penosa realidad histórica. Por difícil y riesgosa que sea la tarea, debemos ver esa situación a la luz de la fe y de las

²² Aquí queremos afirmar que optar por el Dios cristiano es optar por la justicia, con la complejidad que dichas cuestiones encierran. Para mejor dilucidarlas es conveniente dejar de lado: 1. Las simplificaciones ambiguas y empobrecedoras; 2. La demonización de algunos sectores sociales y la idealización de otros.

exigencias del Reino. El problema está ahí, la cuestión es cómo la caridad, inspirada por la fe, puede actuar buscando salidas creativas. Uno de las propuestas esenciales desde el amor Eucarístico, es lograr la exclusión del odio, el desinterés, y de la mutua instrumentalización de los diversos grupos sociales. Participar evangélicamente al lado de la justicia y de los excluidos, implica compromisos, toma de posiciones, oponerse a ciertas prácticas, defender como “no negociables” los derechos humanos, etc. Todo esto hecho desde el amor, y sofocando la violencia social (que siempre es ausencia de amor). Por ejemplo, Juan Pablo II valora a los cristianos que participan en los movimientos de solidaridad en el mundo del trabajo: *“La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”*²³.

La universalidad del amor cristiano es incompatible con la exclusión de personas. Por el contrario, la caridad cristiana permite la preferencia por los más pobres y oprimidos, ya que estas fueron las preferencias de nuestro Maestro, que amó más a quienes más precisan ser ayudados. Por tanto, evangelizar implica afirmar que el amor de Dios se dirige a todos sin excepción, comenzando por los que más sufren. Nadie está excluido de nuestro amor, ya que incluso el evangelio nos manda amar a nuestros enemigos. Esto no quita que uno debe enfrentarse con aquellos que crean hambre y miseria. No para rechazarlos u odiarlos, puesto que ellas son amadas por Dios, sino para llamarlos permanentemente a la conversión. Evangelizar es no cansarse de llamar a la conversión.

Ahora bien, frente a los numerosos conflictos sociales, muchas veces en nuestras comunidades, nos cuesta tomar una postura en común. Pareciera que cada uno tiende a responder desde sus ideologías, posturas partidarias, mantenimiento de privilegios o respondiendo de acuerdo a criterios mundanos (neo maquiavelismo), o manteniendo una “piadosa neutralidad” que en el fondo contradice el mandato evangélico. Por el contrario, tenemos como paradigma la Eucaristía que nos invita a la unidad, aunque para ello se deban “desmenuzar” los diversos granos. La iglesia, celebrando la Eucaristía, quiere ser signo de comunión en la historia (LG 1). Por tanto, ella debe contribuir a la unidad del mundo, sabiendo que la concordia de los hombres es posible sólo por la justicia efectiva para todos. En medio de un siglo XXI que ha comenzado con una espectacular violencia y exclusión, la primera misión de quienes comulgamos es mostrar que creemos en la paz y la igualdad. Así, ella se constituirá en un auténtico y eficaz signo de unidad en el amor universal de Dios.

²³ *Laborem exercens*, 8.

Una tarea importante y urgente de nuestra Congregación de la Misión es consolidar hoy la paz y la unidad. Sabiendo que la unidad es ante todo un don del Señor, que se debe pedir en la oración; pero es también tarea nuestra, conquista histórica. Vocación a la unidad que nos lleva, desde nuestra identidad Eucarística, a trabajar con los demás cristianos no católicos, así como los hombres y mujeres de otras religiones, e incluso ninguna, para construir un mundo que dignifique a los más pobres. Les invito a concluir este artículo con un texto de San Vicente que hace referencia a la grandeza de la Eucaristía. Recibirlo con la devoción que se merece y hacer que los otros lo reciban. Compara la comunión con un nuevo nacimiento del Señor:

“Los ángeles hicieron resonar los aires con sus cánticos y alabanzas, cuando vino a este mundo. San Juan le rindió homenaje, cuando estaba todavía en el seno de su madre. Los magos, que representan a la ciencia humana, contribuyeron también por su parte a su homenaje. Los pastores, símbolo de la sencillez, le mostraron también su reverencia. ¡Y qué diremos incluso de los animales irracionales! Tampoco ellos quisieron faltar a esta adoración. Y lo que es más extraño todavía, hasta las cosas inanimadas, que carecen de inteligencia, hicieron un esfuerzo en la naturaleza para alcanzarla y poder contribuir de este modo a su fe y acatamiento. Si Dios Padre, Hijo y Espíritu santo, si los ángeles, los niños, los hombres ilustres en dignidad y egregios en sabiduría, si los sencillos, los animales irracionales y las cosas inanimadas contribuyeron unos a prever, otros a preparar, otros a realizar, cada uno en la medida de sus posibilidades, el nacimiento del Hijo de Dios, ¿con cuánta más razón deberá el hombre prever, esforzarse y disponerse a la recepción de este mismo creador?”²⁴.

²⁴ ES X, 43-44.

El Rito Javanés de “*slametan*”

Una Comparación con la celebración Eucarística

por Rafael Isharianto, C.M.

Provincia de Indonesia

El fin principal de esta reflexión es comparar las dimensiones de la celebración Eucarística con el Rito Javanés de “*slametan*”. Como nuestra reflexión es netamente cultural, es muy propio que empecemos esta reflexión con la consideración de la cultura Javanesa. Hemos adoptado este planteamiento porque la cultura javanesa tiene un entronque muy profundo en la identidad y personalidad del ciudadano de Java.

Visión Javanesa del Universo

En la imagen del universo de la cultura javanesa, hay un cosmos universal con un orden jerárquico y colectivo en perfecta armonía. El cosmos incluye tanto el mundo invisible y la naturaleza como el mundo visible y la sociedad. Todos ocupan un lugar determinado y bien definido. Por lo tanto, la sociedad se encuentra en perfecto orden jerárquico y colectivo, todo ello sostenido en una estratificación armoniosa: existe una jerarquía del poderoso (*wong gedhé*) así como también una vida colectiva del impotente (*won cilik*).

Esta jerarquía se considera como algo mágico y estático y ayuda a dar solidez a la sociedad. Por lo tanto, la actitud correcta del hombre en el cosmos es una actitud de aceptación (*nrimâ*). En la sociedad todos tienen asignado su lugar y sus obligaciones. Por eso, siempre que la persona ponga sus propios intereses personales sobre los intereses de los demás, nunca podrá adaptarse a la armonía como poder cósmico. Esta conducta es muy comprensible, porque el cumplimiento de esta obligación cósmica supone que el individuo está totalmente libre de egoísmo personal.

Para mantener el sentido de armonía, el javanés utiliza como sistema pedagógico la educación de la identidad y de la personalidad y esto llega a conseguirse a través de la interiorización de la sensibilidad (*râsâ*). Objetivo de esta educación es identificar el lugar y el papel propio de cada uno y adaptarse uno mismo a la armonía

existente. Esta actitud (*halus*) refinada obtendrá como resultado la felicidad espiritual y la paz. Por otra parte, una actitud áspera (*kasar*) trastorna la armonía. Tal actitud eventualmente tendrá unos efectos vanos y conducirá al fracaso.

Slametan

El Rito Javanés, cuyo objetivo es mantener la armonía, se llama “*slametan*”. C. Geertz lo describe como una ceremonia sencilla y formal (J.B. Bawiratma, 1986: 49). No se considera como un rito dramático. Por otra parte, el rito tiene algo de mito. Un elemento en el rito es la ofrenda en forma de comida. Esta ofrenda tiene una dimensión socio-religiosa, ya que los vecinos, familiares y amigos participan en la reunión. En general, como indica la terminología, el fin de “*slametan*” es conseguir la paz interior (“*slamet*”).

Niels Mulder (1996: 28) relata que la gente celebra “*slametan*” en múltiples ocasiones, incluyendo los momentos de crisis y épocas de desorden. Para alimentar una armonía pacífica, este rito tiene lugar también en celebraciones regulares de carácter social. La gente organiza también “*slametan*” en peligros de desajustes de prosperidad y de falta de equilibrio. Todos los participantes van movidos por los mismos sentimientos y todos también ofrecen la misma contribución a la creación de la dimensión espiritual de la ceremonia. Por lo tanto, la función de “*slametan*” es mostrar que la sociedad está en armonía. La armonía misma llega a ser una condición sin la cual la Divinidad, el espíritu de los antepasados y de otros espíritus cósmicos nunca concederán las gracias objeto de las oraciones.

“*Slametan*” tiene también otra función, la función de manifestar el deseo de recibir ayuda contra los peligros en un mundo caótico... Los participantes no intentan obtener una vida mejor en el tiempo presente o en el futuro. Su única aspiración es mantener armonía y evitar, por todos los medios, los peligros, de tal manera que nunca lleguen a ser realidad. No debemos olvidar aquí que el hombre juega un papel muy activo en mantener el orden y su dinamismo.

Dimensiones de la Eucaristía

Según el artículo 47 de la Constitución del Vaticano II “*Sacro-sanctum Concilium*”, en la Eucaristía podemos considerar cinco dimensiones. La primera es la dimensión de sacrificio. Celebramos a Jesús objeto principal de este sacrificio. En la última cena, donde sobresale el momento de ser traicionado, Jesús hace resaltar la verdad de que su muerte es un sacrificio.

La Eucaristía tiene también una dimensión de “en memoria”. Jesús “*partió el pan y dijo: ‘Esto es mi cuerpo que será entregado por*

vosotros. Haced esto en memoria mía”. En la celebración de la Eucaristía, la Iglesia conmemora los misterios pascuales de Cristo. Sin embargo, esta conmemoración no significa únicamente el recuerdo de los sucesos del pasado. La conmemoración subraya la proclamación de la obra maravillosa de Dios, ya que El sigue realizando en el presente su promesa de salvación. Por razón de esta conmemoración, estos sucesos en cierto sentido llegan a ser presentes y actuales. Además, el Sacramento de la Eucaristía intenta dirigir la atención de los fieles a la realización completa de la salvación en el futuro. En este contexto, la Eucaristía llega a ser “una garantía para la gloria futura”.

San Pablo nos dice que la participación en la Cena del Señor significa también la comunión con el Señor. En este sacramento, los miembros de la Iglesia se unen a Cristo y forman con El un solo cuerpo (1ª Co 10,16-17). La Eucaristía es, por lo tanto, un signo de unidad. Nadie está excluido del banquete pascual, ya que Dios desea que todos los hombres, sin excepción, se salven.

Slametan en la Perspectiva Eucarística

Intentaré ahora indicar algunas dimensiones del rito javanés. Para ello, tomaré algunos puntos presentes en el artículo 47 de “*Concilium*”. En el Rito “*Slametan*”, todos los participantes se sientan alrededor de la mesa sobre la que está colocada la ofrenda. La ofrenda consiste en arroz amarillo, pollo, vegetales, y alguna otra variedad de comida. Como en otros ritos religiosos, este Rito Javanés es en realidad una comida religiosa. El aspecto de “en memoria” del Rito Javanés es obvio. La gente celebra este rito religioso en varias ocasiones, tales como funerales, reuniones de oración después de la muerte de alguien, y la razón principal es conmemorar la memoria de las personas por quienes se organiza la celebración de los ritos.

El Rito de *Slametan* contiene una dimensión comunitaria. Todos los familiares y vecinos que viven en las cercanías son invitados a participar en la celebración. El Jefe del ritual (*modin*) preside la bendición de la ofrenda y a continuación todos los participantes comen un poquito de la ofrenda. Después de la función, pueden irse a casa llevando el resto de la ofrenda a sus familias. La distribución de la ofrenda a los otros miembros de los participantes hace resaltar el aspecto comunitario del Rito Javanés. Es un rasgo que expresa la armonía entre todos los miembros de la sociedad. Nadie debe excluirse de esta armonía comunitaria. La oración presidida por *modin* se supone que invita a los “espíritus cósmicos” a participar en el rito. Según esta convicción religiosa, el *slametan javanés* intenta hacer que la gente viva en armonía mutuamente y también en armonía con los “espíritus cósmicos”.

Cuando los Javaneses organizan el rito *slametan* para celebrar algunos momentos importantes de la vida (nacimiento, cosecha,

circuncisión, matrimonio, promoción profesional etc.), esta comida religiosa puede muy bien considerarse como una celebración de acción de gracias. Los Javaneses consideran estos eventos como un don de la Divinidad.

Algunas Consideraciones

Después de haber establecido una comparación general entre el *slametan* y la Eucaristía, podemos concluir que la Última Cena de Jesús pone en claro los valores que han existido desde antiguo en el rito javanés. Es en este contexto en el que la liturgia eucarística expresa el significado de *berkah de Java*: “gracia”, “dones”. *Todo es gracia*. Al mismo tiempo el rito socio-religioso de *slametan* facilita al Cristiano de Java percibir la relación entre su rito cultural y la celebración eucarística. Por ende, el Rito Javanés de *slametan* puede considerarse como tierra fértil para la celebración de la Eucaristía cósmica.

Esto no quita para que observemos algunas divergencias entre la Eucaristía y el *Slametan*. Mencionaremos aquí únicamente dos. Mientras la celebración eucarística hace resaltar su anticipación para el banquete pascual en el futuro, el *slametan* no considera ninguna orientación hacia el futuro. En resumen, el rito javanés no considera la orientación — tiempo como un aspecto esencial en la celebración. El elemento central es protección contra los peligros que amenazan a la comunidad en su totalidad. Además, en el *Slametan de Java* no encontramos la dimensión pascual. En este rito la armonía es el punto central. Podemos decir que el modelo “*do ut des*” va siempre oculto en el rito. Pero este modelo ha de entenderse en su sentido positivo.

(Traducción: TEODORO BARQUÍN, C.M.)

Celebrar la Eucaristía en Japón

por Victoriano C. Torres, C.M.

Provincia de Filipinas

Recuerdo claramente la primera noche cuando llegué a Japón. Fui recibido en el aeropuerto por un señor grande y un grupo de Hermanas. Eran como las 10:00 de la noche cuando llegué a la casa del sacerdote. El cohermano me dijo: *“Debes de estar preparado para celebrar misa en Japonés mañana”*. *“Debes de estar bromeando”*, le conteste. Pero el hablaba en serio y me dio el misal traducido con letras romanas para que empezara a practicar la pronunciación. Practiqué hasta quedarme dormido hasta después de la medianoche.

El día siguiente, el cohermano decidió que él iba a officiar la misa para que me diera una idea como era una misa en japonés. Todo lo que escuche eran ruidos extraños, era mi primera misa en japonés. En los siguientes meses me preparé con cursos intensivos en japonés pero aún y así era un problema el celebrar misa en japonés que era un idioma que muy apenas podía entender. Esto si fue una tarea difícil y una prueba de fe.

De las cosas que me impresionaron al principio fue la pequeña cantidad de gente que venía a la misa de los domingos a la capilla de las monjas donde yo celebraba la misa. Aparte de las monjas, nada más gente ya mayor de edad venía, nada de jóvenes. Era un poco decepcionante, porque ya estaba acostumbrado a la gran cantidad de personas que iba a mis misas en las varias iglesias en mi país de origen. Me tomó un tiempo el acostumbrarme a esta realidad totalmente diferente a la de mi país. La hermosa armonía de las canciones en la misa japonesa combinado con el silencio que había traía un ambiente de solemnidad. Uno casi podía respirar la paz interna y sentir la armonía en la mente y en el cuerpo.

Después de algunos meses en la misión, conocí a un misionario veterano jesuita quien se encargaba del retiro anual con las Hermanas. Me movió el saber que el ya llevaba mas de 50 años como misionero en Japón. Espontáneamente le pregunté cuántas conversiones había tenido en esos 50 años. El alzó sus dos manos y me enseñó sus dedos diciendo: *“No más que éstos 10 dedos”* eso me hizo reflexionar de el gran reto en esta misión y el gran trabajo que tenia adelante en esta sociedad llena de tecnología, materialismo, y consumo.

Algunos años después aprendí algunas tácticas para la evangelización en esta misión por parte de otro misionario, un redentorista canadiense. El me invitó a dar pláticas en organización de una iglesia. Cuando empezó la plática se sorprendió al ver nada más a una pareja. No importando esto, él dio la plática completa. La pareja hizo muchas preguntas y después de un tiempo se hicieron amigos. Después de algunas pláticas más, la pareja pidió ser bautizados. Aprendí una cosa muy importante — que aunque sea nada más una persona es importante y cuenta mucho. Una plática convincente es lo mismo para una audiencia grande o para una audiencia pequeña. La fe es un regalo que Dios da y encontrada después de una gran búsqueda. La gran respuesta de Dios podrá venir en un encuentro tan sentimental como éste, todo esto fue gracias a la bondad paciente de un misionario.

Una noche fría y lluviosa en el invierno, una Hermana muy viva y activa (raro en Japón) se sentó casi todo el tiempo en la misa de la mañana. Aparentemente ella no estaba bien. Al estar enferma, ella pudo haber decidido no haber venido a la Misa, pero aún así ella decidió acudir al sacrificio de la Eucaristía. Algo de admirar de los japoneses es la gran fidelidad que le dan a sus responsabilidades. Ellos no pierden ningún día de trabajo aun y cuando estén enfermos con temperatura. ¡Que grandiosa actitud! Ellos consideran el trabajo como sagrado, así como nosotros, los católicos, lo somos con la liturgia y la Misa.

Por la falta de sacerdotes, yo celebraba la misa casi todos los días de la semana en dos capillas de dos Casas Provinciales — una de las Hijas de la Caridad y otra de las Hermanas Carmelitas de Vedruna. Allí me sentía inspirado por la devoción de las hermanas a la Eucaristía. Su ansiedad y entusiasmo en la Misa es muy contagioso. Ellas abiertamente expresaban como extrañaban la Misa ya que no había sacerdotes suficientes. Desde el principio decidí dar una homilía y dar una explicación de las lecturas al empezar la misa. La mayoría de las hermanas se convirtieron al cristianismo y a muchas de ellas les tomó mucho tiempo aprender la Biblia y las enseñanzas de la Iglesia. Muchas de ellas son muy disciplinadas con muchas actividades. Por eso es que ellas disfrutaban mucho las homilías cortas que le daba y que no pasaban de más de tres minutos. Preparar un breve punto o un mensaje sintético de las lecturas en japonés es muy difícil y exige tiempo, pero la práctica de la celebración eucarística hace más rica y significativa.

“¿Qué es lo que usted entiende por Misa o Eucaristía?”, le pregunte hace poco a una pareja que viene muy seguido a la capilla de las hermanas. Después de expresar las grandes bendiciones que recibieron de la capilla como residentes nuevos, el esposo contestó: “*El venir a Misa me da mucha fuerza para continuar siendo un buen cristiano*”. La esposa quien está muy enferma dijo: “*La Eucaristía me*

lleva más cerca de Jesús y me da la energía y la esperanza que necesito todos los días". Como las hermanas, creo que ellas han hecho de la Eucaristía la parte más importante de su día. Ellas desarrollan varias actividades en trabajos voluntarios y son muy generosas en asistir a los pobres y los necesitados. La dedicación de estas personas como la participación de las hermanas son ejemplares. La Eucaristía hace que el Reino de Dios aparezca en el medio de un ambiente no cristiano.

El *Japan Catholic News* mostraron el mes pasado las estadísticas de la gente Católica en Japón, no excede un millón por la primera vez. Aproximadamente, 450,000 son japoneses, de los cuales más de 565,000, o el 56% son extranjeros. Muchos obispos y sacerdotes son grande ayuda a la sociedad extranjera para que se integre completamente a la sociedad japonesa. Creo que los esfuerzos y la iniciativa de la Iglesia podrían dar mas fruto nada mas con el contexto de la Eucaristía — el sacramento del amor y la unidad, la celebración de la unidad de la gente de Dios como una familia. Rezo para que la gente arda con los valores eucarísticos se multiplique y se conviertan en agentes de cambio para transformar el rostro de la Iglesia en Japón.

(Traductor: JOSÉ ANTONIO ROSAS)

Teología de adoración ¹

por John H. McKenna, C.M.

Provincia de USA

La teología de adoración es parte de un tema más amplio: comunión y adoración de la Eucaristía fuera de su celebración. El propósito de este artículo es presentar un breve resumen histórico de la práctica de la comunión y de los orígenes de devociones eucarísticas fuera de la celebración de la Eucaristía. Así podremos ver las raíces teológicas de la adoración Eucarística y el reto que hoy nos presenta.

Para comenzar, los primeros Cristianos habían celebrado la Eucaristía como si fuera una comida ordinaria. Se ponía énfasis en la comida y en la bebida, en tener una comida con Cristo resucitado y en compartirla unos con otros. Tenían esta intención ante todo, a saber, mantener la vida de Cristo, ya dentro de si mismos por el bautismo, la unión de unos con otros en Cristo y la vida eterna por medio de la participación en la resurrección de Cristo ².

En tiempos posteriores la Eucaristía fue separada de la comida ordinaria probablemente por razón de abusos ³. Así sucedía en tiempos del Mártir Justino (d. 165) quien describe la Eucaristía como una comida “estilizada”, por ejemplo, en la cual el pan y vino eran la comida y bebida. Justino resalta que “... los dones sobre los cuales se ha celebrado la acción de gracias son distribuidos, y todos participan de ellos, y mientras tanto estos dones son llevados por los diáconos a los hermanos ausentes” ⁴. Todos los presentes comulgan y se lleva la comunión a los enfermos para que ellos participen en la celebración del domingo. Por lo tanto la primera evidencia de la comunión fuera de la Misa está relacionada ciertamente con la celebración misma y esto es así hasta el fin del siglo IV ⁵.

¹ Artículo original publicado como “Adoration, Theology of” en *The New Dictionary of Sacramental Worship*, Peter E. Fink, S.J., Editor (Collegeville, MN: A Michael Glazier Book, The Liturgical Press, 1990).

² Cf. Jn 6,51-58; 1ª Cor 10,16-18; Act 2,42-47.

³ Cf. 1ª Cor 11,17-34.

⁴ L. DEISS, *Springtime of the Liturgy*, traducido por M.J. O’Connell (Collegeville, MN: The Liturgical Press, 1979) 93-94.

⁵ Cf. NATHAN MITCHELL, *Cult and Controversy: The Worship of the Eucharistic Outside Mass* (New York: Pueblo, 1982) II, 28.

El énfasis también continúa estando en recibir la comunión y su razón de comulgar. Agustín (d.430) lo expone claramente: “Si tú recibes bien, tú eres lo que has recibido... Como tú eres el cuerpo de Cristo y sus miembros, es tu misterio lo que se pone sobre la mesa del Señor; es tu misterio lo que tú recibes... Sé lo que ves, y recibe lo que eres”⁶. Esta misma doctrina fue expresada por San León Magno (d. 461): “Este participar del cuerpo y la sangre de Cristo no tiene otro efecto que convertirnos en lo que recibimos”⁷.

Hasta el siglo IV, la norma era que todos los fieles participaran en la comunión. Pero después, con inesperada rapidez, por lo menos en algunos países, el número bajó rápidamente. Las razones son numerosas y complejas, y produjeron un cambio de actitudes que traerían las devociones eucarísticas fuera de la Misa. Primero hubo controversias cristológicas. El intento del Arrianismo de rebajar la divinidad de Cristo ocasionó una exageración de esa divinidad de Cristo hasta negar su humanidad, a pesar del esfuerzo de Calcedonia en 451 para conseguir un equilibrio. Jesús resucitado aparecía como un Dios distante. Con el tiempo la liturgia y el clero llegaron a parecer también lejanos. Segundo, la celebración eucarística y los alimentos eucarísticos se separaron de los actos comunitarios de comer. Esto también llevó a una nueva interpretación en la que “... los antiguos símbolos de comer juntos eran reinterpretados como *dramas virtuales*, representaciones simbólicas vistosas de la vida de Jesús, de su muerte y resurrección”⁸. De aquí había un corto paso hacia las dramatizaciones alegóricas como las de Amalar de Metz que querían recordar el pasado más que la presente participación por la comunión como San Agustín y otros antes habían afirmado. Tercero, la limitación gradual del conocimiento de la lengua de la liturgia al no participar en ella les llevó a buscar una lengua alternativa. Comer y beber la Eucaristía desaparece gradualmente y se convierte en una “comunión visual”, el deseo de ver la Sagrada Hostia. Finalmente con el creciente alejamiento y temor de Cristo, la liturgia llegó a exigir la confesión sacramental antes de cada comunión y un ayuno más largo en preparación para la comunión⁹.

Estos factores son probablemente los responsables, al menos en parte, de la extensa costumbre en el siglo IX del pan ácimo, de la caña para beber el cáliz, de la comunión en la lengua en vez de la

⁶ JAMES J. MEGIVERN, *Concomitance and Communion: A Study in Eucharistic Doctrine and Practice*, Studia Friburgensia, New Series # 33 (New York: Herder, 1963) 68.

⁷ *Ibid.*, 72.

⁸ MITCHELL, *op. cit.*, 5.

⁹ JOSEPH JUNGSMANN, *The Mass of the Roman Rite*, traducido por F. Bruner y revisado por C. Riepe (New York: Benziger Brothers, 1961) 56-70, 498-502; MITCHELL, *op. cit.*, 116-119; MEGIVERN, *op. cit.*, 63-66, 73-74, 81.

mano, y la comunión en la iglesia fuera de la celebración de la Eucaristía. Los mismos factores, más las controversias de los siglos IX, XI y XII acerca de la presencia de Cristo en la Eucaristía y sobre el “momento de la consagración”, pusieron más atención a los elementos del pan y el vino con los milagros sobre ellos, por ejemplo, las hostias sangrantes. Siguió un descenso continuo de comuniones. Sin poder participar activamente en el idioma de la liturgia, y a causa de una extrema reverencia y miedo tembloroso de participar en la comunión, los fieles estaban inclinados a otras formas de expresar su fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía. La consideración de que el Santísimo era algo para verlo y adorarlo más que para comerlo llegó a ser la característica de la piedad Eucarística medieval¹⁰.

La reserva del Sacramento había sido la práctica común desde el principio para que la comunión pudiera ser llevada a los enfermos y moribundos. Además, en los primeros años, a los creyentes se les permitía llevar la comunión a casa para toda la semana. El origen de la oración ante el Sacramento parece ser la oración del sacerdote antes de la Comunión (siglo XI). Esta oración llegó a ser la oración de la gente antes de la elevación (últimos del siglo XII) y la oración de la visita al Santísimo Sacramento (principios del siglo XII). La reserva en el altar o cerca del altar en el siglo 13 intentó enfocar la devoción hacia esas áreas¹¹.

Las procesiones eucarísticas aparecen al principio del siglo XI, al menos en Inglaterra. Como la devoción de mirar a la Hostia creció, las procesiones eran el medio de rendir culto a Cristo en el Santísimo Sacramento y mirar a la Hostia por más tiempo. En el Continente, el obispo de Lieja aprobó la fiesta de Corpus Christi para su diócesis en 1276. Pronto se extendió incluyendo una procesión del Santísimo Sacramento¹².

Las exposiciones primeras del Santísimo eran justo antes de la comunión con estas palabras o parecidas: “Las cosas santas para los Santos”. Hasta principios del siglo XIII este era el único lugar donde el pueblo era invitado a ver las Sagradas Especies y hacerlas reverencias. Con la introducción de la elevación, que en el siglo XIV llegó a considerarse el memento supremo de la celebración, se invitaba al pueblo a un acto de adoración del Señor inmediatamente después de las palabras de la “Consagración”. Antes ésta había sido una invitación a participar en la comunión. Ahora, sin embargo, era una invitación a la contemplación o a la “comunión ocular”. Hasta entonces la exposición se había tenido dentro de la liturgia misma, en la

¹⁰ JUNGSMANN, *op. cit.*, 89-92, 502-512; MEGIVERN, *op. cit.*, 29-33, 78-84; MITCHELL, *op. cit.*, 5-6.

¹¹ Cf. JUNGSMANN, *op. cit.*, 522-523; MITCHELL, *op. cit.*, 164-170.

¹² Cf. MITCHELL, *op. cit.*, 170-176.

comunión, en el viático, en la comunión para los moribundos, o en Corpus Christi. En 1380 comenzó una nueva costumbre en algunas partes de Alemania, exponer el Santísimo en una custodia. Así se comenzó a tener la exposición del Santísimo sin otra liturgia¹³.

El origen de la Bendición del Santísimo Sacramento también proviene de la liturgia de las horas y de la celebración de Corpus Christi. Al comienzo del siglo XIII se hizo popular cantar himnos Marianos al terminar las oraciones de la tarde. En el siglo XIV era también costumbre cantar himnos ante el Santísimo Sacramento para ensalzar su devoción más que para dar honor al Sacramento. En el día del Corpus, ya en 1301, se tenían las estaciones o paradas donde el sacerdote daba la bendición con un viril¹⁴.

Todas estas devociones a la Eucaristía fuera de la Misa tuvieron sus orígenes en la liturgia. Además, muchas de ellas parecen haber aparecido primero en las comunidades de los religiosos.

Como con frecuencia sucede, las líneas teológicas del pensamiento y de las devociones nacen de la historia. Sus raíces se fundamentan en la creencia de que Cristo resucitado está realmente presente en la celebración para los enfermos, los que están en peligro de muerte, en peligro de persecución, o ausentes por algún otro motivo razonable. Esto es antropológicamente como teológicamente sano y conduce a lo que Piet Fransen describe como la “ley de extensión”. Las realidades simbólicas, cuando tienen una importancia básica en nuestras vidas, tienden a proyectarse en expresiones similares, aunque sólo sean analógicas. Una pareja de casados, por ejemplo, encuentran muchas formas de expresar su amor además del acto matrimonial, vgr., besos, caricias, miradas. Es importante no despreciar estas extensiones simplemente porque no son el acto central o porque no existían desde el principio, vgr., las procesiones eucarísticas. Tienen la misma importancia, sin embargo, recordar las fuentes originales, su ambiente, histórico, y relacionarlo todo, no obstante, con la celebración principal¹⁵.

El origen de todas las devociones eucarísticas fuera de la Misa está, como la historia nos lo dice, en la liturgia misma. Olvidarnos de esto es perder de vista su fin. Apreciar todas las devociones es tener fe en la presencia de Cristo, primero en la participación en la comida y después, por extensión, en el pan y el vino que quedaba. Si Cristo está presente en el pan y el vino, parece auténticamente razonable y provechoso adorarle allí. La dificultad, histórica y teológicamente, es que su culto fuera de la celebración de la Eucaristía algunas veces

¹³ Cf. *ibid.*, 176-181.

¹⁴ Cf. *ibid.*, 181-184.

¹⁵ Cf. P. FRANSEN, *Intelligent Theology*, vol. I (Chicago: Franciscan Herald Press, 1969).

parece estar desligado de sus fundamentos. Esa es su debilidad. Su fuerza reside en su poder para dar a los fieles tiempo y descanso para reflexionar sobre lo que significa recibir el Cuerpo de Cristo, todo el cuerpo, como diría San Agustín, — cabeza y miembros — en nuestro corazón. Había buenos elementos en la piedad de la “Elevación” o del “Sagrario”, a saber, devociones personales a Jesús, reconocimiento del carácter sacrificial de la Eucaristía para llevarnos a imitar a Cristo en el sacrificio de si mismo. Quizás una mayor atención a estos elementos nos podría ayudar hoy a recibir más profundamente el misterio pascual de Cristo que celebramos en la Eucaristía¹⁶.

Pastoralmente, el futuro es desafiante. ¿Es posible tender hacia el centro sin perder los valores de las devociones eucarísticas sin la Misa? “La celebración de la Eucaristía en el sacrificio de la Misa es verdaderamente el origen y meta de la adoración que se muestra a la Eucaristía fuera de la Misa”¹⁷. ¿Es posible descubrir de nuevo el valor de las devociones a la Eucaristía fuera de la Misa sin dejarlas separadas de sus orígenes? La cita de Mitchell sobre T.S. Eliot’s “Little Digging”, (Profundizando un Poco), está muy acertada: “No cesaremos de investigar. Y el fin de nuestra investigación será llegar donde empezamos y conocer el lugar por primera vez”¹⁸.

Todas las devociones eucarísticas, aun las más elaboradas, tienen como propósito o fin llevarnos otra vez a los principios, a Jesucristo, crucificado y resucitado, compartiendo esta comida y su misterio pascual con su pueblo.

(Traducción: ALFREDO HERRERA, C.M.)

¹⁶ JUNGSMANN, *op. cit.*, 90-91; cf. también, E. DIEDERICH, “Notes on Liturgy” and “The Eucharistic Mystery in All its Fullness”, in *Review for Religious* 42 (mayo-junio y noviembre-diciembre 1983) 363, 380, 914-927.

¹⁷ *Instruction on Eucharistic Worship*, 24 mayo 1967 (Washington, DC: 1967) Artículo 3º.

¹⁸ MITCHELL, *op. cit.*, 8.

Eucaristía, caridad y justicia social

por Gilson Cezar de Camargo, C.M.

Provincia de Curitiba

A manera de introducción

Pienso en las palabras de Henri Bremond en su obra conocida como *“Historia literaria del sentimiento religioso”* (III, 245), cuando dijo en 1938 que *“San Vicente de Paúl permanece aún escondido debajo de su abrigo”*. Afirmaba: *“Ocho gruesos volúmenes, ricos de doctrina, desbordantes de humor, donde no encontré una única línea banal, cosa única en una colección de ese género. Actualmente el grande público aún las ignora. Extraña manera de honrar su fundador”*. Tal indignación encontró eco en los corazones de muchos hijos de Vicente de Paúl. En nuestros días, ya disponemos de valiosos escritos, biografías y documentales que nos permiten tener acceso al **“gran santo del gran siglo”**.

Sin embargo, el desafío permanece presente, pues escribir sobre Vicente de Paúl, no es un emprendimiento tan complicado, teniendo en cuenta que ya tenemos a nuestra disposición, una considerable y abundante cantidad de hechos nacidos de la pluma ágil y astuta del campesino de Pouy. El grande desafío que permanece es el de alterar o simplificar, mutilando las ideas y el raciocinio de Vicente de Paúl, con los pensamientos de nuestro tiempo y del ambiente teológico de la reflexión contemporánea. Con esta manera de proceder, estaremos adulterando todo la riqueza y complejidad del punto de comprensión de este hombre, que vivió, sintió, pensó y actuó inserido en la complejidad del siglo XVII, en un país denominado Francia.

Para explicitar mejor lo que acabo de afirmar, vale la pena referirme a un artículo, por cierto muy interesante, de la revista francesa **“Messages du Secours Catholique”** (“Mensajes del Socorro Católico”; no. 366 - Diciembre de 1984), intitulada: *“Señor Vicente: un corazón para nuestro siglo”*. Al inicio de éste artículo, realizado en forma de entrevista, encontramos: *“San Vicente de Paúl, Señor Vicente. Su vida está en todas las memorias. Y los pobres, hoy, son su actualidad. Messages quiso encontrar en éste que dio un corazón al ‘gran siglo’ y que Bossuet dirá ‘cuando reunidos a su alrededor nosotros lo escuchábamos, y no había nadie que no supiese que la palabra del apóstol se cumplían en él: si alguien habla, que sus palabras sean como*

palabras de Dios'". Aún en la nota, la revista así se refiere: *Esta entrevista en la primera persona puede ser realizada gracias a la brillante erudición del P. André Dodin, historiógrafo de San Vicente de Paúl.*

Me gustaría referirme a la primera pregunta hecha por la revista, elaborada en la primera persona del singular, dirigida a la persona de Vicente de Paúl y contestada por él, por la erudición y conocimiento del P. André Dodin. La pregunta se formula así:

Messages: ¿Muchas imágenes fuertes circulan sobre su persona? ¿Usted es el hombre que nosotros conocemos hoy?

Vicente de Paúl (P. André Dodin): "Se necesitaría seguramente relativizar muchas cosas. Todo no soy yo. Pero después de tres siglos y medio, cada institución, en cada período no cesaron y no cesan de traer para el mundo el San Vicente de Paúl que ellos sueñan o que tienen necesidad y que yo no fui".

Pienso que aquí reside un peligro, cuando escribimos o damos conferencias sobre Vicente de Paúl, realmente transmitimos su pensamiento o proyectamos aquello que soñamos de él y que nos gustaría que él hubiera afirmado, pero que en la realidad no afirmó, teniendo en cuenta que está situado en el siglo XVII, alejado de nuestra realidad por lo menos tres siglos y medio.

1. Oportunidad para profundizar mis conocimientos al respecto de Vicente de Paulo

Joven, sacerdote lazarista, dejaba mi país en busca de un título académico, teniendo en vista mi ascendencia francesa del lado materno, mi opción fue el Instituto Católico de París, el curso escogido fue Maestría en Teología (con especialización en Liturgia y Teología de los Sacramentos). Con duración de dos años (1982-1984), el referido curso estaba bajo la dirección del conceptuado y conocido liturgista dominicano, uno de los peritos de la Comisión Conciliar de la Liturgia en el Concilio Vaticano II, el P. Pierre-Marie Gy.

Cuando llegó el momento de presentar mi proyecto de investigación al director del curso, Pe. Gy, mi intención era desarrollarla desde el ambiente teológico que predominaba en aquel momento en Brasil, la Teología de la Liberación. Evidentemente que en este momento no tenía conocimiento que el P. Gy, había sido grande amigo y que había compartido alegrías y tristezas, sufrimientos y esperanzas con el P. Annibal Bugnini, en la comisión preparatoria y posteriormente en el recorrer del Concilio, del cual resulto, la Constitución Apostólica *Sacrosanctum Concilium*.

Con toda calma y tranquilidad, propia de los grandes sabios, el P. Gy me argumentó diciendo: después de terminar el curso académico y con tu regreso al Brasil, tendrás todo el tiempo disponible

para desarrollar y profundizar la cuestión de la liturgia relacionada con la Teología de la Liberación; me sugirió en ese momento, que como yo era lazarista, y para honrar el grande liturgista, Annibal Bugnini de la Congregación de la Misión, debía hacer mi investigación desde el pensamiento de nuestro fundador San Vicente de Paúl, incluso me sugirió el asunto a ser investigado: “Vicente de Paúl, su doctrina y visión del Sacramento de la Eucaristía”. Aún más, como sabía que residía en la Casa Madre de los lazaristas en París (Calle de Sèvres, 95), donde residía otro grande amigo suyo y cohermano mío de Congregación, P. André Dodin, el P. Gy sugirió que buscarse el auxilio de todo la sabiduría y conocimientos del P. Dodin.

Regresé bastante contento para la Casa Madre, donde estaba hospedado, sabía que el desafío sería bastante grande, tanto en las exigencias académicas del Instituto Católico, como por la dimensión del asunto a mí propuesto; pero con grande esperanza, por la valiosa colaboración del P. André Dodin. En la primera oportunidad que tuve lo busqué, le presenté la sugerencia que me fue propuesta por el P. Gy, y le pregunte si él estaría dispuesto a ayudarme en tal iniciativa.

La respuesta del P. Dodin fue afirmativa. Me dice que estaría dispuesto a ayudarme, colocando algunas condiciones: que nunca tomase la iniciativa de buscarlo, él mismo me llamaría por el interfono de la casa en sus momentos libres y de inspiración. Que nunca lo interrumpiese con preguntas en el momento en que estuviera hablando, y que simplemente tomase anotaciones. Siempre procuré cumplir a la línea éstas dos condiciones. Fueron muchas las ocasiones que P. Dodin me llamó, fueron muchas hojas impresas, acompañadas por una avalancha de conocimientos del P. Dodin, sobre el pensamiento y doctrina de nuestro fundador San Vicente de Paúl, esto me permitió elaborar el proyecto de investigación. También como estaba en Francia, el Instituto Católico me exigió que escribiese en francés, “*Saint Vincent de Paul, doctrine y Vision du sacrement de l’Eucaristie*” (“*San Vicente de Paúl, doctrina y visión del sacramento de la Eucaristía*”), para obtener el título académico de “Maestría en Teología” (especialización en Liturgia y Teología de los Sacramentos).

Cuando me llegó la honrosa invitación de la Revista *Vicentiana*, para escribir sobre: “***Eucaristía, Caridad y Justicia Social, a la luz de la doctrina de S. Vicente de Paúl***”, me recordé de mi trabajo de investigación, todo en francés, pues nunca la traduje para mi idioma materno, entonces tomé la decisión de basarme en él para cumplir la tarea confiada, estando consciente de mis limitaciones, las cuales me gustaría enumerarlas: No soy escritor, por el contrario, soy bastante limitado a éste respecto. Soy un pastor de la periferia de la ciudad de Curitiba, donde vivo. Siempre estuve muy envuelto con clases de liturgia en diversos cursos de teología para la formación del clero y una infinidad de cursos para la formación de los laicos, lo cual me da

una gran alegría y enorme realización como sacerdote Lazarista. Soy latinoamericano brasileño, mi modo de enfocar y desarrollar éste artículo esta profundamente influenciado por la cultura que me envuelve. Así, escribo este artículo, con un poco de celos en los demás cohermanos escritos de San Vicente de Paúl, que tienen una infinidad de fuentes a su disposición. Nosotros aquí, distantes del viejo mundo y de Francia, donde vivió nuestro querido Padre, nos contentamos viviendo con los pobres, que fueron el sujeto de preocupación, de dónde brotó la doctrina y teología de Vicente de Paúl: *“Los pobres son nuestros Maestros y Señores”*.

2. Situando el asunto propuesto en la perspectiva de Vicente de Paúl

Si preguntásemos a Vicente de Paúl sobre su pensamiento teológico, al respeto de la “Eucaristía, Caridad y Justicia Social”, pienso que para él sería bastante difícil poder respondernos, teniendo en cuenta que, la eucaristía referida a la Caridad y a la Justicia social, son conceptos que están unidos a nuestro tiempo, a nuestra realidad teológica de hoy.

Así pues, para poder desarrollar la línea de pensamiento, al respeto del sujeto que me fue propuesto, tendré que pedir las debidas licencias a la Real Academia de la Lengua, para que podamos crear algunos verbos y sustantivos que nos ayudarán a una mejor comprensión de nuestro trabajo. El primer verbo que quiero crear es *Temporalizar: localizar a San Vicente en su tiempo, con su modo de pensar, de actuar, envuelto con los problemas teológicos y eclesiológicos, propios de la Iglesia de Francia en el siglo XVII*. El otro verbo necesario que tenemos que crear, es el verbo *Contemporalizar: transferir, interpretar, aplicar la doctrina y el pensamiento teológico de Vicente de Paúl para el tiempo presente, en el cual nosotros estamos situados, siglo XXI. Partiendo de nuestro horizonte de comprensión teológica, enriquecida por las enseñanzas actuales del Magisterio de la Iglesia (Concilio Vaticano II y para nosotros de América Latina, los documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo), así como, por el pensamiento teológico y su actual ambiente eclesiológico*.

Temporalizando Vicente de Paúl, podemos vislumbrar el pragmatismo de su pensamiento teológico y espiritual. No nos dejó ningún libro donde pudiésemos encontrar su pensamiento sistematizado por él mismo. No olvidemos que era hijo de agricultores del sur de Francia. Hombre simple y familiar, no conoció éxtasis ni milagros extraordinarios. Así afirmaba: *“La perfección no consiste en el éxtasis, sino en hacer bien la voluntad de Dios”*. Todo su pensamiento y modo de actuar nace de su capacidad de mantener los ojos abiertos a la realidad de su tiempo. No escribió grandes obras. Lo que tenemos a nuestra disposición son sus cartas y conferencias, siempre situadas

concretamente, en la realidad de los problemas y conflictos de su tiempo, en vistas a mantener sus hijos (los misioneros) y sus hijas (Hijas de la Caridad) a permanecer fieles a la sana doctrina y a la Iglesia: *“Siempre he tenido miedo de verme envuelto en los errores de alguna nueva doctrina, sin darme cuenta de ello. Sí, durante toda mi vida, he tenido miedo a esto”*¹.

Lo que creía y defendía firmemente Vicente de Paúl, nosotros lo descubrimos de manera directa y concreta en los hechos cotidianos de su vida. Una vida que transbordó fortaleza y vigor, que se expresa de manera espontánea, a partir de las circunstancias. Son los hechos de la vida, de la realidad, la razón de su conversión y de sus iniciativas. El moribundo de Gannes, seguido del Sermón de la Misión, día 25 de enero de 1617 en Folleville, conducen a Vicente a observar la realidad de su tiempo y constatar el desafío: *“El pueblo del campo estaba abandonado y sufriendo el mal de la ignorancia y de la miseria”*. En Châtillon-lees-Dombes, observa y constata que la generosidad de los parroquianos había sido abundante para aquella familia necesitada, *“¿pero qué quedará para los días siguientes y los meses qué vendrán?”*. *“Es una grande caridad, afirma Vicente, pero está mal organizada”*.

Folleville y Châtillon-lees-Dombes: para nosotros que somos seguidores de Vicente de Paúl, estos lugares no pueden interesarnos sólo por que forman parte de la geografía de un magnifico país llamado Francia, y si, por que son lugares carismáticos, lugares emblemáticos de dos grandes experiencias de nuestro fundador: la miseria espiritual y la miseria material del pueblo del campo. A esa miseria, responderán sus dos obras magnas: **misión y caridad**, como una única realidad, pues la Misión incluye la Caridad y la Caridad incluye la Misión, como también, sería única la experiencia que daría origen a los emprendimientos de Vicente de Paúl: su coraje de abrir los ojos para la realidad de su tiempo, haber descubierto un pueblo sufrido, humillado, explotado, prisioneros de la avidez de los grandes y poderosos, animales de carga de una sociedad basada en el privilegio, en la gloria, en el lujo y brillo intelectual del gran siglo.

Vicente de Paúl parte de la experiencia, de los hechos de la vida, de la realidad para la acción, así como Jesús comenzó haciendo y después enseñó. Vicente no tiene “ideas” de Cristo, él Vive Cristo. Esta vivencia será siempre desde los hechos de la vida, los dos episodios de Folleville y de Châtillon, le revelaron las dos caras de la pobreza, la falta de Dios y falta de pan, que corresponde a los dos lados del rostro de su Cristo: Misionero *“Evangelizare pauperibus misit me”* y servidor de los pobres *“Caritas Christi urget nos”*.

¹ SV XI, 37 / ES XI, 739.

Además de éstos dos episodios ya mencionados, Vicente busca, por un lado, en las Escrituras, de manera especial en la lectura del apóstol Pablo, por otro lado en San Francisco de Sales, en su *“Tratado del Amor de Dios”* la inspiración y seguridad para sus convicciones. Se siente encantado al encontrar la voluntad de Dios, que lo lleva a no permanecer inactivo. Este descubrimiento de la voluntad y del amor de Dios, serán fuentes de un sorprendente dinamismo que estará siempre presente en toda su vida e influenciará su pensamiento teológico.

Constantemente recomienda a sus hijos e hijas, la disponibilidad a la Divina Providencia. No fueron los hombres que primero amaron a Dios, fue Dios que primero los amó. Hacer bien la voluntad de Dios, *“dejar Dios por Dios”*, esta máxima tan querida por San Vicente, nos lleva a pensar que en su espíritu no hay solamente un camino para llegar a Dios y para crecer en su amor. *“Hijas mías, sabed que, cuando dejéis la oración y la santa Misa, por el servicio a los pobres, no perderéis nada, ya que servir a los pobres es ir a Dios; y tenéis que ver a Dios en sus personas”*². La oración ciertamente es importante, y nadie puede dispensarla; pero que nadie se conforme sólo con la oración. *“Mis queridas hermanas, haced siempre lo que podáis, a fin de que siendo la oración vuestra primera ocupación, vuestro espíritu se llene de Dios para todo el resto de la jornada. Es verdad que hay que preferir, en caso de necesidad, el servicio a los enfermos; pero, tenéis cuidado, encontraréis tiempo para todo”*³.

Es evidente para Vicente, que esta voluntad de Dios es siempre una voluntad de amor. La adhesión a la voluntad Divina, se traduce en actos y no se queda apenas en intención. *Nuestro Señor, es el único modelo, pues se refería continuamente a su Padre y hacía todo para agradarle*. El misterio de la Encarnación es visto por Vicente, dentro de este seguimiento que cumple la voluntad del Padre. Al contemplar ese misterio de amor, de un Dios que se hizo hombre, Vicente aprende a amar Dios y amar los hombres, en un mismo y único movimiento.

Jesucristo es Salvador. Para Vicente está es la afirmación esencial. Cumpliendo la orden encomendada por su Padre, Jesús se entrega libremente a la muerte de cruz. Él que tiene la libertad y la alegría del Reino de Dios, quiso ser la víctima del mal existente en el mundo. Por amor a nosotros, Jesús recorre, en sentido inverso, el camino del pecado. La pasión será el supremo testimonio del amor de Cristo para con el Padre y para la humanidad. Consecuentemente, para Vicente, el objetivo de nuestra vida es honrar a Nuestro Señor

² SV IX, 5 / ES IX, 25.

³ SV IX, 35 / ES IX, 33-34.

en la vida terrena. Unidos a Cristo, fuente de nuestra salvación, tenemos en Él, el modelo de nuestra salvación. Vicente consideraba la imitación de Nuestro Señor, como fundamental para toda ascensión espiritual: *“Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo, y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo, y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo”*⁴.

En su tiempo, la Iglesia se debatía en una crisis difícil; la reforma había movido con el cristianismo occidental. El Concilio de Trento intenta remediar los excesos y los errores cometidos, de tal modo que Vicente es un hombre “pos-conciliar”, de los que más trabajó, para que el concilio pasase para la realidad de la Iglesia de Francia. Pasar de una Iglesia mundana para una Iglesia de los pobres, para restablecer el verdadero sentido de una vida cristiana accesible a los más humildes. En este sentido es que situamos su afirmación: *“La Iglesia tiene bastantes personas solitarias... y demasiadas inútiles, y otras muchas más que la desgarran. Lo que se necesita es tener hombres evangélicos, que se esfuercen en purgarla, en iluminarla y en unirla a su divino esposo”*⁵.

Vicente lucha incesantemente para promover la renovación de un sacerdocio y de un episcopado verdaderamente apostólico, así lo expresa: *“Es demasiado cierto que la depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia de Dios... Sí, son los sacerdotes; nosotros somos la causa de esa desolación que arruina a la Iglesia, de esa deplorable retroceso que había sufrido en muchos lugares”*⁶. Pero también, por otro lado afirma: *“¡Ay, padres, qué cosa es un buen sacerdote! ¿Qué no puede hacer un buen eclesiástico? ¿Que conversiones puede hacer un buen eclesiástico? ¿Qué conversiones no puede procurar... De los sacerdotes depende la felicidad del cristianismo, ya que los buenos feligreses, cuando ven a un buen eclesiástico, a un pastor caritativo, lo veneran y oyen su voz, procurando imitarle”*⁷.

Con esta voluntad renovadora, inventa una nueva forma de vida religiosa, acogiendo a las sencillas hijas del campo que están disponibles a socorrer las múltiples necesidades de los desheredados, tan numerosos en las ciudades como entre el pobre pueblo del campo. Así les propone a sus Hijas: *“Vuestro monasterio es la casa de los enfermos y aquella en que reside vuestra superiora; vuestra celda es vuestro cuarto de alquiler... tenéis como capilla la iglesia parroquial... Vuestro claustro son las calles de la ciudad... Vuestro claustro es la*

⁴ SV I, 295 / ES I, 320.

⁵ XV III, 202 / ES III, 181.

⁶ SV XI, 308-309 / ES XI, 204-205.

⁷ SV XI, 7 / ES XI, 72.

obediencia... Por reja tenéis el temor de Dios. Y por velo, lleváis la santa modestia"⁸.

Su horizonte de comprensión, es el de una Iglesia que continúa el misterio del Cristo, que debe revelar y prolongar el Amor fiel y misericordioso de Jesucristo. Debe ser pobre y de los pobres. Seguramente, esta Iglesia no debe despreciar a nadie, su predilección debe ir en dirección de los pobres. Para Vicente, Jesús está presente en los pobres, para él, esto es una certeza. El misterio del prójimo en Cristo, se realiza en el gesto de devoción y de ayuda expresada a los pobres. La Caridad, por lo tanto, es compartir, es una participación del mismo amor de Dios: "*¡Hermana, que consolada se sentirá usted a la hora de la muerte de haber consumido su vida por el mismo motivo por el que Nuestro Señor Jesucristo dio la suya! ¡Por la caridad, por Dios, por lo pobres!*"⁹.

Para Vicente, la caridad cristiana es eficaz. Ella procura la voluntad del Señor, lo que supone la fe y que culmina en la obediencia de esta voluntad, él mismo afirma: "*De los religiosos se dice que están en estado de perfección; nosotros no somos religiosos, pero podemos decir que estamos en estado de caridad, ya que continuamente ocupados en la práctica real del amor o en disposición de ello*"¹⁰. La prueba del amor es la manifestación de la acción. Dios nos amó dándonos a su Hijo. Nosotros podemos amarlo sólo correspondiendo al don de su amor por la aceptación de su voluntad, en la obediencia de un amor vivo. Manifestación del amor a Dios, el amor al prójimo es al mismo tiempo, una comunión al amor de Dios, pues su fuente es el don mismo de Dios.

La salvación viene por la fe en la Palabra y por la participación en los Sacramentos. Vicente de Paúl da grande importancia a la vida sacramental de las Hijas de la Caridad, de modo especial a los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Según él, nuestra fe establece un contacto con el Cristo glorificado, y los sacramentos llevan a un encuentro real, bajo el telón de señal. Para reencontrar Jesús, es necesario un acto de fe viva en Él, acto de fe que se prolonga en acto de adoración, de amor y de ofrenda.

Pero, si queremos comprender bien el pensamiento del señor Vicente sobre los sacramentos, de modo especial la Eucaristía, no podemos olvidar que en su horizonte de comprensión, el pobre aparece primeramente, como una forma de "*sacramento*" del encuentro con Dios. Para el señor Vicente, el Señor se revela también bajo la señal del pobre, del prójimo ignorante, así lo afirma: "*No hemos de*

⁸ Cf. SV X, 661 / ES IX; 1179.

⁹ SV VII, 382 / ES VII, 326.

¹⁰ SV XII, 275 / ES XI, 564.

considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu, dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre”¹¹.

En este amplio horizonte de comprensión teológica, podemos situar su pensamiento sobre la Eucaristía. Vicente ve la Eucaristía como sacramento a la luz del Verbo hecho carne, que vino para dar vida a los hombres. Ese Verbo hecho Carne, continúa presente entre nosotros, en la Eucaristía, como alimento que fortalece la Caridad. Así, lo recomienda a los laicos, a las Hijas de la Caridad y mismo a los jóvenes, “para ayudarlos a vivir cristianamente”. Situado en ésta comprensión del misterio de la fe, bien fundado en los hechos de la realidad, que nos permite comprender y no dejarse abalar por la nefasta influencia del jansenismo.

3. Vicente de Paulo y la querella de la “comunión frecuente”

Tenemos un año de referencia para todo la polémica que envolverá nuestro fundador, Vicente de Paúl, se trata del año 1642. En esta fecha, un pequeño grupo parecía poco dispuesto a juntarse a los partidarios de la comunión frecuente (motivada especialmente por los jesuitas). Este grupo, formado de religiosas cistercienses y algunos nobles, retirados a la soledad del monasterio de Port-royal-des-Champs, para vivir mejor su entrega a Dios. Son, de modo especial los discípulos de Jean du Vergier de Hauranne, Abad de Saint Cyran.

A seguir, aparecerá en escena Antonio Arnauld, que en septiembre de 1642, algunos días después de su ordenación sacerdotal, se encamina para la clausura del monasterio. Vendrá a hacer su retiro de ordenación en Bons-Enfants, sin embargo, no queda totalmente satisfecho y por fin, se refugiará en Port-Royal-des-Champs, afín de compartir la vida de silencio. En este ambiente es que redactara sus tesis jansenistas y el famoso tratado de la “Frecuente Comunión”.

Éste tratado de Arnauld, nace en oposición a un pequeño libretto del Padre Sesmaisons, jesuita, que en compañía de los padres Bauni y Ravardeau, se demostraba, por la tradición de la Iglesia, la legitimidad de la comunión semanal, que no exigía sino la devoción actual y la ausencia de pecado mortal. En este opúsculo, se leía: “*Cuanto más despojado esta de la gracia, más insistentemente se debe aproximarse a Jesucristo en la Eucaristía*”. Tal afirmación no estaba de acuerdo con la teología de Saint-Cyran. Así, para defender lo que se consideraba como Verdad, en algunos meses, Arnauld, redacta su

¹¹ SV XI, 32 / ES XI, 725.

obra intitulada: “*La Frecuente Comuni3n*”. Su tesis se puede formular de la siguiente manera: la comuni3n es recompensa por la virtud m1s de que alimento. Una vida exenta de pecado, santificada por la virtud y por los ejercicios de penitencia puede solamente prepararla. Su tesis hab1a sido aprobada por veinte doctores de la Sorbona y dieciseis obispos (A. DODIN, *autour du probl1me de “La Frecuente Comuni3n”*, 378).

Estamos en el a1o 1644. En San Lazare-l1s-Paris. Evidentemente que el se1or Vicente debe estar muy bien informado de todos estos acontecimientos en torno de la Eucarist1a, pues acaba de entrar en el “*Consejo de Conciencia*”. 1sta en relaci3n con los poderosos de la Corte, con los jesuitas y un gran numero de obispos. Est1a muy bien enterado sobre Port-Royal, pues es amigo de Saint-Cyran. Sin embargo, encima de la amistad, est1a la verdad y un temor de caer en la herej1a, que fue siempre una constante en la vida de Vicente.

As1, sabemos que, desde 1645, Vicente tendr1a una actitud de hostilidad con relaci3n a Port-Royal que lo traduce en una carta para Mons. Abra de Raconis, en la cual lo aconseja para no nombrar el Sr. Joby (declaradamente disc1pulo de la nueva doctrina) su Vicario General¹². En este mismo a1o, uno de los te3logos de Notr1 Dame, Habert, violentamente opuesto a la doctrina de Arnauld y al Jansenismo, es nombrado obispo de Vabres. La indicaci3n viene del Consejo de Conciencia, donde Vicente es el todo poderoso.

Hasta entonces toda esta disputa no hab1a alcanzado el coraz3n de Vicente de Pa1l. Eran preocupaciones exteriores a su Peque1a Compa1a, podr1amos decir: preocupaciones *ad extra*. Es en 1648 que estas discusiones van alcanzar el *ad intra* de la Peque1a Compa1a, cuando Vicente recibe una carta del Se1or Dehorgny, tomando la defensa de los jansenistas. Conforme el viejo adagio popular: “Hay males que vienen para bien”, uno de los nuestros, justamente un hombre de toda la confianza de Vicente, se deja influenciar por la nueva doctrina. Es de esta manera que podemos hoy, tener acceso a las ideas y posiciones de Vicente de Pa1l, en relaci3n al Jansenismo, bien como, a su visi3n doctrinal de Sacramento de la Eucarist1a.

Dehorgny, uno de los pioneros y m1s brillantes de la Compa1a. Primeramente fue superior en Bons Enfants, uno de los puestos de confianza de Vicente. Enseguida, lo env1a para Roma, para ejercer la funci3n de superior. Es en Roma que Dehorgny se deja influenciar por la nueva doctrina. Con relaci3n a Jean Dehorgny tan complaciente con la nueva doctrina, Vicente presenta argumentos decisivos.

1l est1 de acuerdo que existen abusos en la administraci3n tan admirable de la Eucarist1a, pero que eso no justifica que se llegue a

¹² Cf. SV III, 63 / ES III, 586.

caer en otro abuso de sentido contrario. Muestra que el título del libro del señor Arnauld no es, sino un engaño, pues el objetivo visado y los resultados logrados son deplorables. No se ve más la frecuencia a los sacramentos como se veía antes, ni menos en la Pascua. Varios párrocos de París se lamentan de que, hay menos comuniones que los años anteriores... No se ve más nadie aproximarse a comulgar en los primeros domingos del mes y en las fiestas, son muy pocos, y estos son religiosos motivados por los jesuitas... Vicente trabaja con grande facilidad y rapidez, presentando textos del Concilio de Trento. La carta termina con una exhortación de paz y moderación: que se respeten las prácticas de San Lázaro y que no se preocupar mucho con las opiniones nuevas.

El 17 de Agosto del mismo año, Vicente recibe una segunda carta del Sr. Dehorgny, que reprueba Vicente por no haber comprendido el libro del Sr. Arnauld.

Inmediatamente contesta la carta al Sr. Dehorgny, de esta vez, con una argumentación más precisa y sólida, con pruebas irrefutables de los textos y hechos presentados. Vicente no niega su preocupación con la liberalidad de la frecuente comunión sin criterios, y así, concuerda que, el libro de Arnauld puede hacer mucho bien, pero que no se puede dejar engañar, porque así como a algunas personas les ayudó a encontrar provecho, hay por los menos 10.000 que él las obscureció y las retiró completamente de la comunión. Vicente no acepta de modo alguno la manera como San Carlos Borromeo es interpretado para justificar la nueva doctrina.

Es injusto que se mutile a San Carlos de haber ordenado la penitencia pública y el alejamiento de la comunión. Su orientación era de no permitirle a los pecadores escandalosos, en lo que San Vicente está totalmente de acuerdo y el Concilio de Trento también. Pero, San Carlos, lejos de oponerse a la frecuente comunión, no cesa de promoverla. Vicente conoce muy bien el pensamiento de San Carlos, así como el de los jansenistas. Lamenta que se compare la directriz de Port-Royal a las reglas de San Ignacio. Éste no alejaba de la comunión, interrumpía únicamente por ocho o diez días a los grandes pecadores, al paso que, el Sr. Arnauld, retira por cinco o seis meses a la buena religiosa que vive en una gran pureza.

El Sr. Arnauld es totalmente opuesto a la comunión, él alaba a los que se alejan de ella hasta el día de su muerte... que esas comuniones frecuentes no hacen otra cosa sino ultrajar y avergonzar a Nuestro Señor Jesucristo, al colocar tan terribles condiciones para aproximarse a la Eucaristía es moralmente imposible comulgar. Afirma Vicente: *“Le confieso con franqueza que, si hiciera del libro del Sr. Arnauld tanto caso como usted hace, no sólo renunciaría para siempre a la santa Misa y a la comunión por espíritu de humildad, sino que hasta le tendría horror de este sacramento, ya que él lo presenta,*

respecto a los que comulgan con las disposiciones ordinarias que aprueba la Iglesia, como una trampa de Satanás y como un veneno que emponzoña a las almas y trata de quienes se acercan a él en esa situación nada menos que de perros, de puercos y de anticristos"¹³.

Podemos afirmar que gracias a las inclinaciones jansenistas, claramente expresas por el Sr. Dehorgny, tenemos estas magníficas cartas que nos muestran el sentimiento, el pensamiento íntimo de San Vicente sobre la apología de su tiempo. Ellas nos ayudan a tener un horizonte más amplio de comprensión sobre la Eucaristía. Gracias a estas cartas, conocemos mejor el pensamiento de Vicente de Paúl. Podemos sentir su independencia con relación a su medio y a las riñas de su ambiente, así como su firmeza y postura, con una lucidez de pensamiento, que nos permite afirmar que, Vicente de Paúl posee una clara e excelente visión doctrinal de la Eucaristía.

4. La doctrina de Vicente de Paúl sobre la Eucaristía

Evidentemente, no podemos proyectar nuestro pensamiento actual sobre la Eucaristía, pretendiendo que Vicente de Paúl afirme cosas que realmente no estaban presentes en su pensamiento. Vicente es influenciado por el pensamiento teológico de su tiempo, de modo especial por Bérulle y los reformadores, llevándolo a compartir con ellos una concepción poco noble de la naturaleza humana. Sin embargo, para contrabalancear su pesimismo de la naturaleza humana, un factor positivo fue en relación a el respeto temeroso, al alegre abandono y a la serena confianza en la Divina Providencia. Su visión de Dios le viene de San Pablo, es un pensamiento lleno de grandeza, en que él se esfuerza para transmitir a sus hijos e hijas.

Así afirma él: *"Este conocimiento que tenemos de Dios está muy encima de todos nuestros conocimientos y de todo entendimiento creado, no nos debe bastar para hacerle apreciar infinitamente, para anonadarnos en su presencia, y para hacernos hablar de su Majestad Suprema con un gran sentimiento de reverencia y sumisión"*¹⁴. No olvidemos que al inicio de su misión, el señor Vicente no tenía sino una sola predicación, que adaptaba de mil maneras: *"El temor de Dios"*¹⁵.

Vicente tiene evidentemente este horizonte de comprensión pesimista de la "pequeña naturaleza". Y esta concepción lo influenciará en su doctrina sobre la Eucaristía, qué obviamente no lo llevará al radicalismo de los jansenistas. Un rápido recorrido sobre las disposiciones requeridas para la Comunión en Vicente de Paulo, nos

¹³ SV III, 370 / ES III, 339.

¹⁴ SV XI, 48; ABELLY, *Vida del Venerable Siervo de Dios Vicente de Paúl*, CEME, Salamanca 1994, capítulo VIII, p. 597.

¹⁵ Cf. SV XII, 8 / ES XI, 327.

convencerá fácilmente. A pesar de las reglas estrictamente impuestas a las Hijas de la Caridad, él se esfuerza para moderarles el deseo de la comunión.

Así pues, que no se empeñe mucho, que no se preocupe el director para obtener de él un permiso de frecuencia. Esta insistencia, según Vicente, sería seguramente, oriunda del orgullo escondido, que envicia nuestras acciones. Se hay excitación en comulgar, afirma Vicente, es mejor abstenerse. Su preocupación es la frecuencia de las comuniones indignas y sacrílegas. Esto si manifiesta constantemente en sus conferencias. Le viene a la mente bajo la figura de Judás, que se hacía hipócrita, seguía su Maestro pero al revés de conformarse a las palabras de Nuestro Señor, como hacían los Apóstoles, realizaba acciones inspiradas por Satanás. Según las palabras del P. Dodin, esta “preocupación” era casi una “obsesión” en Vicente de Paúl.

Para la comunión frecuente, el estado de gracia era rigurosamente exigido, más Vicente exige también una buena confesión, mejor dicho, la fecha de la fundación de la Congregación de la Misión, estipulada por el propio Vicente el 25 de Enero de 1617, brota de su predicación sobre la *“importancia de la confesión general”*. Él ve en este purificación preliminar, como un excelente medio de bien comulgar, y así lo afirma: *“Ved, hijas mías, no basta, para comulgar muchas veces, no tener ningún afecto al pecado mortal, sino que además es preciso deshacerse de todo afecto desordenado, porque todo afecto desordenado es vicioso. Pues bien, amar ardientemente a una hermana y apegarse a ella, es un afecto desordenado; preferir estar en un lugar más que en otro, o en un cargo más que en otro, es un afecto desordenado, y hay que romper con él para hacerse digna de comulgar muchas veces”*¹⁶. En suma, transformase en un espejo límpido que nos permite reflexionar con Dios, asemejarnos a Jesús e identificarnos con Él.

Encima de todo, el deseo de Cristo eucarístico es para Vicente, como el anhelo sorprendente de lo divino unirse a las criaturas por medio de este sacramento misterioso que instituyó. Para corresponder a ese deseo de Jesús, la mejor respuesta será nutrir el alma del mismo deseo de unión, caminando al encuentro de las intenciones del propio Cristo. Al conformarnos en Cristo por nuestros sentimientos y nuestras oraciones, nosotros nos colocamos en las mejores disposiciones necesarias para comprenderlo y unirnos a él, nosotros damos, por así decir, el primer paso en dirección a Él.

Esas disposiciones preparatorias para la unión con Dios exigirán, una ascesis continua de mortificación, desprendimiento, fuga de los impulso contrarios a las reglas. La Eucaristía no será para las Hijas

¹⁶ SV IX, 340-341; SAN VICENTE DE PAÚL, *Conferencias espirituales a las Hijas de la Caridad*, CEME, Salamanca 1983, p. 258.

de la Caridad, el sacramento de la unión con Dios, por el contrario, cuando ellas estén en la disposición de darse totalmente a Cristo en el momento de la comunión. Entonces, cuando Cristo penetra en el alma, Él consagra, por así decir, éste estado. Él se une íntimamente a la criatura y le da su paz.

Y afirma Vicente: *“Hijas mías, estad seguras de que una Hija de la Caridad que ha comulgado bien, hará bien todo lo demás. Su corazón es el tabernáculo de Dios; sí, el tabernáculo de Dios. La Hija de la Caridad que tiene que serlo siempre, tiene que estar siempre en Dios y Dios en ella, y de esta forma no hará nunca una cosa que no esté bien”*.

Continúa diciendo: *“Si Elías, con su doble espíritu, hacía tanta maravillas, ¿qué no hará que no sea agradable a Dios en sí, que está plena de Dios? No hará ya ciertamente sus acciones, sino que hará las acciones de Jesucristo; tendrá en sus contradicciones la paciencia de Jesucristo; tendrá la obediencia de Jesucristo. En una palabra, hijas mías, todas sus acciones no serán ya acciones de una mera criatura, serán las acciones de Jesucristo”*.

Y concluye: *“Hermanas mías, la Hija de la Caridad que ha comulgado bien no hará nada que no sea agradable a Dios; porque hará las acciones del mismo Dios. El Padre eterno ve a su Hijo en esa persona; ve todas las acciones de esa persona como acciones de su Hijo. ¡Qué gracias, hijas mías! Este segura de que Dios la ve, de que Dios la considera, de que Dios la ama! Así pues, cuando veáis a una Hija de la Caridad servir a los pobres con amor, con mansedumbre, con desvelo, podéis decir sin reparo alguno: ‘Esta hermana ha comulgado bien’”*¹⁷.

5. A manera de conclusión

Eucaristía, caridad y justicia social, a luz del pensamiento de San Vicente de Paúl, es posible, si nos situamos en la complejidad de su pensar y sentir al respeto del ser humano, de Jesucristo y de la Iglesia. Existe en el pensamiento de Vicente de Paúl una unidad profunda del amor al prójimo y del amor a Dios. Él nos invita por palabras y acciones, a no ver las personas y los acontecimientos tal y como ellos se presentan, como la luz de la razón nos lo muestra. Es necesario ver las cosas como cosas de Dios, pues de otro modo, nosotros nos podríamos engañar y actuar de una manera que Él no quiere. Es preciso primeramente mirar a Dios, darse a Dios, para que Él nos utilice en la aventura de la Salvación del género humano.

Vicente de Paúl ve el orden de las realidades concretas, de las mediaciones queridas por Dios. Según la veía ordinaria, Dios quiere salvar los hombres por los hombres y, Nuestro Señor se hizo hombre

¹⁷ SV IX, 331-333; SAN VICENTE DE PAÚL, *op. cit.*, pp. 252-253.

para salvar a todos. Somos nos hombres, por los hombres y con los hombres que es necesario buscar a Dios, su Reino, para unirnos a Dios por Jesucristo. La condición es que nos vaciemos de nosotros mismos para que Dios pueda llenarnos: *“Tres hacen más que diez cuando Nuestro Señor echa una mano”*¹⁸. Y aún: *“Hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, con entusiasmo, con constancia y amor”*¹⁹.

Su pensamiento cristológico está asociado a Cristo en la Trinidad, pero un Cristo “donado” a su Padre y en eterno ofrecimiento a los hombres. Un Cristo en estado de misión, dulce y humilde. Un Cristo que se hace oblación a los hombres en el Misterio de la Encarnación. El Cristo de Vicente, es “modelo” a quien nosotros debemos asemejarnos, amar y servir, pues es un Cristo que se concretiza en los pobres.

Y así lo afirma en la conferencia de 13 de diciembre de 1658: *“Hay que revestirse del espíritu de Jesucristo. ¡Oh Salvador! ¡Oh Padre! ¡Que negocio tan importante éste de revestirse del espíritu de Jesucristo! Quiere esto decir que, para perfeccionarnos y atender útilmente a los pueblos, y para servir bien a los eclesiásticos, hemos de esforzarnos en imitar la perfección de Jesucristo y procurar llegar a ella. Esto significa también que nosotros no podemos nada por nosotros mismos. Hemos de llenarnos y dejarnos animar de este espíritu de Jesucristo. Para entenderlo bien, hemos de saber que su espíritu está extendido por todos los cristianos que viven según las reglas del cristianismo; sus acciones y sus obras están penetradas del espíritu de Dios, de forma que Dios ha suscitado a la compañía, y lo veis muy bien, para hacer lo mismo”*²⁰.

Su pensamiento al respecto de la Iglesia es claro: los pobres son los verdaderos hijos y predilectos de la Iglesia. Como latinoamericano, puedo afirmar que, en la concepción de Vicente de Paúl, él se adelanta a los enseñamientos del Documento de Puebla, sobre la opción preferencial por los pobres. Es necesario ir al encuentro de los que son preferidos del rey de los pobres. El objetivo de la misión del Hijo de Dios: *“Evangelizare pauperibus misit me”* (Lc. IV, 18). Es para ellos que Jesucristo vino, Él mismo pobre y salvador de los pobres.

En la concepción de San Vicente, la vocación del misionero es la más bella. Según su visión, es feliz el misionero que se ve como ministro de los pobres. Esto lo obliga no solamente a asistirlos

¹⁸ SV IV, 116 / ES IV, 117.

¹⁹ SV IX, 593 / ES IX, 534.

²⁰ SV XII, 107-108 / ES XI, 410.

cuando ellos se presentan, y si, adelantarse a ellos, como un servidor que debe anticiparse a su Maestro. Y así lo afirma: *“No puede haber caridad si no va acompañada de justicia”*²¹.

Podemos traer a nuestro tiempo este pensamiento de Vicente de Paúl y aplicarlo perfectamente a la enseñanza actual del Magisterio de la Iglesia sobre la Eucaristía. La Constitución pastoral *Sacrosanctum Concilium*, al iniciar el capítulo II sobre *“El Sacrosanto Misterio de la Eucaristía”*, N. 47 afirma: *“Nuestro Señor, en la última Cena, la noche en que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la Cruz y confiar a su Esposa, la Iglesia, el vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo el alma se llena de gracia y nos da una prenda de la gloria venidera”*.

La expresión **vínculo de la caridad**, usada por el Concilio Vaticano II, nos presenta la Eucaristía, como el sacramento soporte de la esencia de la vida cristiana, que es el amor. El amor entrega total, el amor que es la esencia misma de Dios: *“Dios caritas est”*. Este Amor-Caridad, que el Apóstol apunta como el más alto de los dones (I Cor. 13). Este amor cristiano que es portador de dos realidades indisolubles: a) es la fuente y origen de la comunión fraterna entre los que participan de un mismo pan, creando a *“koinonia”*, la partición de los bienes, la solidaridad de *“un solo corazón y una solo alma”*, b) Este amor-koinonia, despierta en el cristiano el compromiso de vida cristiana, de manera muy especial por el servicio, pero un servicio preferencial a los pobres, el cuidado para con los que son víctimas de las injusticias y de los sistemas políticos injustos y perversos. A esta lucha la llamamos justicia social.

Veamos las palabras de Su Santidad Juan Paulo II, en su última encíclica *Ecclesia de Eucaristía*: *“Muchos son los problemas que obscurcen el horizonte de nuestro tiempo. Basta pensar cuán urgente es trabajar por la paz, colocar premisas sólidas sobre justicia y solidaridad entre los pueblos, defender la vida humana desde la concepción hasta su término natural. Y también que decir de las mil contradicciones del mundo globalizado, donde parece que los más débiles, los más pequeños y los más pobres poco pueden esperar? Es en este mundo que tiene que brillar la esperanza cristiana! Fue para esto que el Señor quiso dejar entre nosotros la Eucaristía, insertando en su presencia de sacrificio y de alimento la promesa de una humanidad renovada por su amor”*²².

Salvaguardando las distancias de los siglos que nos separan de Vicente de Paúl, a la luz del Magisterio y de la teología de nuestros

²¹ SV II, 54 / ES II, 48.

²² JUAN PABLO II, Carta encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, 20.

días, que nos presentan la caridad y la justicia social emanadas del sacramento de la Eucaristía, no podemos tener dudas en afirmar, que en el horizonte de su comprensión doctrinal y del más profundo corazón de nuestro Padre y fundador, la Eucaristía es la fuente inagotable de la verdadera caridad y de la justicia social, pues así afirma: *“Una Hija de la Caridad que comulga bien hace todo lo restante bien. Su corazón es un tabernáculo de Dios, si, el tabernáculo de Dios. La Hija de la Caridad debe siempre serlo, ella debe estar siempre en Dios y Dios en ella, y de esta manera ella no hará jamás nada sino el bien”*²³.

(Traducción: GRACIELA RÍOS, AIC)

²³ SV IX, 333; SAN VICENTE DE PAÚL, *Conferencias espirituales a las Hijas de la Caridad*, CEME, Salamanca 1983, p. 252.

Giuseppe Alloatti (1857-1933)

Un apóstol del culto eucarístico

por Luigi Nuovo, C.M.

Provincia di Turín

El Cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, después Papa Juan XXIII, en una conversación, en el ámbito de la Semana de la Oración por la Unidad de los Cristianos, del título *“La Iglesia Católica en Bulgaria entre los Eslavos”* realizada el 18 de enero de 1954, entre otras cosas dijo: *“Recuerdo todavía las angustias de aquellos diez años (1925-1935), en la preocupación de proveer a aquel grupo fervoroso católico, últimos restos de un feliz movimiento por la Unión, la fundación de un seminario, y los cuidados para el desarrollo de las Hermanas Eucarísticas, instituido ya de dos piemonteses, hermano y hermana, el Padre Giuseppe (Lazaristas de rito oriental) y madre Eurosia Alloatti”*. En el período en el cual, el futuro Papa Juan había sido Delegado Apostólico en Bulgaria había tenido el modo de apreciar el trabajo desarrollado en los años precedentes de Giuseppe ed Eurosia Alloatti y se había empeñado.

Giuseppe Alloatti nació en Villastellone, localidad a las puertas de Turín, el 20 de julio de 1857 de Pietro y Caterina Chicco, primogénito de seis entre hermanos y hermanas. Era una familia de buena condición social y de sólidas tradiciones espirituales, en la cual recibió ejemplo de virtudes y una buena educación cristiana, de hecho también el hermano Melchiorre (1860-1914) se convirtió sacerdote y misioneros vicentino; la hermana Eurosia fundará las Hermanas Eucarísticas y la hermana Cristina entrará entre las Sacramentinas de Turín. Entre el 1874 y el 1877 fue alumno del Colegio que los misioneros tenían en Scarnafigi.

Luego, hizo la petición para entrar en el seminario interno de la Congregación de la Misión y el 27 de septiembre de 1877 fue recibido

por el beato Marco Antonio Duranto, dos años después, el 29 de octubre de 1879 hizo los votos perpetuos.

Después de haber hecho el curso regular de estudios fue ordenado sacerdote en Turín, el 24 de septiembre de 1882. Durante el estudiantado había deseado partir para China, pero fue enviado a Salónica entonces bajo la dominación turca y de aquel momento consagró toda su vida a la misión búlgaro-católica, comprometiéndose a evangelizar a los búlgaros católicos y ortodoxos, residentes en Macedonia.

Cuando llegó a Salónica, los sacerdotes de la misión eran presentes desde el 1783, el superior de la casa era Augusto Bonetti (1831-1904) que después se convirtió Delegado Apostólico en Constantinopla.

El P. Giuseppe vivió con empeño y ardor misionero, gastándose totalmente y sin medida para la misión búlgara. Escribía en una carta al Superior General, Antonio Fiat, tres años después del inicio de su servicio: *“En materia de sacrificios, creo de no haber ahorrado nada para la salvación de mis queridos búlgaros. Religiosa y materialmente me he hecho búlgaro y soy, en realidad, hasta la punta de los dedos. Nuestro Señor me ha dado la gracia de familiarizarme, por así decir, con las incomodidades pequeñas y grandes, en un genero de vida así nuevo para mí”*.

Primero de todo, se dedicó en modo profundo a estudiar la lengua búlgara, la aprendió, en pocos meses, así bien que se convirtió para él como una segunda lengua materna. De hecho la conocía “con todas las particularidades macedónicas” porque se había establecido por un tempo cerca de un Pope en un pueblo, donde no era posible comunicar en otro idioma.

Quería conocer usos y tradiciones para estar en grado de acoger la sensibilidad y el sentir de las personas que debía encontrar.

Para estar más listo y eficaz en el desarrollar el ministerio sacerdotal cerca de las poblaciones confiadas a su cuidado, abrazó el rito bizantino, consciente que siendo de rito latino esto podía suscitar cualquier desconfianza y consiguientemente separación entre él y su gente. Aprendió la lengua litúrgica eslava, revistió hábitos y vestiduras de los sacerdotes orientales, dejó la Misa en rito latino por la Misa eslava. Esto por todo el tiempo que permaneció en las misión búlgara.

Tomó rápido conciencia de la pobreza espiritual y material en la cual se encontraba la gente, sobre todo en los campos de Macedonia. La situación de las mujeres era todavía muy precaria bajo todos los puntos de vista, era necesario favorecer en todos los modos la instrucción de los pobres, no sólo de los muchachos, sino también de las muchachas, ofreciendo una buena formación de base.

Desde la llegada, los primeros misioneros en Macedonia se dieron cuenta que era necesario ocuparse de este problema. Habían abierto escuelas, buscado y preparado maestros que estuvieran en capacidad de enseñar, pero mientras algo había sido hecho para los muchachos, nada o casi nada se había hecho para las muchachas.

Otro aspecto que impresionó mucho al padre Giuseppe Alloatti fue la falta de decoro en la cual se encontraban muchas iglesias y el modo con el cual venían conservadas las especies eucarísticas, pero sobre todo deseaba fuertemente incrementar la piedad eucarística, en el curso de poco tiempo maduró la idea de fundar una comunidad de Hermanas con un doble fin: difundir el culto eucarístico y además dedicarse a la enseñanza de las muchachas pobres. Fue propio el P. Bonetti que un día entre lo serio y la broma le dice: “Usted debería hacer, para Macedonia, algunas Hermanas búlgaras, porque tenemos necesidad”. Inicialmente el P. Giuseppe no le dio mucha importancia a aquellas palabras, pero la idea se hizo camino progresivamente en su corazón.

Se trataba de una empresa heroica: se necesitaban medios económicos, personas disponibles, y una colaboradora de primer plano. Alloatti no se desanimó e involucró en la obra a la hermana Eurosia (1859-1920) que después tomó el nombre de Sor Cristina de Jesús, haciendo la cofundadora, animada proféticamente y animada de San Juan Bosco que la había recibido en mayo de 1887, algunos meses antes de que éste muriera. El santo le había dicho: “Tú has orado a la Virgen, a fin de que te dijera, en cualquier modo, cuál es tu vocación. Ahora bien Ella me ha dicho que tú debes hacer eso que te dice tu hermano misionero, porque esta es la voluntad de Dios”.

Los dos hermanos desde la infancia, más allá del vínculo de sangre compartían, fuertes ideales de vida espiritual y misionera. Fueron capaces de involucrar varias personas en esta aventura misionera comenzando por los otros hermanos y hermanas, el tío sacerdote Don Francesco Chicco, primos y amigos que contribuían con donativos y ayudas de varios tipos.

El mismo padre Giuseppe contaba los inicios en una carta al limosnero de León XIII, mons. Francesco de Paola Cassetta (1841-1919) después cardenal, al cual se dirigía para obtener alguna ayuda concreta y que fue un auténtico benefactor: *“La Divina Providencia pensó a esas (las muchachas) poniendo en el ánimo de mi hermana la noble vocación de sacrificarse por la formación religiosa y moral de la mujer búlgara. Abandonada por lo tanto la patria y cuanto había de más querido, viene, ahora son tres años, a Salónica, donde encontró cuatro compañeras que la querían seguir en su santo fin, tomó con ellas el rito Oriental y el hábito de religiosa búlgara formando así la pequeña Comunidad de las Eucarísticas, que tenía por fin hacer conocer, amar y servir la Santísima Eucaristía de las muchachas y mujeres*

búlgaras, por medio de la instrucción de estas y de la manutención de las iglesias pobres". Era el año 1888 cuando este camino tuvo inicio en Salónica.

La situación general era cuanto jamás entorpecida, difíciles las relaciones con las autoridades turcas, delicadas las relaciones con la Iglesia Ortodoxa, era necesario moverse con equilibrio, respeto y sabiduría.

Los dos hermanos decidieron de poner su patrimonio personal. En agosto de 1893 fue adquirida la aldea-hacienda de Paliortsi al interno de Macedonia para asegurar la existencia de la comunidad naciente y fue allí que la naciente comunidad vino transportada a Salónica.

La comunidad procedía a pequeños pasos, abrió muy rápido un orfanato, dedicado a San José, para las huérfanas de Macedonia.

Sor Cristina de Jesús reveló de ser una mujer inteligente y virtuosa que con abnegación admirable se dedicaba a su misión, pero estando el País en una situación de gran pobreza, fue difícil dar aquel desarrollo que ella y su hermano habían soñado. Va dicho además que el traslado a Paliortsi hizo perder aquel útil contacto con la ciudad que aseguraba mayores ocasiones de formación y útiles ocasiones de conocimientos. Habiendo adquirido los dos hermanos una aldea, del cual de verdad no sacaban nada, todavía esto inducía a pensar que fueran ricos por lo cual fueron envidiados y robados.

No faltaron privaciones y sufrimientos, pero tampoco cualquier satisfacción en las conversaciones y en el buen resultado de algunas iniciativas. La confianza serena y total en la Divina Providencia animaba y sostenía la obra de los dos hermanos.

El P. Alloatti se afanó mucho por esta fundación "*que fue la grande preocupación de su vida*", y a la cual dedicó muchas de sus energías físicas y espirituales. Giraba por las localidades en las cuales su comunidad era presente, se daba cuenta de las situaciones espirituales y materiales, animaba, exhortaba, confesaba.

Fue una actividad apostólica muy comprometida y fatigosa, se movía a pie o con cualquier cabalgadura. Era un misionero simple y austero, por cerca de unos quince años "*para trabajar a la evangelización de Macedonia*", se aplicó con atención a la predicación y a la administración de los sacramentos. Aceptó de servir en pobreza, compartiendo tantas situaciones de extrema incomodidad. El alimento consistía en la mayoría de las veces en un poco de pan y un plato de verduras, ordinariamente frijoles, las habitaciones muy incómodas, la cama era un jergón de paja o una estera extendida sobre la tierra desnuda.

Acercaba los Pope de las aldeas, escuchaba los problemas y buscaba de formarles a "*una mayor comprensión de su ministerio y*

enseñar a administrar los sacramentos". Escribía el padre Cazot: *"Cuando hemos fundado unas residencias, en las cuales el misionero habitaba con uno de los jóvenes sacerdotes por nosotros formados, la vida se convirtió más fácil: el misionero podía más fácilmente volver a ganarse la residencia después de haber terminado el trabajo. Pero por más de quince años el P. Alloatti vivió la vida de estas aldeas macedónicas y es necesario haber conocido esta existencia para saber lo que esa representa de sufrimiento y de abnegación. Yo no sé si haya estado vida de misionero más heroica de la suya"*.

Fue un sacerdote de la misión humilde, simple y mortificado, fiel en la observancia de las Reglas, y de las numerosas y rigurosas Cuasmas que hay en el rito oriental.

El apoyo de esta generosa vida apostólica, fue un grande amor a la Eucaristía, el exordio de muchas de sus cartas era: *"El buen Jesús Eucarístico sea siempre con nosotros"* y una intensa y vivaz vida de oración, amaba mucho hacer los ejercicios espirituales, y también entretenerse con un pequeño grupo de personas, a modo de conferencia, para hablarles de argumentos de fe, de vida espiritual, de apostolado.

Tenía, además, una tierna devoción a la Santísima Virgen, la honraba, en particular, con el título de Inmaculada buscaba transmitir este modo suyo de sentir a aquellos que acercaba. Unía a estas dotes espirituales un carácter "bueno y amable", gustosa y alegremente estaba en recreación con los cohermanos "le gustaban los chistes y los juegos de palabras".

Las guerras balcánicas de los años de 1912-1913 crearon muchísimas dificultades a esta pequeña comunidad, como a toda la misión católica en Macedonia.

En la primavera de 1916 tuvieron que abandonar Pailortsi convertido en frente de primera línea e irse a Skopje donde permanecieron hasta julio de 1920 en una situación de gran precariedad. En tanto, terminada la 1^o. Guerra Mundial se encontraron a enfrentar las autoridades serbas que querían embargar todo aquello que pertenecía a las comunidades religiosas católicas. Las Hermanas tuvieron que trasladarse a Sofía en Bulgaria y Sor Cristina Alloatti seria y gravemente enferma regresó a Italia en donde murió santamente el 26 de diciembre de 1920 en Turín.

Por algunos años, el P. Alloatti había comenzado seriamente a pensar de fundar una comunidad sacerdotal que tomara el nombre de Eucarísticos, los cuales como los misioneros vicentinos se dedicaran, en aquellas tierras, a la predicación de las misiones parroquiales y de los Ejercicios Espirituales. Pensó también en uno de sus primos sacerdote de la diócesis de Turín, como posible rector, pero el proyecto por diversos motivos no pudo iniciarse.

Había tenido una buena salud, puesta a dura prueba por muchos sacrificios y penurias, tanto que a la larga, ya en los últimos tiempos de su estancia en Macedonia, resultó seriamente comprometida. Han escrito de él: *“Agotado del trabajo intenso y de las tribulaciones, de la vida austera de misionero oriental rigurosamente fiel a las costumbres del rito, incansable predicador, confesor y, sorprendentemente, de escritor de varias obras teológicas, pastorales y sentencias, consumado pero no cansado (de trabajar por el Reino de Dios), podía retirarse en la propia Congregación”*.

Había merecido la invitación del Señor: *“Ven siervo bueno y fiel”*. Regresó en Italia al final de agosto de 1927, transcurrió un par de años en la casa provincial de Turín y desde julio de 1931 en la Casa de la Paz en Chieri, edificando a todos por su simplicidad y donde murió el 27 de marzo de 1933. Había sido un hombre trabajador y había dejado algunos escritos editados inéditos entre los cuales: *“Panis vivus. Jesús víctima, alimento y vida del alma”*, *“El mes de María”* y las *“Reglas de las Hermanas Eucarísticas”*.

El P. Giuseppe Alloatti es una hermosa figura de misionero que, verdaderamente, meritaba un estudio más profundo que haga resaltar las virtudes, la previsión y la riqueza de su corazón misionero y vicentino.

(Traducción: ALFREDO BECERRA VÁZQUEZ, C.M.)

ESTADÍSTICAS ANUALES 2004 - CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN

M I N I S T E R I O S

Número de cohermanos en los ministerios enumerados más abajo. A cada cohermano se le cuenta **una única vez**, en razón de su ministerio principal, al 31 de diciembre de 2004.

M I N I S T E R I O	OBISPOS	SACERDOTES	DIÁCONOS	HERMANOS	ESTUDIANTES
1. Misiones Populares		122	1	4	
2. Parroquias o sectores misioneros	5	159	11	3	6
3. Parroquias	1	847	8	20	3
4. Santuarios de peregrinos		63	1	5	
5. Seminarios y formación del clero		162	1	4	3
6. Formación exclusiva de los nuestros	2	171	4	3	3
7. Misiones <i>Ad Gentes</i>		189	25	8	
8. Hijas de la Caridad (Directores, capellanes)		137			
9. Escuelas (primarias, secundarias, superiores, profesionales)		176	8	14	2
10. Comunicaciones sociales (publicaciones, radio, televisión)		27		2	
11. Estudios especiales		85	14	3	22
12. Capellanes: militares, inmigrantes, hospitales, asociaciones		158			
13. Capellanes: Grupos Laicales Vicencianos		69			
14. Servicio directo a los pobres		35	1	13	2
15. Trabajo manual		5		41	
16. Administración	1	143		7	2
17. Retirados, enfermos, convalcientes	2	298		32	
18. Otros	20	75	10	9	3
19. Ausentes de la Congregación		171	10	3	1
TOTAL	31	3092	94	171	47

PROVINCIA	CASAS	MIEMBROS INCORPORADOS por PROVINCIA - 2004						MIEMBROS ADMITIDOS y ASPIRANTES por PROVINCIA - 2004															
		Obispos	Sacerdotes	Diaconos	Hermanos	Estudiantes con Votos	TOTAL	MIEMBROS ADMITIDOS					ASPIRANTES										
								CS	CH	S*	DP*	TOTAL	Grps. Voc.		Sem. Men		Año Prep.						
													AS	AH	AS	AH	AS	AH					
CURIA GENERAL	4	0	7	0	0	0	7	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
ÁFRICA	40	4	245	7	13	5	274	192	5	1	0	198	42	8	18	0	17	1	1	1	1	1	86
Congo (Rep. Dem.)	6		28	1	1		30	45		1		46											10
Etiopia	4	2	39		4		45	21	1			22			18								18
Madagascar	9	1	81	2	5	2	91	22	3			25	3	2			4					4	9
Mozambique	6	1	18		2	1	22	4	1			5	25	5			3	1				3	34
Nigeria	9		45	4	1	1	51	80				80	14	1									15
San Justino de Jacobis	6		34			1	35	20				20											0
AMÉRICA NORTE	82	2	438	18	36	3	497	19	1	0	0	20	0	0	25	0	7	0	7	0	7	0	32
USA - Este	26	1	156	5	10	2	174	2				2											7
USA - Medio Oeste	14		107	4	17		128	4				4											0
USA - Nueva Inglaterra	7		29		1		30					0											0
USA - Sur	5		22		1		23					0			1								1
USA - Oeste	8		33	1Dp	3		37					0											0
México	22	1	91	8	4	1	105	13	1			14			24								24
AMÉRICA LATINA	128	12	643	19	30	10	714	125	2	0	0	127	210	1	43	0	56	0	56	0	56	0	310
Argentina	8		40	2			42	5				5					4						4
Brasil - Curitiba	9	3	65	1	2		71	12				12					4						4
Brasil - Fortaleza	3		36				36	9				9					3						3

PROVINCIA	CASAS	MIEMBROS INCORPORADOS por PROVINCIA - 2004					MIEMBROS ADMITIDOS y ASPIRANTES por PROVINCIA - 2004																		
		Obispos	Sacerdotes	Diaconos	Hermanos	Estudiantes con Votos	TOTAL	MIEMBROS ADMITIDOS					ASPIRANTES												
								CS	CH	S*	DP*	TOTAL	Grps. Voc.		Sem. Men		Año Prep.								
													AS	AH	AS	AH	AS	AH							
Italia - Nápoles	11	1	53		2		56	1							1	2	1							3	
Italia - Roma	10	1	52	1Dp	3		57								0								1		1
Italia - Turin	15		78	2Dp	2		82	2							2										0
Países Bajos	5		54		1		55								0										0
Polonia	29	3	252	3	5	1	264	36							36										0
Portugal	11	1	52	1	2		56	1							1	16		2							18
Eslovaquia	7		33	1	4		38	13	1						14	1								1	2
Eslovenia	8	2	48		3		53	2							2			2							2
España - Barcelona	8		46		2	1	49								0										0
España - Madrid	16		107	1	16	1	125	2							2										0
España - Salamanca	19		88	1	11		100	1							1	5	2								7
España - Zaragoza	19		120	1Dp	3		124	9							9			1					2		3
SS. Cirilo y Metodio	6	1	23	2			26	11							11	2									2
OCEANÍA	7	0	53	1	4	2	60	4	0	0	0	0	0	4	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2
Australia	7		53	1	4	2	60	4						4	2										2
TOTAL	549	31	3092	94	171	47	3435	597	14	3	0	614	293	12	239	0	131	7	682						

S = Sacerdotes; DP = Diáconos Permanentes; CS = Candidatos al Sacerdocio; CH = Candidatos para ser Hermanos; S*/DP* = Sacerdotes/Diáconos Permanentes que vienen de una diócesis u otro Instituto; AS = Aspirantes al Sacerdocio; AH = Aspirantes para ser Hermanos.